DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

LAS CONSECUENCIAS

12

LA APASIONANTE HISTORIA DEL REGRESO A CASA DE UN COMBATIENTE, POR FREDERICK DOWNS.

650 PTAS.
CON IVA
613 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

En una guerra, los que mueren logran un rango especial, un lugar respetado en la conciencia nacional. Efectivamente, y en palabras del oficio de Remembrance Day (en que se conmemora el fin de las dos guerras mundiales): "La edad no los consumirá ni los años los condenarán." Pero no ocurre igual con los heridos, los que vuelven disminuidos, destrozados física y mentalmente. Son un símbolo gráfico y vivo del horror, crueldad e inutilidad de la guerra y, en consecuencia, son un estorbo

Al pisar una mina "Betty saltarina", el 11 de junio de 1968. el teniente Frederick Downs se convirtió en uno de esos heridos, un recuerdo viviente de la inhumanidad del hombre para con el hombre. A consecuencia de la explosión, perdió el brazo izquierdo y sufrió tan espantosas heridas en el resto del cuerpo que durante algún tiempo su vida peligró *Las consecuencias* es el relato angustioso del lento y tortuoso avance de Downs por el camino, largo y penoso, de la recuperación En *Las consecuencias* se habla también de la lucha de Downs por salir del túnel de la desesperación con la ayuda de su familia, sus amigos y el ejemplo de otros heridos. Esas experiencias le hicieron un hombre más fuerte, dispuesto y capacitado para volver a asumir un papel en la sociedad, pero hubo de pagar un alto precio.

Porque la guerra de Vietnam tuvo otro aspecto, más terrible, del que los norteamericanos deberían estar avergonzados eternamente. Cuando regresaron de Vietnam, los veteranos fueron injuriados y rechazados por la sociedad en cuyo nombre habían combatido, culpados de los errores políticos y la falta de escrúpulos que hicieron de la aventura estadounidense en el Sudeste Asiático una experiencia dolorosa y cargada de culpabilidad.

Downs logró salir del túnel de la desesperación, pero otros muchos no lo lograron. Mark Perry, editor de *Veteran*, la revista portavoz de los veteranos de Vietnam, describe en el epílogo de esta obra la lucha de los veteranos de Vietnam por obtener la asistencia médica y psicológica que precisaban y, además, el reconocimiento al que eran acreedores. Y es un combate que continúa hoy en día. Es posible que la angustia de Downs y la cólera de Perry hagan de *Las consecuencias* una lectura poco agradable, pero la hacen también una lectura esencial.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Febrero 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 12 - Las consecuencias

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración. Aribau, 185, 1º - Tel (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

LAS CONSECUENCIAS

FREDERICK DOWNS

Capítulo 1 — *3*
Herido

Capítulo 2 — *21*
Recuperación

Capítulo 3 — *39*
Libertad

Epílogo — *59*

ARRIBA: *El general Lewis W. Walt da ánimos, en la pista de aterrizaje, a un soldado herido.* DERECHA: *El traslado inmediato de los heridos del campo de batalla por vía aérea salvó innumerables vidas.*

Capitulo 1

HERIDO

CAPÍTULO 1 HERIDO

SALA DE CUIDADOS INTENSIVOS SEGUNDO HOSPITAL QUIRÚRGICO DE CAMPAÑA DE CHU LAI. VIETNAM 11 -15 DE ENERO 1968

Mi brazo izquierdo estaba cruzado sobre mi estómago. Vi cómo la enfermera lo cogía, sacaba el anillo de boda del dedo, desabrochaba la hebilla del reloj y quitaba la pulsera de la muñeca. Tendió los objetos a un ayudante situado a su lado, quien los sostuvo en la mano sin que pareciera reparar en la sangre.

El ayudante le dio una bolsa de plástico y la enfermera depositó en ella mi brazo. que no parecía demasiado estropeado, teniendo en cuenta que una mina «Betty saltarina» me lo había arrancado del cuerpo hacía menos de 30 minutos.

«Quizá puedan cosérmelo», pensé, rogando que así fuera.

Pero estaba engañándome a mí mismo y lo sabía. Aunque el brazo pareciera intacto, mi muñón era un revoltijo sanguinoliento. El hueso, hecho astillas, sobresalía un palmo del muñón y yo podía ver que la región del codo había quedado desintegrada por la explosión en unos cuatro dedos a cada lado. De modo que lo que la enfermera había metido en la bolsa de plástico —la mano, la muñeca y unas tres cuartas partes del antebrazo— se había perdido para siempre.

La «Betty saltarina» estaba en el suelo y había explotado a unos pocos centímetros de mi cadera izquierda. Tenía, además, gravemente herido el brazo derecho y heridas en las piernas y caderas Me sentía muy cansado.

«Nombre, graduación y número de identificación; otra vez, por favor.»

¡Dios mío!, ya se lo dije a la enfermera de la Cruz Roja; ¿para qué lo quiere otra vez?

«Segundo teniente Frederick Downs, 05337689», le dije, levantando la cabeza para mirarla. No estaba escribiéndolo; empuñaba un bolígrafo y un cuaderno, y me miraba con una expresión a medio camino entre la pena y una asustada resolución.

> Ahora todo era actividad a mi alrededor. El médico situado a mi izquierda me seccionó el muñón hasta llegar a una arteria, en la que hizo un nudo.

Dos médicos se ocupaban de la parte superior de mi cuerpo. «¿Quién demonios hizo este torniquete?», preguntó el médico de mi izquierda sosteniendo el muñón en alto. No escuché la respuesta, pensando en mi sanitario, que nunca hacía nada a derechas.

Una leve neblina grisácea me empañaba el campo de visión. Veía la granja de la abuela en Indiana, donde había pasado gran parte de mi infancia. El abuelo avanzaba por el camino de grava; debía de venir de hacer algunas faenas en el granero.

Es extraño, el abuelo murió en 1958.

Una voz atravesó la neblina gris

«Nombre, graduación y número de identificación, teniente.»

«¿Qué les pasa a vuestros puñeteros oídos? Ya os lo he dicho.»

Ahora todo era actividad a mi alrededor. El médico situado a mi izquierda me seccionó el muñón hasta llegar a una arteria en la que hizo un nudo.

«¡Vaya!», pensé. «Debo de estar bien destrozado, ni siquiera lo he sentido.»

«Seguro que esto está lleno de luces brillantes», pensé. «¿Por qué no me hacen daño en los ojos?»

Ya nada me hacía daño En realidad, no había sentido grandes dolores, nada más una insensibilidad acelerada que era como caminar con una pierna dormida; pero ahora tampoco sentía eso

Había sangre por todas partes, nunca había visto tanta. Y ahora parecía que había más personas a mi alrededor —enfermeras, asistentes, la enfermera de la Cruz Roja—, todos atareados cortándome el traje de faena, limpiándome, metiéndome agujas y tubos por el cuerpo, y haciendo muchas otras cosas que no entendía.

Entonces me asaltó la idea: me estoy muriendo; por eso hay tanta gente. Luché por alejarla, pero volvía de nuevo a través de la fría neblina.

> No quería morir, quería otra oportunidad. Quería retroceder 30 minutos... y hacer las cosas de otra manera.

Tenía miedo de morir, pero ahora todo estaba amenazadoramente tranquilo. La actividad en torno a mí fue apagándose, pero la idea permanecía allí, ensombreciendo, oscureciéndolo todo.

No tenía sensación de melodrama, sino simplemente el triste sentimiento de que la muerte se acercaba. No quería morir, quería otra oportunidad Quería retroceder 30 minutos en el tiempo, únicamente eso, y volver a actuar. hacer las cosas de otra manera. «¡Qué estupidez, cruzar aquella puerta! Un lugar de libro de texto para colocar una trampa explosiva y yo piqué.»

«Teniente, ¿cuál es su nombre, graduación y número de identificación?»

Creía habérselo dicho; ahora parecía estar muy lejos.

«Soy el segundo teniente Frederick Downs, 05337689, Primera Sección, Compañía Delta, Tercera Brigada, Cuarta División.»

Volvió a preguntármelo.

Me sentía muy cansado

Pero antes de dormirme tenía que decirle algo. «No deje de ponerse en contacto con mi hermano Está en Estados Uni...»

Nunca llegarían a saberlo.

El corazón dejó de latir y me morí

★ ★ ★

La niebla gris contenía imágenes desenfocadas, pero no podía concentrarme en averiguar su contenido, porque mi mente se esforzaba en hacer frente a un millón de señales nerviosas portadoras de un único mensaje: dolor. Tan intenso y envolvente era el dolor que las lágrimas resbalaban por mis mejillas; intenté levantar el brazo derecho para enjugarlas y aliviar el dolor causado, a mi parecer, por un calambre.

Una cuchillada ardiente de dolor insoportable me atravesó el brazo al intentar moverlo, al tiempo que un gran miedo me invadía, llenándome de desesperación. Entonces recordé que el brazo y la mano derechos habían quedado hechos trizas. Un

POPPERFOTO

ARRIBA: *Una manifestación de veteranos de Vietnam contra la guerra, en 1971. La protesta de aquellos que habían participado directamente en la contienda supuso una presión adicional sobre el gobierno estadounidense*

apretado vendaje arrollado en espiral me cubría desde el hombro a la mano, de la que sólo sobresalían las yemas de dos dedos.

Sin desear hacerlo, pero incapaz de evitarlo, levanté la cabeza para mirarme el brazo izquierdo y vi un muñón vendado a un palmo del hombro. La cabeza fue cayendo lentamente hacia atrás a medida que levantaba el muñón para continuar mirándolo. No lo miraba con incredulidad porque sabía que era cierto, sino que lo miraba con miedo.

No podía imaginarme la vida sin un brazo; eso era algo que le ocurría a los demás, no a mí.

¿Cómo iba a hacer cualquier cosa? Yo había sido un ser humano físicamente completo, toda la vida había realizado trabajos con las dos manos: había jugado al rugby, conducido un camión, bailado..., había hecho bien todo lo que me había interesado.

Tenía 23 años. Me había criado en una granje de Indiana y todo lo que de la vida conocía requería dos manos y el cuerpo entero. Los únicos mutilados que recordaba eran mendigos, viejos tristes que hacían trabajos domésticos, o compañeros de escuela con muletas o atados a armaduras porque habían contraído la polio antes que se inventase la vacuna. A la cabeza me venían también los seres deformes que había visto en las barracas de feria que recorrían el Medio Oeste. Ahora yo era como ellos.

Volví a colocar el muñón al costado. No, no era como ellos; podría volver a mi puesto de oficial de Infantería, a conducir hombres en combate; tenía que hacerlo, mis hombres me esperaban.

Me agarré a ese clavo ardiendo porque era lo único que tenía a mi alcance.

El dolor me forzó a prestar atención a otras partes del cuerpo. Conforme iba recuperando la consciencia, me di cuenta de que tenía sondas en la nariz y en el pene. En la parte superior del brazo amputado me habían colocado unas sondas intravenosas y de otra fluía sangre a una aguja clavada en la pierna.

El dolor era tan intenso que me hizo gemir, intenté mover el cuerpo, pero el esfuerzo me provocó aún más dolor.

Tenía la boca reseca y tragaba convulsivamente tratando de humedecerla. Estaba muy incómodo, hecho pedazos, incapaz de enfocar la vista más allá de un metro. Los procesos mentales normales eran interrumpidos constantemente por calambres causados por las diversas y agudas señales dolorosas que me llegaban como sacudidas desde distintas partes del cuerpo.

Flotando en la niebla se aproximaron las figuras de dos enfermeras jóvenes, una de las cuales se inclinó hacia mí.

«Hola, teniente Downs Me alegro de verle despierto. Sa-

TIM PAGE

bemos que le duele, pero estamos haciendo todo lo posible por ayudarle y una de nosotras estará siempre a su lado »

Asentí débilmente con la cabeza, mientras nuevas lágrimas resbalaban por mis mejillas, aliviado al saber que estaba a salvo en un hospital norteamericano. Cuando yacía herido en el camino, sabía que si podía resistir hasta llegar al hospital estaría salvado. Y ahora que esa creencia se veía corroborada me sentía seguro.

¡Dios mío! Repentinamente, llegó entre la niebla el grito de terror del soldado: ¡una mina! Temiendo la respuesta, pedí con voz ronca a la enfermera que comprobase si todavía conservaba mis partes. Ella sonrió y me puso la mano en el hombro, diciéndome que no me preocupase, que estaba perfectamente. Su sencilla respuesta provocó mi primera idea animosa desde que desperté. «No todo está perdido.»

Al estar totalmente desnudo y desvalido, me sentía vulnerable a la guerra que se libraba a unos pocos cientos de metros, sin embargo, la enfermera constituía un refugio, creando un lugar en que no tenía que preocuparme de que un «amarillo» pudiera matarme

Y, sin embargo..., todo era posible. Miré a la pared .. Los «amarillos» estaban al otro lado, prácticamente podía olerlos.

Sin tener la más mínima idea de lo que pasaba por mi cabeza, la enfermera me acarició la frente.

¡Qué tranquilidad! Gruñí pidiendo agua

«No, teniente, lo siento, pero no puede beber; tiene heridas internas y el agua le haría aún más daño. Pero voy a mojar unas toallas de papel para que pueda chuparlas y aliviar la sequedad de la boca.»

Mientras la enfermera iba por las toallas mojadas, volví a enfrentarme al dolor. ¡Dios mío!, era tan intenso que no puedo describirlo. Cuando regresó, le rogué que hiciera algo para calmarme el dolor; lo que fuera, no podía soportarlo

Me puso una inyección y caí en un letargo en que el dolor se mezclaba con imágenes terribles del futuro sin brazo. Los calmantes no podían vencer el dolor, que se extendía por todas partes, arrebatando el reposo, arrebatando el sueño, dominándolo todo. Durante meses no sería posible un sueño reposado.

En algún momento del día siguiente, dos nuevas figuras se acercaron saliendo de mi niebla de dolor Un estremecimiento de agradecimiento y afecto me recorrió cuando el capitán Sells, el comandante de mi compañía, se detuvo a mi lado; junto a él estaba el coronel Weir, el comandante de la brigada.

Verlos de pie al lado de la cama me causó una sensación extraña: el traje de faena verde, las botas de jungla, los correajes, la camisa remangada..., todo llevaba al modelo usual de soldado que yo había sido ayer. Y ansiaba volver a formar parte de ello, regresar a la vida habitual.

Sonreí y levanté la cabeza. «Hola, capitán Sells, coronel Weir», dije con voz ronca, «Me alegro de verlos.»

Sus caras denotaban el esfuerzo por controlar la compasión, la repulsión y el horror que asaltaban a quienes no están familiarizados con la sala de cuidados intensivos.

Por mi parte, lamentaba que tuvieran que estar allí, en aquel horrible lugar. Debían de sentirse incómodos, pues ellos estaban enteros y ninguno de los hombres que veía alrededor de mí volvería a estarlo jamás.

IZQUIERDA: *Etiquetado para facilitar la identificación, un soldado herido hace gestos de dolor mientras recibe asistencia médica en el campo de batalla*

«Hola, Fred. El coronel Weir me recogió en su helicóptero para venir a ver cómo te iba.» El capitán Sells calló y se produjo un momento de incomodidad.

El coronel Weir justificaba su reputación, el hecho de que estuviera allí me lo confirmaba. Buscaba algo que decir.

«Ha hecho un buen trabajo, teniente. Vamos a echarle de menos.»

«Gracias, señor, pero ya ve que quedaré perfectamente. Podré sostener un fusil con un gancho cuando regrese.»

Harold sabía que yo necesitaba que me reconociesen como un miembro de la compañía e imagino que pensó que una pequeña bronca lo conseguiría.

«Fred, fue una solemne tontería volver allí ¿Cuántas veces te he dicho que no cruces puertas, y menos aquélla, por todos los santos?»

«Sí, señor, ya sé que no debería haberlo hecho, pero habíamos registrado en busca de trampas explosivas y parecía segura. Iba a tender una emboscada en aquel lugar, pero los 'amarillos' llegaron antes que nosotros. Eso demuestra que tenía razón: era un lugar estupendo para tomar al enemigo por sorpresa.»

Me sentía tan desgraciado física y mentalmente que no supe qué otra cosa decir. Pero una nube de responsabilidad echó una sombra sobre mis agitados pensamientos.

«¿Qué hay de mis hombres? ¿Cómo están?»

Cada cuatro horas recibía una inyección de morfina y nada era más importante para mí que esa inyección.

«Toda la sección desea saber cómo te va. Los hice retroceder a una posición defensiva y quedaron al mando del teniente Jordan. Los ha afectado mucho perderte y les resulta difícil aceptarlo. Les diré que te va perfectamente.»

«¡Estupendo! Dígales que les echo de menos y que no quería dejarlos »

El esfuerzo de hablar sólo unos pocos minutos me había dejado agotado y súbitamente la niebla omnipresente se había espesado.

¡Dios mío, estaba aturdido! La única idea firme era volver a la seguridad de mi sección. Yo dependía de ella y ellos dependían de mí. Los necesitaba ahora para poder soportarlo.

Mi atención volvió ahora a las figuras alargadas grises y verdes que flotaban junto a mí.

Se despidieron volviéndose para irse Los contemplé alejarse a través de la neblina, agradeciendo que pronto volvería a unirme a ellos.

De pronto, una de las figuras volvió hacia mí. Era el capitán Sells. Me puso la mano en el hombro: «Me alegro de que estés vivo, Fred. Yo, yo... sabía que saldrías adelante.» Se volvió rápidamente y desapareció entre la niebla.

★ ★ ★

Mi mundo giraba en espacios de cuatro horas: cada cuatro horas recibía una inyección de morfina y nada era más importante para mí que esa inyección.

Los períodos entre inyecciones eran de dos tipos: uno era el movimiento mecánico del tiempo, la forma en que determinamos la rotación de la Tierra; mi otra medida del tiempo era el dolor. Yo solía ir acompasado con esta última rotación. Después de una dosis de morfina, el dolor llegaba en suaves olas

que acariciaban mi sistema nervioso y, aunque sabía que el dolor seguía allí, no me importaba.

Pero cuando desaparecían los efectos de la inyección, las olas se iban agitando y encrespando a medida que se sucedían los minutos, hasta que el efecto sedante era barrido por completo y me dejaba atrapado en una tormenta furiosa, sin que pudiera hacer otra cosa que esperar y resistir, resistir...

Todo lo demás era inútil. No podía gritar, no podía golpear a un adversario; no podía usar la lógica, la inteligencia o la rabia; no podía rogar ni suplicar. No podía huir, no podía esconderme, no podía relajarme.

No había nada en absoluto que me arrancara el dolor de aquel cuerpo amputado, desollado, desgarrado .., nada, salvo otra dosis de morfina

La salida era la muerte, pero yo la rechazaba.

Cuando habían pasado unas horas, comenzaba a pedir a las enfermeras una dosis, pero su deber les impedía variar el límite de las cuatro horas. de modo que se negaban a darme una inyección hasta que la medida del tiempo de su mundo hubiera marcado cuatro horas desde la anterior.

La morfina crea dependencia, es una sirena seductora e insidiosa a cuyo canto yo respondía ansioso. Las cuatro horas habían sido decididas por un equipo médico muy alejado de donde yo yacía; sin duda, ese equipo sabía el peligro de las drogas contra el dolor, pero me preguntaba si podrían saber lo que yo estaba sufriendo. Si hubiera podido escoger, habría ignorado todas las consecuencias futuras a cambio de la supresión inmediata del dolor.

> Tenía las heridas tan atestadas de porquería... Era imposible cerrar las heridas del todo. Si los brazos o las piernas se me infectaban, los perdería sin remedio.

La sala del hospital de Chu Lai era surrealista· soldados heridos, extraños entre sí, atendidos por extraños en un mundo de pesadilla. Yacíamos impotentes en la cama, sabiendo que nadie vendría durante las horas de visita. Estábamos solos en un lugar extranjero; y lo que es peor, nuestro propio cuerpo nos era ajeno Nuestros miedos e inquietudes por las heridas. los seres queridos, los amigos y el futuro no tenían salida, de modo que se agitaban y saltaban en el pensamiento mientras nos esforzábamos por resignarnos a lo que nos había ocurrido. La morfina aliviaba el dolor, pero también nos distorsionaba el pensamiento racional, provocándonos alucinaciones.

Pero lo más dañino del calmante era su pernicioso efecto sobre la fuerza de voluntad. Yo estaba en tales condiciones físicas y mentales que a veces me sorprendía a mí mismo renunciando al esfuerzo de luchar.

«¿De qué sirve —pensaba sombrío—, si por bien que llegue a estar físicamente, siempre seré menos de lo que era?» Sin embargo, una parte de mi voluntad de vivir actuaba como un perro guardián y, en cuanto notaba esa resignación, me empujaba nuevamente a la consciencia, a la vida. Al principio pensaba que eso era parte de las alucinaciones, pero llegué a verlo como algo esencial para sobrevivir, porque los hombres que morían a mi alrededor, morían siempre poco después de perder la voluntad.

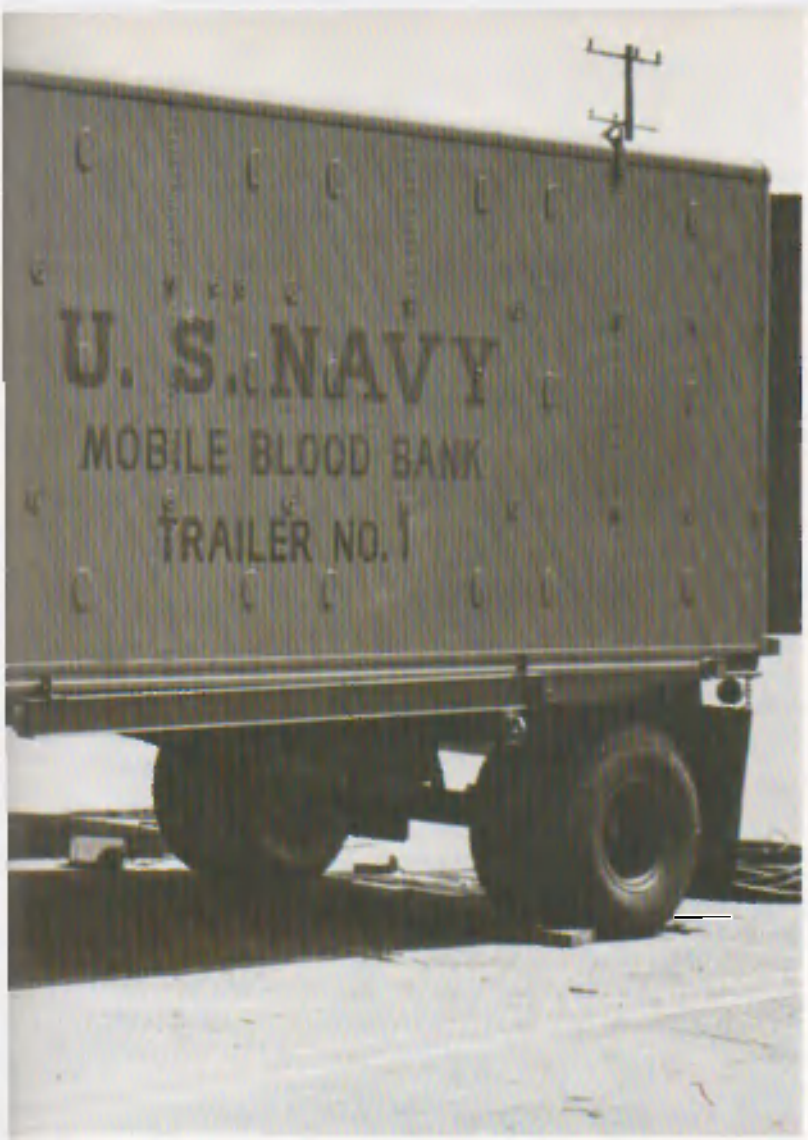
ARRIBA: *El primer envío de sangre helada para su utilización en zona de guerra llegó a Da Nang en 1966 en el remolque de la fotografía. Transportaba 75 litros de sangre a 80 grados bajo cero.*

Los demás, el capitán Sells, la sección, mi familia, los amigos. . todos los que conocía se avergonzarían si se imaginaran que había cedido. Si ellos me respetaban así, yo tenía el deber de mantener la disciplina y no defraudarlos.

Pero ningún hombre puede controlar continuamente sus pensamientos cuando tiene el cuerpo destrozado y el ánimo menguado. Lo peor eran las noches, debido a las sombras oscuras y al sueño provocado por las drogas; eran momentos en que la fuerza vital parpadeaba mortecina al borde de la extinción

En mi esquema del tiempo apareció otra dimensión. Me di cuenta, vagamente, de que después de cada sexto pinchazo me trasladaban al quirófano. De las conversaciones que oía a mi alrededor logré sacar algunos fragmentos de información esenciales. Se estaba librando una batalla para salvarme las piernas y el brazo restante; además. al menos dos veces al día las enfermeras y ayudantes llevaban a cabo el proceso conocido como desbridamiento.

No hay nada que pueda preparar a un soldado herido para el desbridamiento. En primer lugar, hay que quitar el esparadrapo que cubre la herida, el cual, a pesar de que el del Ejército es ligero y muy poco pegajoso, siempre arrastra consigo una delgada capa de piel; a la sexta o séptima vez, la piel exterior ha desaparecido, dejando al descubierto la carne. Cuando se quitaba el esparadrapo, la piel ardía como si la escaldaran.



Una vez sin esparadrapo, me extraían con un fórceps los apósitos que tenía embutidos en los agujeros del cuerpo. Junto a la carne muerta, me sacaban costras y cuerpos extraños incrustados allí por la explosión, y me limpiaban la herida con desinfectante. Mis extremos nerviosos clamaban por un descanso, pero no lo había hasta que las heridas estaban nuevamente rellenas de gasa esterilizada y cubiertas por esparadrapo. El desbridamiento era una especie de tortura, aunque necesaria, puesto que las heridas tenían que sanar desde dentro y, por tanto, tenían que ser mantenidas abiertas y limpias. El desbridamiento era la única forma de conseguirlo, porque estaban tan llenas de porquería —restos de la mina, de la ropa y el equipo que la explosión había incrustado en mi cuerpo, y porquería del camino en que había caído herido— que era imposible cerrarlas por completo. Si el brazo o las piernas se me infectaban, los perdería sin remedio.

Durante un período de dolor incesante, una enfermera me dijo que iba a ser trasladado a un hospital situado más al sur, donde tendría mejores cuidados. No me importaba lo que hicieran conmigo, el dolor me retorcía la mente. ¿Qué importaba dónde estuviera? El dolor iría conmigo.

La enfermera se dispuso a darme una inyección. «Voy a darle un calmante para ayudarle en el traslado. Tiene que hacer un viaje en avión y puede resultar un poco duro.»

Después de la inyección, me sentí flotar despreocupado, mientras las enfermeras y ayudantes me preparaban, junto con otros, para el traslado. Oí que una enfermera le preguntaba a la que me había dado la inyección por qué me trasladaban con tanta rapidez y logré oír la respuesta que le susurró.

«No debería movérsele, pero están llegando demasiados heridos y necesitamos espacio. ¡Espero que sobreviva!»

«Cojonudo», pensé para mí.

Estaba asustado, esperando, pero perdiendo mi energía, mi fuerza vital. Mis últimos pensamientos antes de perder la conciencia fueron sobre mi vulnerabilidad a la muerte.

★ ★ ★

Recuperé el conocimiento en la sala de cuidados intensivos del 85.° Hospital de Evacuación de Qui Nhon, un pueblo costero situado 100 kilómetros al sur de Chu Lai. Según iba tomando conciencia de lo que me rodeaba, dos pensamientos me afectaron simultáneamente. uno de sorpresa. otro de satisfacción.

Sorpresa, porque estaba en un hospital y gravemente herido. Durante las primeras semanas, siempre que salía del sueño quería escapar a toda prisa de aquella pesadilla infernal tan dolorosa y, cuando me despertaba, me sorprendía descubrir que el dolor, las heridas y la pesadilla eran reales. La satisfacción provenía de estar vivo. No tenía que haberme dado prisa

Incluso en medio del dolor, la alegría de haber superado otro día me levantaba el ánimo Si resistía, podrían hacer algo por mí, no sabía bien qué, pero sabía que pronto volvería a mi sección de la Compañía Delta y para eso tenía que estar curado.

Confiaba en curarme rápidamente. Estaba seguro de que los médicos podrían recomponerme el cuerpo si conseguía permanecer vivo.

Estaba lastimosamente equivocado en ambas cosas, pero entre fármacos para ahogar el dolor, incertidumbre, miedo, impotencia y vulnerabilidad, tenía que agarrarme a cualquier cosa, aunque tuviera que inventarla ilusoriamente.

Nunca me había parado a pensar en el cuerpo, sino que había hecho todo lo que me apetecía sin importarme si lo maltrataba, haciendo deporte, trabajando o por pura despreocupación. Pero cinco días después de la «Betty saltarina» todo era diferente: mi cuerpo había sufrido demasiado y yo estaba preocupado y asustado; con frecuencia, fijaba la mirada en el muñón vendado situado donde antes tenía el brazo izquierdo, llevándola desde allí al voluminoso vendaje que me cubría el brazo y la mano derechos. Bajo las vendas, un fuego me quemaba el brazo hasta la muñeca, pero más allá de ella no había más que un vacío aterrador..., una insensibilidad absoluta

> Sus palabras atravesaron mi cuerpo como un monstruo implacable. Se me congeló el alma, hundida en una desesperación glacial.

Más allá de lo que veía estaba el dolor de las partes del cuerpo que no veía. En cierto sentido, eso era peor, porque mi imaginación veía una mutilación diferente cada vez que pensaba en la espalda, las nalgas, las piernas y los pies. Estaba empezando a darme cuenta de la gravedad de mis heridas

«¡Vaya palo, Fred, la has jodido a base de bien!», pensaba para mí «No tienes ni manos con que sostener un libro para olvidarte del dolor.»

De pronto me di cuenta de los tubos que tenía. Esas ráfagas repentinas de atención sucedían con mucha frecuencia. Una rápida y fugaz claridad captaba mi atención y destacaba un detalle que unos pocos segundos atrás había pasado inadvertido.

Después la atención se desvanecía. No buscaba la razón de

ARRIBA: *Muchas mujeres sirvieron en el cuerpo sanitario en Vietnam, colaborando con los médicos y el resto del personal, y procurando no perder la razón entre los heridos y los moribundos.*

ello, porque no la había; me habían sobrevenido tantos cambios físicos que las anomalías mentales debían de ser algo natural, una parte de ello.

Sin embargo, estaba el otro mundo, el mundo real poblado por gente real: médicos, enfermeras, ayudantes, voluntarios de la Cruz Roja. Los miraba y miraba lo que hacían, y pensaba que, aunque en la jungla las misiones habían sido duras, no lo habían sido tanto como las tareas que ellos llevaban a cabo.

En esa sala me daba más cuenta de lo que ocurría a mi alrededor que en Chu Lai. El personal trabajaba en turnos de 12 horas, a menos que se estuviera librando una batalla y hubiera afluencia de bajas, ya que entonces no dejaban de trabajar hasta que finalizaba la batalla. Las enfermeras y los asistentes estaban constantemente en acción, yendo de cama en cama para atender a cada uno de nosotros.

Pese a mi admiración por esos ángeles piadosos, me horrorizaba siempre que venían a atenderme. Cada cuatro horas tenían que cambiarme el tubo de plasma sanguíneo y otras sondas intravenosas; cuatro veces al día tenía que tomar gran cantidad de pastillas; cada cuatro horas me ponían una inyección calmante, y siempre que deseaba orinar necesitaba ayuda.

Clasificaba automáticamente las heridas de los otros como mejores o peores que las mías. Era una manera de pasar el tiempo, así como de luchar contra la lástima que persistía en los bordes de mis composiciones mentales, aunque a veces no podía distinguir si era lástima de mí mismo o de los demás.

La sala era patética y los días aciagos en que el enemigo atacaba empeoraba por el ingreso de heridos; los nuevos heridos llegaban siempre acompañados de un olor a suciedad fresca. Cuando un hombre cruzaba en camilla las puertas de nuestro cobertizo, sabíamos que su herida era grave y estirábamos el cuello cuando pasaba. Nos preguntábamos uno a otro y preguntábamos al personal médico para averiguar quién era: ¿Es un amigo? ¿De qué unidad? ¿Cómo fue el ataque? ¿Cómo fue herido? ¿Cuándo lo ingresaron? ¿Dónde estaba? ¿Qué tipo de herida tiene?

Sí, qué tipo de herida era..., todos queríamos saberlo. Viniendo de un soldado, ninguna otra pregunta es tan terrible

Por la respuesta sabíamos el futuro del herido.

La metralla y las balas quiebran huesos, seccionan nervios, destrozan órganos internos, amputan miembros, desgarran caras, extirpan ojos, rompen tímpanos, enmudecen bocas, pulverizan órganos sexuales y arrasan mentes.

La aviación, los carros de combate, los transportess acorazados de personal y otros vehículos estallan, son derribados o se estrellan, y sus ocupantes resultan quemados o aplastados.

Las explosiones conmocionan.

Durante mis once días de estancia en el cobertizo casi llegó a haber un ejemplo de cada una de las heridas en sus diversos grados.

★ ★ ★

«Teniente Downs, éste es el coronel Ellis. Va a operarle el brazo »

Vi a un hombre fornido vestido con bata de cirujano.

«Hola, coronel.»

«Hola, teniente. Cuando esté preparado para la intervención, le miraré el brazo a ver cómo va.» Me tocó las puntas de los tres dedos.

«¿Siente algo?»

«No.»

«¿Y ahora?»

«No, no.»

«Hummm. ¿Ahora?»

«Tampoco..., sí..., no . , no estoy seguro. ¿Qué ocurre, doctor?»

«Bueno, no lo sabré hasta que le descubra el brazo y la mano, pero hay una lesión nerviosa, sin duda, y debo decirle que tiene que estar preparado. . Si el brazo se ha infectado, tendré que amputarlo.»

Sus palabras atravesaron mi cuerpo como un monstruo implacable. Se me congeló el alma, hundida en una desesperación glacial. Le miraba sin poder creérmelo.

«¿Qué quiere decir, doctor? Estoy a salvo y todavía tengo el brazo, ¡no puedo perderlo ahora! Es el único que me queda. ¡Mire!, ya hace días que caí herido y todavía lo tengo.»

Me resultaba incomprensible que la ciencia médica norteamericana no pudiera salvarme el brazo, pues siempre había creído a los médicos lo más parecido a Dios. Creía que la única razón por la que no me habían cosido el brazo izquierdo era porque estaba demasiado destrozado, pero yo todavía conservaba el brazo derecho y ese médico me estaba diciendo que la medicina no era tan poderosa como siempre había creído Ya

se habían destruido bastantes de mis creencias y perdí los estribos.

«¡Hijoputa!»

«¿Qué?»

«Hijoputa; si me cortas el brazo, te mato, cabrón. Enfermera, no le deje hacerlo, ¿me oye?, no le deje hacerlo.» No chillaba, estaba hablando con voz flemática. Atiborrado de calmantes como estaba, me parecía poder ordenar a mi sección que viniera a protegerme. Haría que mis hombres lo mataran, o lo mataría yo mismo. Estaba tan desvalido que creo que debí de volverme loco.

El miedo y la impotencia me hacían enloquecer. No tenía amigos allí, aquellas personas eran extrañas, no había nadie que abogara por mí y me protegiera durante mi desvalimiento.

Me concentré en recuperar el control sobre el miedo, porque la parte racional de mi mente sabía que el coronel hacía todo lo posible por ayudarme y me salvaría el brazo si estaba en su mano. Sabía que él era mi mejor baza, de modo que me esforcé por recuperar el control y concentrar la atención en ver qué podía identificar.

Miré alrededor. El quirófano era el cobertizo situado al lado de mi sala y las habitaciones estaban formadas por pequeños cubículos, de paredes un poco más altas que el coronel. Con nosotros había una enfermera y un asistente. Era muy importante para mí saber dónde estaba, porque entre aquellos extraños necesitaba algo a qué agarrarme. En ese cubículo, el extraño era yo, no aquellas personas; ése era su medio ambiente, el lugar donde «la muerte ronda». Si una parte de mí mismo iba a morir, debía demostrar que era un hombre.

«Lo siento, doctor, pero he sufrido mucho estos días y luego usted me dice que me va a cortar el brazo. Es un palo, ¿no?»

«No se preocupe, teniente, estoy acostumbrado y no se lo tomo en cuenta. Yo voy a hacer mi trabajo, pero usted tiene que hacer su parte. Hay un montón de personas que cuentan con usted.»

De ahora en adelante era parte de dos países. En uno estaba mi nacimiento y mi amor; en el otro, mi muerte y mi odio.

Con ese pensamiento me dormí. Estaba dirigiendo la sección en un ataque contra un nido de ametralladoras cuando noté que mis hombres ya no me oían; la escena del combate se desvaneció y fue reemplazada por una habitación. Ante la vista tenía a un enfermero conocido.

«Me alegro de volver a verle, teniente», dijo sonriente. «Vendaje nuevo y todo eso.» Me miré el brazo y sentí un gran alivio: todavía estaba allí. Y así siguió: el coronel Ellis me operaba cada día y cada día, cuando salía trabajosamente de la bruma, mi primer acto consciente era buscar el brazo. Me aterraba aquello, porque cada día, cuando me llevaban a operar, perdía el control sobre la decisión que marcaría mi vida; era la única decisión importante: ¿iban a cortarme el otro brazo?

Me guardaba los pensamientos sombríos y procuraba ser un buen paciente, porque durante las dos semanas siguientes a la explosión había tomado la resolución de aprender a arreglármelas con un brazo. Me obligué a aceptar el hecho de que por mucho que me quejara, maldijera, llorara, rogara, tuviera esperanzas en un trasplante quirúrgico, lamentara que hubiera ocurrido, sintiera lástima de mí mismo o esperara un milagro, nada iba a cambiar el hecho de que mi brazo había desaparecido para siempre. Y no iba a crecerme otro.

Por pura curiosidad, anteriormente había preguntado qué hacían con los miembros seccionados y con las otras partes del cuerpo, pues recordaba a la enfermera metiendo mi brazo sanguinolento en el saco de plástico sostenido por el ayudante y me preguntaba qué habría sido de él.

La respuesta fue que los miembros se mantenían en un refrigerador durante unas 48 horas hasta que se determinaba si el paciente sobreviviría. En ese caso, se disponía del miembro en la forma determinada por la religión consignada en la chapa de identificación. Si se trataba de un judío o católico, el miembro era enterrado; si se trataba de un protestante, el miembro era incinerado.

Si el soldado moría dentro de las 48 horas, el miembro era embalsamado con el resto del cuerpo y metido en un ataúd de aluminio para su traslado a Estados Unidos, donde todos los restos eran enviados a los familiares para su entierro.

Pensé con tristeza en mi brazo incinerado y sus cenizas esparcidas sobre Vietnam. Recordé el comienzo de un poema de Rupert Brooke sobre la Primera Guerra Mundial:

> *Si he de morir, no penséis sino esto de mí:*
> *Que hay un rincón de un campo extranjero*
> *que será por siempre Inglaterra.*

De ahora en adelante, era parte de dos países. En uno estaba mi nacimiento y mi amor; en el otro, mi muerte y mi odio.

América y Vietnam eran en mí los polos de violentos sentimientos. Tras dominar mi furia destructora, me había quedado atrás, como los restos de un naufragio tras la tempestad. De mí dependía si iba a ser o no un derrelicto; tenía que decidir si iba a pasar la vida compadeciéndome de mí mismo, amargando mi vida y la de todos los que me rodearan, o si iba a superar la desgracia con entereza. Me gustaba la gente, amaba la vida, me encantaba estar alegre, me gustaba hacer cosas y llegaría un día en que no soportaría más estar en una cama.

Por tanto, le dije a las enfermeras que quería intentar andar. Nadie me tomó en serio, pero insistí, tratando de camelarlas. Ellas sabían lo mutilado que estaba de cintura para abajo y no creían que pudiera tenerme en pie, y mucho menos dar un paso. Al fin, las convencí de que podía intentarlo.

Me sentía ilusionado ante la perspectiva de salir de la cama y caminar, y ya me veía en pocos días dando vueltas por allí de maravilla. Me dolería un poco, pero lo soportaría.

Las enfermeras, asistentes y heridos me contemplaron expectantes mientras dos enfermeros se disponían a ayudarme. Colocaron las manos bajo mis hombros y me levantaron suavemente. Inmediatamente lancé un grito involuntario de miedo y sorpresa ante el terrible dolor que parecía desgarrarme las nalgas y piernas.

«¡Esperad! ¡Dios mío, cómo duele! ¡Dios mío!» Fui presa de espasmos musculares, escalofríos y sudores.

En el momento en que los enfermeros separaron un poco mis hombros de la cama me di cuenta de que había cometido un drástico error. Hacía dos semanas que no me había movido y ahora sentía un fuego recorriendo mis nervios. Tenía las heridas prendidas por docenas de puntos metálicos para evitar que se abrieran más y, al descansar el peso sobre las nalgas, había per-

turbado esos músculos y tendones desgarrados sujetos por los puntos. Las oleadas de dolor eran tan intensas que barrieron el efecto amortiguador del calmante Pero todos estaban mirándome y no podía defraudarlos, ni tampoco a mí mismo.

«Es un palo, pero soy de Infantería. Levantadme lentamente», dije con voz entrecortada y un envalentonamiento que no sentía.

Tras mucho esfuerzo de los enfermeros, estímulo de los espectadores y determinación de conseguirlo por mi parte, quedé al fin sostenido en posición sedente, descansando pesadamente sobre el borde de la cama con las piernas colgando. Por primera vez en muchos días miraba a mi alrededor desde una posición vertical: pero era tan doloroso estar sentado sobre las heridas que pedí a los enfermeros que me pusieran en el suelo Me agarraron por las axilas y me bajaron, me calzaron unas zapatillas y me echaron una bata sobre los hombros sin dejar de sujetarme, porque no podía mantenerme en pie solo.

Cuando todo mi peso descansó sobre las piernas, los efectos en mi cuerpo fueron nuevos dolores atroces, vértigo y un deseo imperioso de vomitar. Tenía las rodillas y la cintura encorvadas, no podía estirarme. Tenía demasiadas lesiones, demasiados puntos y demasiados dolores. Me encogí como un anciano mientras los enfermeros me sostenían por las axilas y lentamente deslicé un pie hacia adelante unos centímetros: ¡mi primer paso!

Todos los que tenían dos manos aplaudieron y los demás dieron gritos de ánimo. ¡Dios mío!, era un momento dichoso. ¡Lo había logrado! El éxito era un sentimiento embriagador y las palmadas que recibía eran para mí una especie de energía suplementaria.

«¡De primera, teniente!», voceó uno desde su cama.

Alentado por el éxito, arrastré un poco los pies por el pasillo con la ayuda de los dos enfermeros que soportaban la mayor parte de mi peso. Frente a la mesa de las enfermeras me sentaron delicadamente en una silla preparada por ellas forrándola con dos almohadas. Incluso así, los extremos nerviosos de las nalgas gritaron pidiendo descanso. Me senté pesadamente, pedí algo para leer y un enfermero me trajo un comic de guerra. Intenté leer una página sobre un soldado alemán, pero era incapaz de concentrarme a causa del dolor, las náuseas y el vértigo.

Las naciones desarrollan deliberadamente muchas clases de armas pensadas para mutilar a los soldados en vez de matarlos.

Al cabo de unos minutos fue necesario que volvieran a ponerme en la cama. La enormidad del daño sufrido por mi cuerpo provocó en mí un efecto de sensatez y, aunque adopté una apariencia animosa, me hizo sentir muy preocupado por mi futuro como un ser humano en acción. En las películas los heridos se movían y hablaban sin apenas dificultad, pero aquel dolor —el brazo perdido, las piernas—..., ¡Dios mío!, iba a pasar una larga temporada antes de que volviera a estar bien.

Oleadas de náuseas y vértigo me recorrieron según los enfermeros me echaban de nuevo en la cama y llegué a perder la coherencia durante cortos períodos de tiempo, como si mi mente sufriera cortocircuitos.

Las enfermeras pasaron toda la noche preocupadas por mí. No volví a intentar salir de la cama enseguida.

★ ★ ★

Como no había otra cosa que hacer salvo estudiar nuestro más cercano entorno, llegamos pronto a estar en sintonía con los detalles que afectaban a nuestras vidas. Por ejemplo, si colocaban una cama delante del cuarto de las enfermeras, como estaba la mía, el soldado estaba en mal estado y era necesario tenerle cerca, donde las enfermeras no le perdieran de vista. Las camas de los extremos albergaban a los casos de cuidados intensivos menos graves y, si un paciente era trasladado a otro cobertizo, su peligro inmediato había pasado. Yo llevaba unas dos semanas en la sala de cuidados intensivos junto al cuarto de las enfermeras. Si a los otros los trasladaban a la otra sala y a mí no, algo iba mal, y eso me preocupaba mucho. «¿Qué era exactamente lo que marchaba mal?», pensaba.

Había algunos, por supuesto, que eran trasladados porque morían. Hoy en día, aquel cobertizo se me presenta como una oscura amenaza en la memoria. Cuando la muerte entraba en nuestra sala, yo sentía estremecerse el tenue tejido de la vida, extendido tensamente de un hombre a otro como una tela de araña. Yacíamos impotentes en la trampa mientras la muerte avanzaba resueltamente entre nosotros para tomar una vida y chuparle su energía vital hasta el aniquilamiento.

No era que le tuviera miedo a la muerte, sino que estaba enamorándome de la vida. Había reparado por fin en la vida, como esa vecina que siempre ha estado al lado, y comenzaba a apreciar sus mejores cualidades.

Tengo la certeza de que algunos hombres cuyo fin no era inevitable murieron por el simple hecho de que habían perdido el interés por volver a experimentar la vida.

No poder hacer nada durante horas y días resultó al fin tan duro de soportar como el dolor. No podía usar las manos para sostener un libro o pasar las páginas, no podía escribir, apenas podía moverme y tampoco podía mantener conversaciones prolongadas porque, unas veces yo y otras los de las camas de al lado, estábamos bajo los efectos de las drogas o con demasiados dolores para poder concentrarnos; tampoco había radio ni televisión... ¡nada!

Los momentos más agradables eran aquellos en que alguien centraba su atención en mí, aun cuando fuera un médico o enfermera que iban a causarme dolor al revisarme las heridas, porque al menos era una persona con quien hablar, alguien que ayudaba a pasar unos cuantos minutos.

Los médicos, enfermeras y asistentes hacían lo que podían y en sus horas libres, el único momento que tenían para alejarse de nuestra lastimosa presencia, muchos de ellos se daban una vuelta a ver cómo estábamos, a ayudarnos a escribir una carta o sencillamente a hablar un rato con nosotros. Eran nuestra única familia y su vida era el cuidado de los pacientes

Un día vino la fisioterapeuta a darme instrucciones sobre cómo mover el muñón en círculos para que no se atrofiaran los músculos. Que pareciera una pérdida de tiempo no venía al caso; decía que quería que comenzara a pensar en usar el muñón, en vez de considerarlo como algo que llevaría colgando

DERECHA: *Limpiando de minas un camino. Con frecuencia, la última cosa que oía un soldado era un chasquido en el momento en que su pie hundía el émbolo de una mina enterrada.*

US ARMY

toda la vida. Me enseñó fotos de hombres sin ambos brazos y provistos de prótesis que hacían todo tipo de cosas, desde pescar hasta conducir un coche. Cuando yo volviera a Estados Unidos, me decía, me las arreglaría perfectamente bien con una prótesis, iba a sorprenderme de lo ágil que llegaría a ser. En Denver, Colorado, había un programa para mutilados en que personas que habían perdido una pierna aprendían a esquiar.

«Sí, maravilloso», pensaba yo. «¿Pero qué pensarán mi familia y mis amigos de mí sin un brazo? ¿Qué pensará mi esposa? ¿O mi hija?»

Un día, la terapeuta fijó con esparadrapo una pluma al vendaje que me cubría la mano y me hizo escribir una carta a la familia. No fui capaz más que de garrapatear unas pocas líneas temblorosas, pero ese pequeño logro me elevó la moral y la confianza.

★ ★ ★

Un día, sin previo aviso, fui trasladado a la sala contigua. El traslado tenía sus desventajas porque, aunque formaba parte del proceso de curación y era una señal inequívoca de que mejoraba, cada vez que me cambiaban el nuevo equipo tenían que volver a determinar mi tipo sanguíneo. Eso se hacía igualmente tras un traslado a tres camas de distancia que a 1000 kilómetros. Era preciso hacerlo, porque el personal de cada sala era responsable de cada paciente y medio litro de sangre equivocada podía matarlo.

Me habían clavado docenas de agujas en los pocos lugares disponibles de mi cuerpo y tenía los vasos sanguíneos tan endurecidos que era difícil encontrar un sitio en el que clavar una nueva. De modo que en su búsqueda habían llegado por último a las venas de lo alto de los pies, cosa que odiaba, porque era uno de los pocos lugares que no me dolía.

Para colmo de males, sabía lo que ocurriría antes de que diesen la prueba por concluida. Mi sangre era A negativo, pero desde un principio habían estado poniéndome O negativo, que es el donante universal, porque yo había perdido mucha sangre y no tenían a mano suficiente del tipo A negativo. Por lo tanto, el análisis de sangre indicaba una mezcla de dos tipos, el mío y el de la sangre recibida, y con toda seguridad el analista vendría a por otra muestra.

Nada podía alterar esa rutina, ni toda la información que yo pudiera dar a un enfermero lograba evitar que hiciese el análisis. Los enfermeros habían oído tantas historias acerca de pacientes trastornados por los fármacos que asentían condescendientemente y continuaban hurgándome lo alto de los pies. Cuando al fin se aclaraba la confusión y empezaba a entrarme la nueva sangre, yo pasaba frío y me entraban temblores durante la hora o así que tardaba en vaciarse la bolsa de plástico: la sangre era conservada en un refrigerador hasta el preciso instante en que se usaba. Era un cargamento precioso, traído desde «el mundo».

Mientras yacía allí, sufriendo y temblando, miré las otras camas llenas de heridos y comencé a reflexionar sobre la grotesca premeditación de nuestras heridas. Es mejor herir a un soldado enemigo que matarlo, y aquella sala era un ejemplo gráfico: un soldado muerto precisa muy poco de su país: transporte a su hogar y entierro. Pero un soldado herido precisa gran cantidad de cosas: gran parte del presupuesto militar ha de destinarse a equipo médico, hospitales, personal sanitario, personal de apoyo, medicinas..., la lista es interminable. Además, los cuidados médicos continuan durante varios años, en muchos casos; y el tratamiento psicológico puede prolongarse toda la vida.

Las naciones desarrollan deliberadamente muchas clases de armas pensadas para mutilar a los soldados en vez de matarlos.

★ ★ ★

Iba haciendo progresos y en pocos días estuve bastante bien para ser trasladado al Japón, con una parada nocturna en la base aérea de Clark en las Filipinas, porque estaban ingresando demasiados heridos para tenerme allí más tiempo.

Desde luego que estaba listo para dejar Vietnam.

Mientras nos trasladaban desde el avión, busqué con la mirada la banda de bienvenida, pero no había ninguna. Me sentí decepcionado, porque esperaba algo. Pero quizá no estábamos aún en «el mundo»; sin duda alguna, nos harían un gran recibimiento con música y discursos cuando llegáramos a Estados Unidos.

Llegamos por último al hospital, que tenía un aire muy norteamericano. Me pusieron en una habitación doble; en la cama más próxima a la puerta había un sargento de 20 años al que una trampa bomba le había arrancado los ojos. Me pidió que le describiera lo que nos rodeaba.

«¡Joder!», pensé. «Tengo suerte de haber perdido sólo un brazo. ¿Qué haría si me hubiera quedado ciego? ¡Seguramente me mataría!»

Tras la ventana, árboles y arbustos tropicales eran batidos con violencia por el viento. Se estaba desencadenando una tormenta.

Le describí al sargento los relámpagos, el viento, la tormenta entera. El nunca más volvería a ver una tormenta y yo nunca antes había descrito una, porque había vivido en la tierra sin

ABAJO: *El barco hospital de Alemania Occidental* Helgoland *anclado frente a las costas de Vietnam del Sur. Barcos como éste fueron utilizados para prestar asistencia a los heridos de gravedad.*

comprenderla: tras experimentar la muerte, experimentaba ahora la vida.

Entraron dos doctores filipinos y se detuvieron junto al sargento. Me preguntó qué pasaba y le dije que estaban examinándolo dos «amarillos» filipinos. Cuando les pregunté si hablaban inglés, no me prestaron atención, de manera que supuse que no.

¿Si aquello era un hospital norteamericano, por qué se permitía que hubiera filipinos? La cuestión me tuvo en ascuas mientras los dos médicos conversaban junto al sargento ciego

Después se acercaron a mi cama, cada uno a un lado. Yo me preguntaba qué ocurría mientras ellos hablaban entre sí señalándome y explorándome al tiempo.

«¡Eh, basta ya!», dije cuando uno me apretó demasiado fuerte el brazo derecho.

De pronto tomaron una decisión y comenzaron a quitarme la venda del brazo y la mano. Como aquello no me lo habían hecho nunca estando consciente, me asusté y miré desesperadamente alrededor en busca de personal médico norteamericano, alguien en quien pudiera confiar. Pero los «amarillos» habían cerrado la puerta de la habitación.

«¡Eh, tíos, largaos y dejadme en paz!», dije con voz débil, retirando el brazo. Me lo cogieron otra vez, dándome dolorosos tirones al deshacer el vendaje bruscamente.

El sargento, ahora interesado, me preguntó qué ocurría. Le dije que algo iba mal y le pedí que tocara el timbre rápidamente. Se asomó una enfermera a la puerta, pero el médico que estaba a mi izquierda se acercó a ella y le dijo algo; la enfermera me miró un instante y cerró la puerta.

Cuando el médico regresó, los miré a los dos y vi en sus rostros una total despreocupación por mi estado; sentían curiosidad por mi herida desde un punto puramente profesional.

Tuve miedo. No eran norteamericanos y no parecía que yo les preocupara Por primera vez desde que había resultado herido, volvía a estar entre «amarillos» y desvalido. El corazón me latía aceleradamente en el pecho mientras los «amarillos» proseguían sus dolorosas manipulaciones sin ocuparse para nada de mi angustia.

El sargento no dejaba de animarme cuando oía mis gritos y gemidos de dolor: aquellos malditos «amarillos» estaban matándome. Hablar era lo mismo que morder algo para superar el dolor, de manera que yo no paraba de hablarle al sargento.

Las capas de vendaje a las que habían llegado estaban empapadas en sangre y cada una de las vueltas estaba pegada a la capa de debajo, pero los «amarillos» las arrancaban sin miramientos, acercándose cada vez más a la herida; las últimas capas estaban tan impregnadas de sangre que al arrancármelas negros rayos de dolor me cruzaron la consciencia. Iba a sufrir una conmoción; estaba atrapado, no podía escapar y nadie iba a protegerme No podía hacer nada más que resistir.

Por fin cayó la última capa y sólo quedaba una fina capa como de tul Todo el brazo, desde el codo a las yemas de los dedos, rezumaba sangre

Lo contemplé horrorizado.

Los médicos me movieron los dedos y un dolor atroz me subió por el brazo. El dolor que me causó la separación del tul de la carne pegada y la sangre coagulada hizo que me desmayara, pero mi profundo instinto de supervivencia, emparejado al odio y el resentimiento, me hicieron recuperar el conocimiento.

Me revolvía adelante y atrás gimiendo por el dolor y la humillación de yacer impotente entre la inmundicia de mis vendajes llenos de sangre encostrada. Por último, los dos médicos filipinos se fueron, dejándome ensangrentado y exhausto, al borde mismo de la muerte.

Atormentado hasta ser presa de una rabia enloquecida por el sufrimiento y la deshonra, me imaginé acribillando sus cuerpos con una ametralladora M-60.

CAVERA FREISE

> No me importaba. Me habían maltratado y estaba casi dispuesto a morir y a punto de decidir que no tenía nada por lo que vivir.

Todo a mi alrededor estaba inmerso en vibrantes oleadas de un dolor que me quemaba atrozmente.

Deseaba vomitar, pero sólo tenía bilis y líquidos estomacales.

El sargento gritaba, preguntándome una y otra vez qué pasaba, si estaba bien. «De prisa, necesito ayuda de prisa», gemí.

Recuerdo vagamente enfermeras y médicos norteamericanos haciéndome cosas en el cuerpo, pero por primera vez estaba suspendido en una zona incierta entre la supervivencia y la rendición. El dolor era tan fuerte que únicamente quería escapar y la única salida era la muerte.

Una tremenda tormenta descargó durante parte de la noche. Concentré mi atención en los relámpagos como una forma de no ceder. Toda la noche estuvieron dándome sangre fría intravenosa y yo no dejaba de estremecerme.

Me acuerdo poco del día siguiente, en que me trasladaron con el resto de los heridos al avión que nos llevaría al Japón. Durante la mayor parte del vuelo tuve una enfermera al lado, pero no me importaba. Me habían maltratado y estaba casi dispuesto a morir y a punto de decidir que no tenía nada por lo que vivir.

CAPÍTULO 1 HERIDO

249.º HOSPITAL DE EVACUACIÓN CAMPAMENTO DRAKE, AFUERAS DE TOKYO (JAPÓN) 28 DE ENERO - 9 DE FEBRERO DE 1968

Mi estado empeoraba con tal rapidez que en cuanto aterrizó el avión me embarcaron en un helicóptero que estaba esperando para llevarme al hospital. Después de tomar tierra me condujeron a toda prisa a una sala donde perdí el conocimiento

Lo recobré en una gran sala con 100 camas Yo estaba situado a unas 10 camas del cuarto de enfermeras, por lo que colegí que todavía estaba en peligro.

Me parecía que mi cuerpo estaba desarrollando un sistema de resistencia a los fármacos, porque ahora el dolor remitía únicamente durante una hora después de una dosis, en lugar de durarme sus efectos el ciclo completo de cuatro horas entre inyecciones. Por eso mismo, sin embargo, tenía la mente más despejada durante períodos de tiempo más largos y, aunque fueran momentos más dolorosos, eran también más reales.

Al no estar bajo los efectos embotantes de la droga, comenzaba a disfrutar más de la vida, no era una ilusión, sino que estaba regresando del borde de la muerte y cada tramo que me alejaba de ella aceleraba mi recuperación.

Todos los que estábamos en la sala nos ayudábamos unos a otros. Los que podían andar, ayudaban a los otros a salir de la cama para ir a las letrinas o a terapia; los que tenían manos, daban de comer a los que carecían de ellas o no podían usarlas; los que estaban en sillas de ruedas, llevaban bandejas y actuaban como un servicio de correspondencia; los que tenían ojos, describían la sala a los ciegos; los que no tenían voz, se comunicaban con los demás por medio de gestos y movimientos de mano; los que no tenían rostro o sólo lo tenían en parte, eran tranquilizados por los otros, diciéndoseles que no tenían tan mal aspecto como creían, y rápidamente quedaban integrados en el grupo; los que no tenían piernas, exhibían su agilidad columpiándose con los brazos de los armazones que había sobre cada cama y que servían de sujeción a las poleas para mantener en suspenso los miembros rotos o amputados; se colgaban de ellos haciendo bromas para levantar la moral de los que no podían moverse. Todos teníamos algo en común, estábamos heridos y acabábamos de salir del campo de batalla.

> El tiempo destinado al sueño estaba estremecedoramente vivo con el ruido de los murmullos y balbuceos de los inquietos pacientes.

Pero algunos hombres eran inabordables. Independientemente de la naturaleza de sus heridas, la lástima de sí mismos los había devorado, destruyéndoles el ánimo. Rechazaban cualquier proposición amistosa y se encerraban en sí mismos revolcándose en su propia amargura.

Al intentar atraer a nosotros a esos soldados, solíamos soportar una cierta cantidad de desaires porque sabíamos el estado de desesperación en que se encontraban, aunque argumentábamos que, si otros que estaban peor lo superaban, los que no lo superaban era porque habían elegido un mal camino. Pero paulatinamente tuvimos que abandonarlos a su suerte, por miedo a que nos arrastraran a su amargura.

El camino de vuelta de cada uno de nosotros era lo bastante tortuoso para que sólo cuando éramos fuertes nos atreviéramos a volver a entrar en el laberinto para intentar salvar a un hermano perdido. En la actualidad, en la década de los ochenta, muchos de nosotros estamos aún intentando sacar a nuestros camaradas del laberinto de la desorientación mental y el dolor físico provocado por la guerra; pero en 1968 estábamos demasiado inseguros de nuestra propia vida y demasiado cerca de la muerte para arriesgar lo que habíamos recuperado

Nunca había visto una sala de hospital de guerra excepto en las películas, y en ellas los heridos están siempre recién vendados y sanan rápidamente. Pero ahora conocía mejor las cosas y nada me impresionaba después de haber visto a un vietnamita mirando incrédulamente sus intestinos, caídos en el suelo junto a él; después de haber visto el cráneo de un norteamericano abierto en dos por una bala de un AK-47, con los sesos derramándose sobre la chaqueta del uniforme Piernas y brazos volados habían llegado a ser tan comunes que resultaban pura rutina; la sangre saliendo por numerosos agujeros en los cuerpos de los amigos había llegado a ser una realidad habitual.

> Las inyecciones me hacían insensible al dolor y me permitían un mundo de libertad ilimitada. Iba adquiriendo ansia de drogas.

Como en el hospital formábamos nuestra propia sociedad, no teníamos conciencia de nuestras heridas; eran nuestra cuota de ingreso, lo que nos daba autenticidad. Además, íbamos recuperándonos y teníamos la mente despejada durante períodos de tiempo más largos. Nos ayudábamos unos a otros y el personal del hospital nos ayudaba a todos: nuestra sociedad era de una pieza. Pero, esencialmente, estábamos ocultándonos y lo sabíamos, así como sabíamos que no podíamos permanecer eternamente ocultos.

Nunca quedaba la sala en silencio cuando apagaban las luces. El tiempo destinado al sueño estaba estremecedoramente vivo con el ruido de los murmullos y balbuceos de los inquietos pacientes. La tenue luz que salía del cuarto de enfermeras al extremo de la sala les permitía ver lo bastante para ir de uno a otro administrando inyecciones o tranquilizando a los heridos. Pero aquella débil luz provocaba algo que indudablemente no había sido planeado: nos preservaba de la oscuridad absoluta. Desde que me habían herido, en todas las salas había estado siempre encendida la luz del cuarto de enfermeras.

Era un regalo del cielo. Cuando me despertaba por la noche, turbado y confuso, sin saber dónde estaba ni la razón de mi sufrimiento, con el cuerpo enfundado en una crisálida de dolor atormentante, mis ojos descubrían la suave luz que emanaba de la oscuridad, mientras yo me esforzaba por descifrar mi embrollada mente. La luz provenía de un cubículo cerrado con cristales y situado al extremo de la sala, que siempre tenía la puerta de cristal abierta para que entraran los ruidos.

Sentada en el cuartito, bañada por el chorro de luz que arrojaba la lámpara de mesa, estaba la enfermera de guardia, toda de blanco, rellenando informes o escribiendo una carta. Ese espectáculo sereno tenía un efecto restaurador en mí, calmán-

TRH PICTURES

ARRIBA: *Una vez que los heridos habían recibido asistencia en la zona de combate, eran evacuados a hospitales de campaña situados detrás de las líneas.*

dome en un primer momento el miedo nuevo y confuso de encontrar únicamente un muñón de carne vendada donde debería estar mi brazo izquierdo. Siempre que despertaba, me sorprendía esa pérdida, pero el cálido brillo de la luz me daba firmeza.

Aun con luz, era bastante duro, pero tener que enfrentarse a la oscuridad absoluta habría sido devastador. El ruido de los pacientes durante la noche era peor en la sala del 249.°, porque, como nos estaban retirando las drogas más fuertes para evitar la adicción, nuestro grado de consciencia era mayor Yo únicamente podía dormir una hora después de una inyección antes que me despertara el dolor; entonces me quedaba con la vista fija en las sombras del techo proyectadas por la luz de la enfermera, preguntándome por millonésima vez cuándo iba a cesar el dolor.

A mi alrededor se oían gemidos y, para ocupar la noche, intentaba determinar de quién provenían los distintos sonidos... y en una sala de 100 camas había muchos ruidos diferentes.

Todavía moría alguno, en ocasiones, aunque no al ritmo que lo hacían en Chu Lai. Por lo general morían durante la noche, como anteriormente, y nosotros sabíamos cuándo iba a ocurrir; era como un sexto sentido, sabíamos cuando uno dejaba de luchar.

La muerte de un camarada en combate o, entonces, en el hospital era un mazazo para todos nosotros, pero no hablábamos mucho sobre ello, excepto en términos bélicos: lo acribillaron con una AK-47; nuestra artillería disparó demasiado corto y les tocó la china a dos muchachos; aquella emboscada fue una verdadera putada; el quemado murió la noche pasada; o el tipo de la 101.ª Aerotransportada que tenía el pecho aplastado no sobrevivió

Pese a la manera caballeresca en que dialogábamos sobre la muerte, cada uno de nosotros tenía que encarar en solitario la cuestión de cómo iba a afectarle la cercanía de la muerte. ¿Iba a ser presa de pesadillas obsesivas, de sentimientos de culpa, de la lástima de sí mismo; iba a ser débil, cobarde, inútil y timorato? ¿O iba a ser fuerte, decidido, valiente, confiado, maduro y tranquilo? Y por encima de todo eso, ¿iba a ser vencido?

Todos nosotros pasaríamos el resto de nuestras vidas descubriendo las respuestas.

Por mi parte, continuaba sufriendo intervenciones quirúrgicas diarias. Después de cada una de ellas, entraba a la habitación del postoperatorio dirigiendo mi sección en el combate y, cuando me daba cuenta de dónde estaba, me sentía frustrado, deseando desesperadamente regresar al sueño. Lo único agrada-

ble de las intervenciones era que las inyecciones calmantes se incrementaban después de ellas. Dependía de esos fuertes calmantes por dos razones: me hacían insensible al dolor y me permitían un mundo de libertad ilimitada. Iba adquiriendo ansia de drogas.

★ ★ ★

El 8 de febrero de 1968 recibí el aviso de traslado al «mundo», a un lugar situado en Denver (Colorado), llamado Hospital Militar Fitzsimmons.

La noche previa al traslado, las enfermeras me invitaron, junto con otros oficiales, a una fiesta de «hola y adiós» dada por un médico. Aquella era una novedad excitante: ¡escapar de la cama! Todos los pacientes y asistentes con que tenía amistad colaboraron para prepararme para el gran momento. Estaba dispuesto a salir de la cama, sin importarme lo mal que me sintiera o el dolor que me causara el esfuerzo. ¡Deseaba salir!

Para entonces ya recorría distancias cortas, de manera que creía que podría arreglármelas. Incluso a los que no podían ir los encantó ayudarme a estar listo: uno me regaló unos pantalones, un asistente me proporcionó un suéter y las enfermeras de servicio me consiguieron unas zapatillas nuevas. Todos los muchachos que podían moverse sin grandes dificultades me ayudaron a lavarme, afeitarme y vestirme.

La única nota amarga la puso inocentemente un ayudante que era especialmente afable y servicial para todos nosotros, y que era el mismo que había suministrado el suéter. Cuando los otros acabaron de abotonarme y cerrarme las cremalleras, él se adelantó a alisar las arrugas y añadir unos retoques finales. Por primera vez desde agosto estaba vestido de paisano, dándome perfecta cuenta de la manga vacía que colgaba lacia de mi costado izquierdo. Me sentí incómodo y turbado por estar sin un brazo y la súbita idea de que iba a estar así el resto de mi vida me sumió en una profunda melancolía.

Se movía con celeridad en torno a mí, haciendo un cuidadoso pliegue con las mangas vacías de la camisa y el suéter y sujetándolo luego con alfileres por debajo del muñón. Al final, dio una palmadita al pliegue y comentó alegremente: «En cuanto llegue a Estados Unidos, teniente, le colocarán uno de esos brazos artificiales en un santiamén.»

No podía imaginar el terror que eso me causaba ..., un feo e incómodo brazo de plástico con un gancho de metal iba a formar parte de mi cuerpo para siempre. Me estremecí ante la perspectiva de atraer las miradas de la gente. Pero paseé la vista por el círculo de caras expectantes, sonrientes por lo que a todos nos divertía verme vestido, e instintivamente comprendí que destruiría nuestras ilusiones de esa noche si dejaba siquiera traslucir mis temores.

Le devolví la sonrisa: «Tienes razón. Cuando tenga el brazo, no habrá nada que me detenga, haré todo lo que hacía antes. ¿Acaso creéis que no puedo pellizcar el culo de una chica con un gancho?»

Ése era el estado de ánimo que todos deseábamos tener y llegué a creérmelo un poco. El comentario nos llevó a hablar de mujeres y coches, y de las fantásticas aventuras que íbamos a correr cuando regresáramos al mundo. Parecíamos muy valientes.

IZQUIERDA: *A primeras horas de la mañana el aire se llenaba del amenazador rugido de los helicópteros y la sombra de sus palas cubría el suelo como un manto.*

Cuando sonaron las ocho llegaron las enfermeras y, en medio de muchas pullas amables de la sala, nos metieron en un Ford Mustang. Después de un corto trayecto llegamos al club. Una de mis amigas enfermeras que estaba de guardia esa noche me había dado su inyección «especial», cuyo efecto estaba garantizado, según ella, para que pudiera resistir toda la noche, aunque a mí me parecía que podría resistir toda la semana.

No recuerdo haber disfrutado tanto en una fiesta como en aquélla. A lo largo de la mesa contemplaba a heridos con uniforme, ropas de paisano o batas de hospital, bebiendo y disfrutando de la vida. Casi la habíamos perdido e intensificamos nuestros esfuerzos por exprimirla todo lo posible aquella noche.

En unas pocas ocasiones durante la noche sentí unos leves deseos sexuales por alguna de las mujeres de la fiesta. Estaba atiborrado de drogas y muy lastimado para que esos pensamientos me excitaran demasiado, pero saber que continuaban rondando por ahí era esperanzador.

Si una persona puede moverse, puede bailar, de manera que bailé algunas piezas lentas (no podía arreglármelas con las rápidas) hasta que el dolor me hizo detenerme; entonces me senté y bebí con mis nuevos amigos. La fiesta se prolongó hasta primeras horas de la mañana y no la habríamos abandonado de no haber sido por el control de camas y las horas de trabajo.

Medio fuera de mí, caminaba entre los hombres de mi sección conduciéndolos en un combate tras otro.

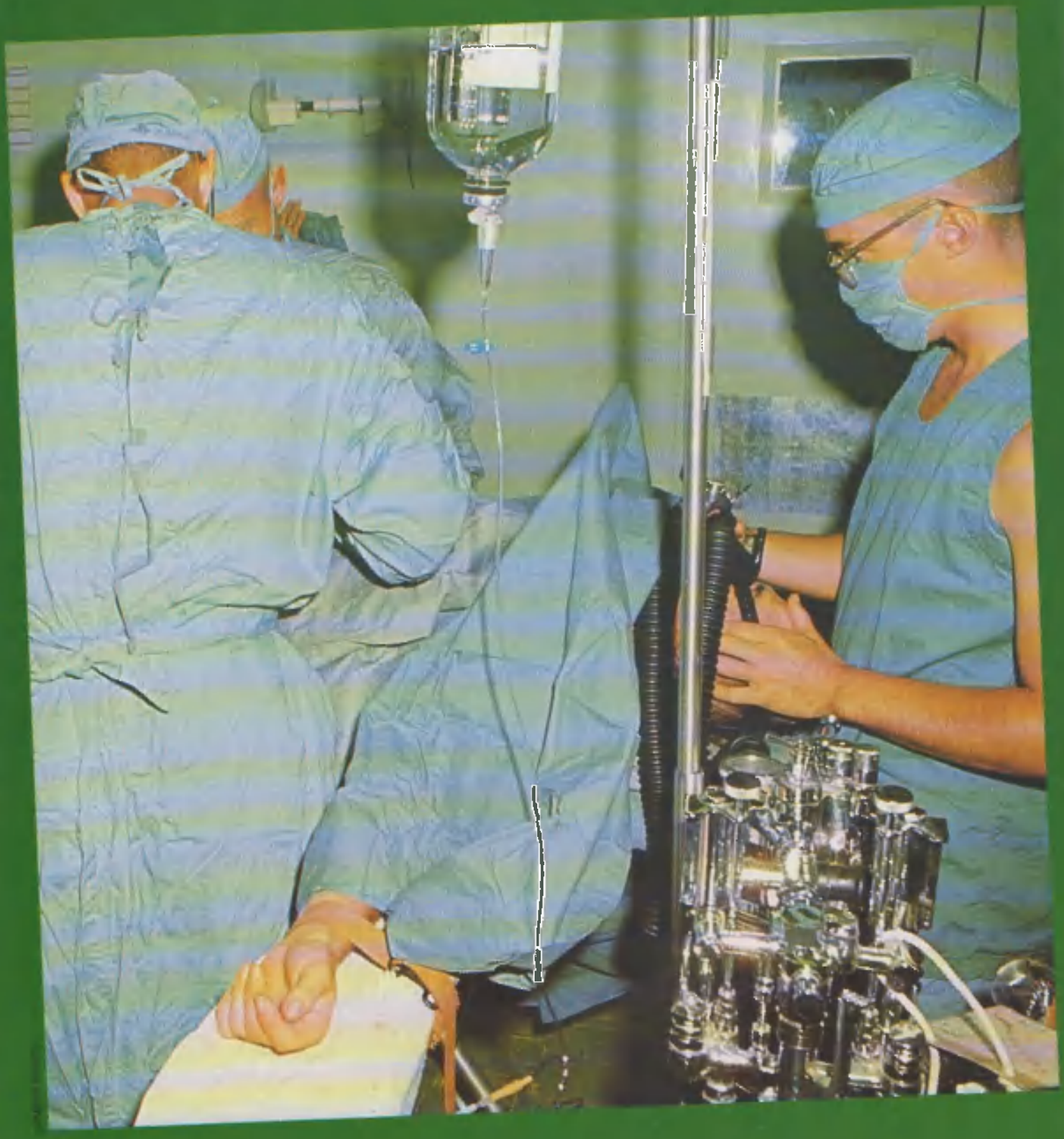
Cuando regresé a la sala algunos se despertaron y quisieron saber cómo había sido. «Fantástico», dije. El relato fue casi tan divertido como la fiesta misma. Estaba exhausto, pero había merecido la pena.

Me despertaron muy temprano por la mañana y me trasladaron a una camilla en la que permanecí en el vestíbulo mientras se reunía la remesa de heridos. Me despedí de mis amigos y contemplé en silencio cómo el personal corría arriba y abajo tratando de colocar a todos en su sitio.

Nos cargaron en gradas en el habitual autobús gris oliváceo, que avanzaba palmo a palmo entre el denso tráfico, dando unas sacudidas al frenar y arrancar que me desencajaban la dentadura. En la pista de aterrizaje me embarcaron en un gran reactor cuatrimotor, un C-141 «Starlifter», me pusieron una inyección, y no recuerdo ni un solo momento del vuelo de regreso al «mundo».

Al día siguiente el «Medevac» (aparato de evacuación sanitaria) aterrizó en la base aérea de Travis, en California, donde nos desembarcaron para distribuirnos por los distintos hospitales de Estados Unidos. Pasé la noche en un hospital muy dolorido y en un estado morboso por los fármacos. Medio fuera de mí, caminaba entre los hombres de mi sección dirigiéndolos en un combate tras otro.

Cuando me embarcaron en el vuelo «Medevac» de la mañana siguiente rumbo a la etapa final de Denver, tomé la decisión de estar consciente a la llegada, para no perderme la banda de música y el comité de bienvenida. Lo había esperado en cada una de las paradas inútilmente, pero había razonado cada una de mis decepciones y, puesto que Denver era la parada final, estaba seguro de que allí estarían esperándonos, como las películas y los libros nos lo habían representado siempre.



Capitulo 2

RECUPERACION

CAPÍTULO 2 RECUPERACIÓN

HOSPITAL MILITAR FITZSIMMONS, DENVER (COLORADO). 11 DE FEBRERO - 30 DE ABRIL DE 1968

Un coronel y una enfermera de la Cruz Roja se inclinaron sobre mí cuando estaba en la pista de aterrizaje, esperando a que me embarcasen en un autobús para transportarme al Hospital Militar de Fitzsimmons. Me estaban dando la bienvenida a Estados Unidos y a Colorado y sus sonrisas me decían sin lugar a dudas que estaba en «el mundo». ¡Aquello tenía que ser! La recepción oficial.

«¿Hay banda de música?», pregunté.

«¿Qué? ¿Qué dice, teniente?», la enfermera de la Cruz Roja se inclinó un poco más hacia mí.

«La banda, ¿dónde está?»

«No hay ninguna banda, teniente. No tenemos banda.»

Inseguro y un poco turbado, comencé a dudar. «Bueno, quiero decir, el... el comité de bienvenida. Algo que nos muestre que la gente se alegra de tenernos de vuelta...» La voz se me apagó. ¿Cómo era posible que no supiera a qué me refería? La banda de bienvenida era algo tan evidente, especialmente para soldados heridos...

El coronel, un comandante y la enfermera de la Cruz Roja se quedaron mirándome bajo el vivo sol de Colorado. Entonces el comandante se aclaró la garganta.

«Nosotros somos el comité de recepción, teniente, y le aseguro que estamos todos muy contentos de darles la bienvenida a su regreso a Estados Unidos. Y puesto que somos militares, sabemos mejor que nadie lo que han tenido que pasar, por lo que entiendo que lo más indicado es que seamos nosotros quienes les demos la bienvenida.»

> Lo que peor aspecto tenía era una larga herida en la palma, en donde crecía una pelusilla verde.

Le sonreí. Tenía razón, ocurriera lo que ocurriera mi familia militar estaba siempre allí y siempre estaría, y aunque ningún otro se preocupase, ellos lo harían.

«Sí, tiene razón, ¿para qué hace falta una banda?», murmuré.

Enseguida nos metieron en autobuses para el corto viaje hasta Fitzsimmons.

Como ocurre con cualquier base militar, la de Fitzsimmons podía haber sido colocada en cualquier lugar del mundo y no habría dejado de ser una unidad de funcionamiento cohesionada. Una base militar norteamericana es un microcosmos independiente, capaz de sobrevivir por sus propios medios. Tiene suficiente agua, alimentos, provisiones médicas y demás cosas esenciales para varios días y semanas, y dispone de planes de emergencia, para todo tipo de contingencias, desde una revuelta a un ataque nuclear.

Una sociedad cerrada me venía bien; dentro de los límites del pequeño mundo militar me sentía seguro, y la seguridad me era todavía muy necesaria.

Me asignaron a la Sala 5 Oeste, una de las salas especializadas en amputaciones. Mientras estaba allí acostado mirando el techo, se acercó una enfermera muy atareada. «Eh, teniente, ¿por qué no ha dicho nada de que es un oficial? La sala abierta es para soldados y como usted es oficial le corresponde una habitación separada.» Comenzó a empujar mi cama.

«Espere un momento, estoy bien aquí, me da lo mismo. Además, aquí hay otros con los que hablar.»

«A usted le da igual, teniente, pero no al Ejército. Dicen que le corresponde una habitación separada y tendrá una habitación separada.»

Arrastró la cama de ruedas más allá del cuarto de enfermeras hasta meterla en una habitación situada al lado norte del pasillo.

Allí me dejó escuchando los ruidos de fuera de la puerta. Por primera vez desde que pisé la mina estaba solo en una habitación. Por la puerta abierta veía pasar gente, pero nadie se paraba a hablarme; estaba solo. A pesar de los sufrimientos que había visto y a pesar de mi estado por el efecto de los fármacos, siempre había sentido el influjo de la gente junto a mí, oía hablar a los que estaban cerca de mi cama y ellos podían hablarme si necesitaban hacerlo. En medio del dolor y el miedo, habíamos podido apoyarnos unos en otros y el cuarto de las enfermeras estaba siempre a la vista. La vida estaba fuera, en el corredor, en la habitación sólo estaban mis pensamientos. Qué más daba que fuera un oficial, no era bueno estar solo. Más adelante, cuando estuviera más recuperado, podría serme útil la soledad, pero no ahora; ahora necesitaba compañía.

Después que apagaron las luces, me quedé inmóvil, intentando concentrar todo mi ser en el calmante que acababa de recibir. Tenía ya la piel tan porosa por los pinchazos que una parte de la dosis de esa noche se había salido del agujero al retirar la aguja. Pedí otra inyección para completar lo perdido, pero la enfermera de guardia se negó, diciendo que era peligroso darme más sin saber cuánto se había derramado.

Desde que resulté herido no había tenido una sola noche de reposo. El dolor ilusorio que sentía en el muñón había llegado a ser muy molesto, casi más que el dolor del resto del cuerpo. Estaba agotado, deseaba una buena noche de reposo. A medida que la sala quedaba en silencio, mi deseo de dormir iba haciéndose ruego, pero sin resultado.

Tomé una decisión desesperada: engañar a la enfermera de guardia para que me pusiera un calmante simulando que me caía de la cama. Pero al intentarlo, los puntos de las nalgas y piernas se pusieron tirantes haciéndome gritar y, entonces, perdí el equilibrio, me tambaleé y aterricé con el hombro sobre un cubo de basura. El estrépito atrajo rápidamente a la enfermera, era una mujer mayor que probablemente se sabía todos los trucos que hacían los pacientes por conseguir un calmante.

El truco fue convincente, pero se convirtió en una calamidad para mí, porque tenía unos dolores realmente insoportables mientras me retorcía por el suelo.

Cuando llegó el médico, me puso una inyección que no consiguió sofocar enteramente el dolor que me había provocado a mí mismo.

Con los dientes apretados contemplaba el techo pensando que aquel mes de calmantes había tenido que revolverme los sesos para que yo me lanzara a una acrobacia tan estúpida.

Lo que me maravillaba era el constante vaivén de mi mente; resultaba extraño ir de la insania a la salud y viceversa. Me era difícil enfrentarme a ello, porque era ajeno a mi naturaleza y no había sido preparado de antemano; me habían entrenado para tratar una herida abdominal grave, hacer una traqueotomía, poner una tablilla, detener una hemorragia o tratar una conmoción, pero nadie me había dicho cómo tratar una mente herida.

TIM PAGE

ARRIBA: *El humo púrpura de las bengalas de señalización asciende ondulante, mientras un helicóptero desciende hacia el Triángulo de Hierro... presto a recoger a otro candidato a un Corazón Púrpura.*

Para completar esta omisión, aquella vasta máquina médica, de tan elevada tecnología, no había sido debidamente proveída para abordar profesionalmente los problemas psicológicos de los heridos. Los hombres catalogados como perturbados o con lesiones cerebrales recibían asistencia profesional, pero para la gran mayoría de nosotros no había nada

Por otra parte, si los militares tenían superioridad en algún aspecto de la guerra, era en el campo del tratamiento de pacientes con lesiones físicas. De manera que, si no se trataba las lesiones psíquicas era porque los profesionales de ese campo no habían hecho que reparasen en ello los militares o éstos no habían atacado el problema con el mismo entusiasmo que habían puesto en desarrollar sus programas de asistencia médica

Me habían salvado las piernas y les estaba agradecido, pero ahora se trataba de que mi brazo recuperase todas las funciones que fuera posible. La mina me había dañado los nervios, los músculos, los vasos sanguíneos y los tendones en tal medida que nadie estaba seguro de cuántas funciones podría recuperar, si es que era posible recuperar alguna. Todos coincidían en que un buen camino sería cubrirme el brazo derecho, desde la muñeca al codo, con injertos de piel que me protegieran mientras se restablecían los tejidos internos; la piel la tomarían de la parte delantera de mis piernas. Tendría que volver a sufrir más operaciones.

¡Maldición! ¡Más operaciones! ¡Más dolor! ¡Más fármacos! Una interminable cadena que me iba consumiendo Antes de caer herido pesaba 90 quilos y ahora 60; y tras todo ese período y todas aquellas operaciones, la mano seguía sin funcionar.

Los médicos y los pacientes decían bromeando, pero sólo a medias, que si un médico conseguía arreglar una mano lo bastante para agarrar una botella de cerveza y limpiarse el trasero, entonces el paciente había sido rehabilitado satisfactoriamente.

Me venía a la cabeza una y otra vez la inutilidad de no poder usar las manos y estaba, además, un poco preocupado después de haber visto la espantosa realidad de mi brazo y mano lesionados, cuando los médicos me los destaparon con toda clase de explicaciones (cosa que no hicieron los médicos filipinos de Clark) a mi llegada a Fitzsimmons. Después de quitarme el vendaje, el médico y yo examinamos mis débiles dedos En uno, un pequeño pedazo de piel sujetaba uno de los nudillos al resto del dedo; había un gran hueco en la base del pulgar y numerosas heriditas esparcidas por la mano; pero lo que peor aspecto tenía era una larga herida en la palma, con los bordes sujetos por puntos metálicos, en donde crecía una pelusilla verde.

«¿Qué es esa pelusa verde, doctor? Tiene un aspecto extraño. Una vez vi algo así en un salchichón que mi madre tuvo que tirar.»

«Hummm», fue la única respuesta que obtuve.

Poco después se llevó a cabo la operación

Aquella operación de injerto de piel añadió nuevos dolores a mi cuerpo. La piel que me quitaban de la parte alta de los

REX FEATURES

muslos era sólo la capa superior, la misma que se pela después de una quemadura solar. Me dijeron que el proceso no provocaba ninguna desfiguración. Con el tiempo, llegué a creerlos, pues la tenue red de tejido colocada sobre la piel que quedaba al aire se secaba lentamente y se iba pelando por los bordes a medida que la piel se regeneraba.

Picaba y quemaba vivamente, pero la piel se curaba. Quedaba, no obstante, una tenue cicatriz, como una sombra pálida, con la forma de las largas tiras que habían sido cortadas.

Pero la contrapartida era cubrir con piel nueva los tejidos desnudos de la mano y el brazo. Los dedos de la mano estaban curvados formando una garra inamovible y esa piel nueva debería liberar los músculos y tendones de forma que los fisioterapeutas pudieran resolver el problema de la rigidez de los dedos.

Un día se presentó la infección y, postrado en la cama moviéndome de un lado a otro por el dolor y la fiebre, llegué a sentir lástima de mí mismo. Odiaba a los «amarillos», al personal sanitario, a mí mismo y a cualquiera en que pudiera pensar. ¿Cuánto más podría soportar? Mi cuerpo había sido un campo de batalla durante demasiado tiempo.

En ocasiones, el hombre necesita recordar que debe tomar cada día en sí mismo, porque, si sólo piensa en cuándo estará fuera del hospital, se volverá loco al ver la insufrible cantidad de tiempo que tiene por delante. Era mejor pensar únicamente en hoy y mañana; todos los días, durante semanas y meses, me esforzaba por pensar de ese modo. La paciencia lo era todo y, si bien antes de ser herido había sido una persona impaciente, en el hospital aprendí que la paciencia se podía desarrollar. Tuve que aprender a esperar, a sobrevivir al dolor, a hacer caso omiso de médicos egocéntricos, con aires de superioridad o pretenciosos, pero sobre todo aprendí a no aceptar la derrota en ningún aspecto, forma o manera.

★ ★ ★

Las heridas y el dolor tiranizan de un modo tan absoluto que excluyen el resto de la vida. En Vietnam no había pensado demasiado en mi mujer y mis hijos, pero ahora que iba volviendo al «mundo» palmo a palmo, Linda volvió a ocupar mis pensamientos. Estaba asustado de verdad.

Era por la mañana y yo estaba con la cabeza en alto apoyada en almohadas, controlando el tráfico del pasillo a través de la puerta.

¿Qué aspecto tendría? ¿Qué aspecto tenía yo? ¿Qué pensará cuando me vea? ¡Dios mío!, estoy asustado, pero debo actuar con valentía. ¿Cómo voy a ganarme la vida? ¿Cómo voy a mantener esposa e hijos? ¿Olerán los vendajes? ¿Me reconocerá? ¿Qué voy a decirle?

Finalmente, Linda llegó ante la puerta abierta. La enfermera que la había traído metió la cabeza y dijo con alegría. «Le traigo una visita, teniente Downs.»

Linda entró lentamente, se detuvo a mi lado y nos miramos durante un embarazoso momento, esforzándonos por hallar las palabras apropiadas.

Por último mi mente cayó en la cuenta: esa mujer es mi esposa y la madre de mi hija y mi hijastra.

IZQUIERDA: *Un infante de Marina atiende a un camarada herido. La asistencia médica en Vietnam fue la mejor de la historia en situación de guerra, pero a menudo la vida estaba en la balanza y dependía de la asistencia inmediata en el campo de batalla.*

Había pasado nuestra vida matrimonial lejos de ellos. Cuando me casé con Linda estaba en el Ejército y desde entonces había pasado por varias bases militares de formación, por lo que apenas la había visto excepto en algún período de permiso.

Calculaba que hasta entonces mi matrimonio no le había aportado mucho y seguramente ella no contaría con que sus posibilidades aumentaran estando yo herido. Sin embargo, era la madre de mi hija, de modo que decidí proporcionarles a ambas un hogar mejor en cuanto tuviera ocasión.

Pero ahora era necesario pasar los siguientes cinco minutos y no se me ocurría nada ingenioso que decir. Estaba tan feliz por tenerla allí que lo único que pude soltar fue: «Hola, cariño, me alegro de verte!»

Y Linda contestó. «Hola, ¿cómo te va?»

Y así salió, no muy bien, me sentía desazonado, el tiempo que habíamos estado juntos había sido incómodo.

Aquello de lo que teníamos que hablar —el futuro— no se había planteado. Linda había hablado de sus parientes y de las dos niñas, de reformas domésticas, de la puesta a punto del coche, incluso del tiempo.

> Ambos queríamos evitar la verdad. La contemplé de pie a mi lado y supe que lo nuestro había acabado.

A causa de su trabajo y las dos niñas que había dejado en Paris (Illinois), Linda sólo podía quedarse tres días. Estaba de pie junto a la cama mientras me explicaba por qué tenía que partir, tenía que volver a casa. Le dije que el Ejército me cuidaba bien, que no se preocupara.

Nuestro estado de ánimo reflejaba la melancolía que sentíamos. Durante la visita mencionó que había visto a su ex marido mientras yo estaba en Vietnam y dejó traslucir que seguía viéndolo, pero ninguno de los dos insistió en el tema: ambos queríamos evitar la verdad. La contemplé de pie a mi lado y supe que lo nuestro había acabado. Sin embargo, estábamos atados de modo inextricable por nuestra hija, Teri Jo, de manera que nunca acabaríamos del todo. Se marchó.

«Tal vez esté equivocado», rumiaba. «Sí, eso debe de ser. Los fármacos, las heridas, la desagradable experiencia que ella ha tenido que pasar en el hospital ante tantos heridos, todo ello se ha juntado para ponerla nerviosa y aumentar mi ya gran aprensión hacia el futuro. Puedo superarlo, tal y como lo he superado todo desde que resulté herido. ¡Y voy a hacerlo! ¡No me voy a dar por vencido! Está en juego mi hija y no voy a perderla, ¡maldita sea!» Después perdí el conocimiento.

Poco tiempo después, nos enteramos de que el jefe de personal del Ejército, general Harold K. Johnson, iba a visitar el hospital, para hacer una inspección y entregar alguna medalla. Yo estaba propuesto para cuatro Corazones Púrpura (medallas al valor), de modo que era uno de los que recibiría un Corazón Púrpura con tres ramas de roble.

Nunca había tratado con un general, mucho menos con el jefe de personal del Ejército. Cuando el general Johnson entró en la habitación, me impresionó su aspecto de caballero viejo y afable, de porte muy militar. Traía la pechera izquierda del uniforme cubierta por gran cantidad de medallas. Nos presentó un miembro del hospital y, como no podía saludar ni estrecharle la mano, le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Por alguna razón, no había esperado que un general sonriera.

CAPÍTULO 2 RECUPERACIÓN

«De modo, teniente Downs, que usted es el hombre que ha ganado cuatro Corazones Púrpura.»

«Sí, señor »

«Esa es toda una hazaña. ¿Qué le ocurrió, teniente?»

«Pisé una 'Betty saltarina'.»

«Tiene mucha suerte de estar aquí, hijo.»

«Sí, señor, podría haber sido peor, podría haber perdido las piernas y el otro brazo, o haber muerto. He tenido suerte, sin duda.»

«Me siento orgulloso de entregarle la Corazón Púrpura con tres ramas de roble, teniente Downs», dijo, sacando la medalla de su estuche con la ayuda de un ayudante de campo y colgándomela del pijama. Destellaron las cámaras de los fotógrafos

«¿Hay algo que pueda hacer por usted, hijo?»

Contuve la respiración. Aquello era inesperado, pero sí había algo· estaba preocupado porque el traslado de la unidad a los hospitales afectara a mi hoja de servicios.

«Bien, señor, todos los segundos tenientes promocionan al cabo de un año y a mí no me ha llegado aún.»

El general Johnson me puso la mano en el hombro mirándome a los ojos: «Desde este momento es primer teniente.» Se volvió a un miembro de estado mayor: «Comandante, encárguese de que este joven sea ascendido inmediatamente.»

Me quedé con la boca abierta; yo pensaba que el general mandaría a alguien que lo comprobara y desde luego nunca esperé que un general de cuatro estrellas me ascendiera en el acto.

Teniendo en cuenta el número de soldados mutilados que había visitado a lo largo del día, ascenderme a primer teniente debería de haber sido un verdadero placer para él, porque al menos me había dado algo. Después que se fue el general, la noticia de mi demanda se extendió por el hospital como el fuego y la mayoría coincidía en que debía haber pedido el salto a capitán.

★ ★ ★

Linda se había ido y la agitación provocada por la visita del general Johnson se había consumido. Estaba solo y ello era bueno porque necesitaba pensar sin interrupciones.

No me había parado a pensar de verdad en la pérdida del brazo Había concentrado la atención en lo que me había quedado, el brazo derecho y las piernas, pero ahora mi esforzada línea del frente se desmoronaba. Estaba muy preocupado por las consecuencias de haber perdido un brazo y, además, desde tan arriba, casi a la altura del hombro. No quería pensar en ello. Hasta entonces las otras heridas habían mantenido su predominio por el dolor que me provocaban, pues el muñón, salvo por el dolor de la cura y el ilusorio, había sido lo que menos me había molestado.

Al intentar extender mis brazos hacia Linda, el pensamiento irrumpió de golpe en mi cabeza. Me había estado engañando a mí mismo; tenía que esforzarme mucho más para recobrar el uso del brazo derecho, de modo que decidí asistir regularmente a las sesiones de TF (terapia física) y TO (terapia ocupacional).

Comenzaba a sentirme verdaderamente mejor y lo atribuía al hecho de que los calmantes tenían una periodicidad de seis u ocho horas, lo que daba tiempo al cerebro a despejarse. Además, podía bajar de la cama sin ayuda y recorrer distancias cortas, y el ser capaz de moverme por mis propios medios le venía de perlas a mi moral.

Las sesiones de fisioterapia eran unas sesiones de dolor, de esa clase de dolor provocado por el estiramiento de los músculos y tendones sólo un poco más de lo que se estiraron el día anterior. Cuando se mandaba a un paciente a sesiones de fisioterapia era porque iba recuperándose y, si estaba en bastante buena forma para sanar, también lo estaba para quejarse, lo que quedaba confirmado por abundantes gruñidos y rechinar de dientes.

El primer día de terapia física vi cosas que no había visto jamás. Hombres sin piernas o con las piernas lesionadas yacían en el suelo sobre alfombras al tiempo que enfermeras o ayudantes les sujetaban los muñones o las piernas lesionadas, forzándolos a conseguir el ángulo que una vez habían adoptado de manera natural. Junturas de cadera, de rodillas y demás, forzadas a doblarse, a girar, a estirarse. Hombres con lesiones en los brazos y las manos estaban sentados pacientemente mientras sus codos, hombros, muñecas y nudillos eran dolorosamente curvados en posiciones que un día volverían a ser naturales. Hombres con el cuerpo paralizado por lesiones de columna estaban echados mirando estoicamente al techo o al terapeuta, al tiempo que sus cuerpos insensibles eran movidos de una postura a otra. Tanto los pacientes como el personal médico se mostraban animadísimos, por lo que los quejidos se entremezclaban con bromas y risas.

A todas partes donde miraba veía a alguien que estaba en peor condición que yo. La enfermera jefe, un comandante, comenzó a examinarme las piernas, probando suavemente su flexibilidad.

¡Dios santo, cómo dolía! Pero no era lugar para quejicas; tipos en peor estado que yo estaban a la altura de las circunstancias. haciendo todo lo posible por lograr el máximo con lo que tenían.

El hombre sentado a mi lado estaba sujetando una granada de mortero en las manos cuando explotó prematuramente. Le

ARRIBA *Soldados enfermos de malaria internados en el 6.º Hospital de Convalecencia de Cam Ranh Bay. La enfermedad era también un riesgo permanente para las tropas destinadas en Vietnam*

había quedado parte de mano suficiente para que los médicos pudieran recortarle las palmas y soldarle entre sí los huesos de los dedos, salvo el pulgar, de manera que tenía unas manos que parecían tenazas de langosta y funcionaban como ellas. Después del sobresalto inicial al verlo, observé que utilizaba las manos para todo, aunque a primera vista su aspecto fuera horrible.

Para mí, para todos nosotros, la deformidad se iba convirtiendo en algo habitual, y si se podía utilizar el miembro afectado por la malformación, su fealdad pasaba a un segundo plano. No nos importaba mucho su apariencia, con tal que sirviera y dábamos gracias de que nos quedara algo con lo que operar.

Tras finalizar la conversación con el soldado de manos como tenazas, dirigí mi atención a la comandante que ya había acabado de examinarme las piernas; me colocó en posición sedente junto a una mesa, sobre cuya fría superficie dejó descansar mi brazo.

Los ruidos de la habitación huyeron de mi mente mientras contemplaba la mano agarrotada; ninguna otra cosa importaba ni podía estorbar el miedo indecible que había ido creciendo desde la primera semana de marzo.

Entonces había sido cuando me cubrieron el brazo con injertos de piel de la pierna. Los injertos habían prendido, lo que facilitaba la curación del brazo, porque eso le proporcionaba una cubierta protectora natural; sin embargo, a medida que los injertos se habían adherido a los tejidos, músculos y tendones subyacentes, la mano se había ido quedando rígida hasta hacerse inoperante y aún se ignoraba cuál era el nervio lesionado. Tenía una débil sensación de sensibilidad en el dedo meñique, lo que me permitía al menos, cuando comía, sostener un tenedor entre el meñique y el dedo de al lado si una enfermera me los juntaba con un esparadrapo, en otro caso, me veía limitado a movimientos generales del brazo

No podía imaginar qué esperanzas tenía, de modo que miraba atentamente en busca de alguna indicación en la expresión de la comandante.

Me tomó los dedos y lentamente intentó estirarlos, mirándome alternativamente la mano y los ojos al tiempo de hacerlo. Al tirarme de un dedo hacia abajo, hice una mueca de dolor alzándome de la silla.

«Lo siento, teniente, pero hace mucho tiempo que estos dedos no se han movido. Tendremos que trabajar muy duro para lograr que recobren operatividad.»

«Pero volverán a funcionar, ¿verdad?», pregunto con ansiedad. «¿No cree que estén demasiado dañados?»

«No, yo no he dicho eso. Dije que teníamos mucho trabajo por delante. Dentro de una semana o así sabremos lo que podrá hacer la mano más adelante. No se pierda ninguna de las sesiones y todo saldrá de maravilla.» Sonrió al tiempo que me doblaba un dedo unos milímetros. El dolor era tan intenso a lo largo del brazo que parecía como si tuviera una astilla ardiendo bajo la piel. Pero yo estaba loco de alegría al sentir el dolor, porque eso significaba que los nervios estaban, al menos, parcialmente intactos.

> Ver a los jóvenes alineados a ambos lados del pasillo me hizo enrojecer de vergüenza por mis pensamientos egoístas de un momento anterior.

La comandante continuaba, doblando ahora ligeramente, retorciendo levemente, frotando, forzando, siempre suavemente. Después de 30 minutos tuve que darme por vencido; gotas de sudor me cubrían la frente y el cuerpo entero. La comandante me había hecho saltar las lágrimas al intentar doblarme los dedos y me sentí tan bien cuando se detuvo que casi se me escapó una carcajada de alivio.

Concertó una cita para mí con el laboratorio de ortopedia y me condujo al edificio situado tras el hospital principal, donde estaba situado el laboratorio. El ortopedista construyó un armazón que se adaptaba al dorso de mi mano y antebrazo. Sujetas al armazón por tiras de goma había cinco pequeñas fundas de piel. El objetivo era meter cada dedo en una de las fundas de manera que la presión constante lograda por la tensión de las gomas forzaría a los dedos a irse estirando lentamente perdiendo su agarrotamiento.

Era un aparato puñetero. Se pretendía que lo llevara noche y día, pero no podía soportar aquel dolor sordo y palpitante que me recorría la mano, el brazo y el hombro.

Tras una semana de noches peores que de costumbre, decidí no llevarlo mientras intentaba dormir

★ ★ ★

No quería ir a terapia ocupacional, pero la comandante me forzó a hacerlo. Yo no quería, porque había oído hablar de las tareas de jardín de infancia que mandaban. Lo más importante allí era tejer alfombra; y, en cierta manera, tampoco parecía

muy apropiado para un varón adulto hacer mangos de vasijas, pero tenían un tinglado para ello.

Mientras caminaba alicaído por el pasillo en dirección a la clínica de terapia ocupacional iba tramando cómo escapar de allí a la primera oportunidad.

Volví una esquina tomando el pasillo de acceso a la clínica de terapia ocupacional. Ver a los jóvenes alineados a ambos lados del pasillo me hizo enrojecer de vergüenza por mis pensamientos egoístas de un momento anterior. Hombres con todas las heridas imaginables reían y hablaban animadamente, mientras esperaban a que empezaran las sesiones de terapia. Hombres sin piernas mantenían el equilibrio sobre las dos patas traseras de sus sillas de ruedas haciendo piruetas; un hombre sin brazos aceptaba fuego para el cigarrillo de un manco, un ciego escuchaba con atención la descripción que le hacía un hombre con horribles cicatrices de quemaduras de lo que había a su alrededor; dos hombres que habían perdido gran parte del cráneo eran sentados en sillas por otros que iban con muletas. . El espectáculo de esos hombres con bata azul, heridos y cubiertos de vendas, divirtiéndose en buena camaradería, me elevó el ánimo Me alegraba de estar de nuevo entre hombres que disfrutaban de la vida

> Amaba mi mano y mi brazo y ahora estaban incinerados... Deseaba gritárselo al mundo, pero no lo hice.

Cuando abrió la clínica, los hombres fueron llenando las salas, sentándose ante los trabajos que estaban realizando.

Había ciegos haciendo esculturas de barro; hombres con los brazos lesionados pintando, algunos sujetando el pincel con los dientes; hombres con garfios haciendo prácticas de recoger piezas de formas diferentes y meterlas en los agujeros correspondientes; hombres en silla de ruedas tejiendo; un soldado con el cerebro lesionado trabajando con vidrio de colores...

La terapista, con el grado de capitán, se presentó a sí misma y al resto del equipo y luego se puso a pensar qué podía hacer yo.

«¿Qué le parece pintar, teniente? Podemos prepararle un juego de pinceles que podría manejar con la boca . »

«No, no pienso sujetar un pincel con los dientes. Era incapaz de pintar un cuadro cuando tenía las dos manos, mucho menos sin manos.»

«Veamos... ¿y si intenta empezar con... con vidrio de colores?» Me miró con ilusión.

Contemplé al hombre del cerebro lesionado concentrado en los pedazos de vidrio coloreado «Ni hablar, eso tampoco puedo hacerlo »

«Bueno, de aquí no va a salir hasta que haga algo. Hummm...» Me miró las puntas de los dedos que sobresalían del vendaje. «¿Quién le corta las uñas?»

«La enfermera de la Cruz Roja.»

«Bueno, tengo una idea.»

Improvisó un aparato fijando un cortauñas a un tablero y colocando un alargador chapucero en uno de los extremos del cortauñas, y me enseñó a usar el muñón para presionar el alargador.

Por primera vez podía hacerme solo la higiene personal.

Tras media hora de duro trabajo conseguí cortarme las cinco uñas; me sentía orgulloso de mí mismo y contento de que ella hubiera perseverado pese a mi testarudez.

La terapista se acercó a felicitarme y comunicarme que al día siguiente me llevaría al almacén de prótesis para que me colocaran un brazo.

La idea no me gustaba. Iba acostumbrándome a tener un solo brazo y aborrecía la idea de llevar colgado un aparato extraño de plástico y metal, y así se lo dije.

«Mire, teniente, le sorprenderá lo que podrá hacer con un gancho. Fíjese en Johnson», dijo, señalando a un negro que practicaba con el tablero de figuras geométricas. El tipo sudaba intentando coger con el gancho las diferentes piezas para meterlas en los huecos del tablero.

«Podrá hacer eso muy pronto», me aseguró.

«No tengo tiempo que perder», le confirmé agriamente. «Hay una gran demanda de personas que puedan meter piezas cuadradas en agujeros cuadrados.»

«Me alegra ver su apasionamiento, teniente, de modo que le espero mañana por la mañana para facilitarle todo lo necesario», sonrió. «¿De acuerdo?»

«De acuerdo», respondí de mala gana. «Aquí estaré.»

A la mañana siguiente la encontré sonriente y no había olvidado, como era mi esperanza, a dónde teníamos que ir. Junto con un ayudante me llevaron por un pasadizo subterráneo hasta un edificio adyacente en donde estaba el almacén de prótesis. Ella me rodeaba con el brazo para ayudarme.

Mientras caminaba a su lado a empellones me llegaba el olor de su perfume y notaba su cuerpo frotándome contra mí. Noté también otra sensación que no había experimentado desde que resulté herido y me sentí turbado, pero ella no hizo sino reírse.

«Al menos esa mina no le hizo todo pedazos, teniente.»

Sentí que el rubor me subía por el cuello y la cara. Aunque muy turbado, estaba también aliviado porque no estaba seguro de si las heridas internas me habían dejado inútil o no.

«¡Dios mío, vaya momento para hablar de eso!» murmuré, intentando cautelosamente caminar por el borde.

«Tal vez no sea tan malo el viaje al almacén de prótesis, después de todo», bromeé, mientras mi ánimo se levantaba al tiempo que el cuerpo.

Habiendo cambiado mi actitud ante la vida, me sentía muy interesado por el almacén de prótesis cuando traspasé el umbral Se acercó un especialista E-5 presentándose a sí mismo.

«Bien venido al mejor almacén de miembros artificiales del Ejército, teniente. Vamos a colocarle un brazo provisional que funcionará casi tan bien como el de verdad», me aseguró. «En primer lugar tendremos que tomar un molde para podérselo acoplar de manera adecuada.»

Mientras estaba ocupado preparando el acoplamiento eché un vistazo al almacén.

En uno de los bancos de trabajo había unos zapatos negros modificados para sujetar una abrazadera con dos barras metálicas que se insertaba en el tacón y llegaba hasta media pantorrilla.

En una mesa había docenas de pies artificiales; en un rincón había piernas huecas apoyadas contra la pared, de varios tamaños y largos para los diferentes grados de amputación. La

DERECHA. *A pesar de todo, con harta frecuencia se llegaba a la situación de la fotografía: una caja de pino solitaria en un tranquilo campo de aterrizaje estadounidense y la triste despedida ritual de los antiguos camaradas.*

CAMERA PRESS

carne desnuda y lustrosa de maniquí de plástico intentaba lastimosamente imitar al miembro humano, pero a mis ojos parecía acentuar su falsedad. Me fijé en unos brazos que colgaban de la pared. Me parecían horrorosos.

¿Cómo iba a llevar aquel plástico y metal tan horrible y los arreos para sujetarlo al cuerpo? ¿Cómo iba a aparecer en público con eso? Todos me mirarían como a una especie de monstruo. Aquel objeto no iba a reemplazar mi carne. ¿Para qué fingir? No deseaba que la falta de mi brazo llamara la atención, pero podría ocultarlo más fácilmente plegando la manga vacía.

Amaba mi mano y mi brazo y ahora estaban incinerados en Vietnam. Deseaba gritárselo al mundo, pero no lo hice.

En lugar de eso, miré detenidamente al capitán que estaba de pie junto a mi silla. Ella, ignorando el torbellino en que me debatía, contemplaba con interés a uno de los hombres que trabajaba en una máquina fabricando una pierna.

«No voy a llevar ese trasto puñetero», murmuré. Pero según lo decía, una ráfaga de intuición me hizo pensar que estaba equivocado, que iba a ceder y que ése no era mi estilo

Ella me miró sorprendida, reemplazada su sonrisa por la inquietud.

«¿Qué? ¿Qué ha dicho, teniente?»

La miré lleno de confusión. «Eh. ., eh. ., decía que iba a llevar ese trasto puñetero.»

«Eso está bien, pero me gustaría que ustedes los hombres no echaran tantos juramentos.»

«Sí, señora.»

El especialista terminó de remover la mezcla que había preparado y cogió un brazo del banco de trabajo cercano.

> Asentí moviendo la cabeza como pasmado mientras él vertía el líquido. Estaba caliente y olía como el látex, pero no me causaba dolor.

Mientras se acercaba a mí, yo no podía quitar los ojos del brazo. . Tenía la boca estropajosa, la mandíbula inferior proyectada hacia adelante, los dientes fuertemente apretados y el estómago subiendo y bajando. Intentaba ocultar mis sentimientos, porque no quería parecer débil o quejica, pero por dentro se me anudaban las tripas. Me sentía igual que en un helicóptero de combate, muerto de miedo, pero comprometido y decidido a llevarlo a cabo.

El especialista me indicó que insertara el muñón en el hueco de la parte superior del brazo. Aquel brazo era intencionadamente demasiado grande para mí, porque él iba a verter dentro, alrededor del muñón, el líquido que acababa de mezclar. El líquido solidificaría rápidamente formando un molde del muñón y tomando el molde como modelo fabricaría un brazo a medida

Me pidió que mantuviera el muñón en el centro para que el líquido se repartiera uniformemente por todo el derredor. Asentí moviendo la cabeza como pasmado mientras él vertía el líquido. Estaba caliente y olía como el látex, pero no me causaba dolor.

A los pocos minutos retiró el brazo y sacó el molde. Midió después la longitud de mi otro brazo desde el hombro al codo y desde el codo a la muñeca, anotando las cifras en un papelito.

Mientras lo hacía, estudié el brazo que estaba apoyado contra la silla, donde él lo había dejado, reflexionando sobre todo ello No había resultado tan malo. Me había hecho sentirme horrible y no me había gustado el contacto del aparato con la piel, pero aquello iba a formar parte de mí, mientras viviera.

Así es como me pareció entonces y así es como iba a ser.

Parecía un brazo entero, con la parte superior, la articulación del codo, el antebrazo y un gancho. Por la parte superior tenía unos correajes con los que quedaba sujeto al cuerpo, burdamente dispuestos en forma de ocho. Tanto la parte superior como la inferior eran huecas para hacerlo más ligero.

El gancho no era una pieza de metal, como la del Capitán Garfio o como la horca de un campesino, sino que podía abrirse. Una muesca pequeña sujetaba gruesas tiras de goma situadas donde debería haber estado el centro de la mano (la palma y el dorso), las cuales mantenían juntas las dos mitades del gancho.

> Al final de cada visita caía de rodillas y comenzaba a rezar en voz alta por mí...

La fuerza de la presa de un gancho depende de las tiras de goma que uno desee llevar. Al principio nos gustaba presumir poniéndonos tantas que podíamos triturar vasos de cerveza cuando salíamos a los bares de fuera del hospital, pero por razones prácticas terminamos por poner las tiras precisas para poder abrirlo sin tener que tensar los músculos del hombro como King Kong.

Antes de aprender a «sentir» si el codo estaba fijo o no, a veces estiraba los omóplatos para abrir el gancho, pensando que estaba fijo, y como no lo estaba, el antebrazo se levantaba de golpe lanzándome el gancho contra la cara. Me rompí tres dientes y me golpeé en numerosas ocasiones la barbilla y la cara antes de aprender a controlar los movimientos.

Una vez que me entregaron el brazo, me llevó solamente unas horas cogerle el tranquillo y al cabo de dos semanas me sentía un experto. Continuaba cometiendo errores, como el día que estaba echado de espaldas en la cama y levanté el brazo en línea recta. Comenzaba a sentirme bien con él y estaba examinándolo distraídamente mientras lo tenía casi vertical sobre mí, cuando de pronto rebasó un ángulo decisivo y el antebrazo me cayó por la fuerza de la gravedad sobre la boca. Salté de la cama escupiendo sangre y pedazos de dientes en el suelo. No era más que una herramienta y como tal había de ser usada con precaución.

Cuando se acabaron las mediciones, el capitán me llevó de vuelta por el pasadizo a la clínica de terapia ocupacional, explicándome que una empresa privada tenía un contrato con el Ejército para fabricar los miembros y que se servirían de los moldes y medidas que acababan de tomar, pero aún tendría que hacer dos o tres viajes para medirme antes de que quedara ultimado. Hasta entonces usaría un brazo que había disponible en el almacén para practicar con él. Le dije que comenzaría a practicar inmediatamente.

«Espero verle mañana y sé que no me defraudará, ¿verdad, teniente?» Me lanzó una de sus miradas de capitán.

«Usted es un número uno, capitán», dije riendo. Era el mejor cumplido que un soldado puede decir.

Poco sabíamos que tenía hora fijada para otra operación. No volví durante cierto tiempo, porque los médicos estaban preocupados por la intervención de injerto: no había salido como habían planeado.

★ ★ ★

Aparte del personal del hospital, había tres categorías principales de personas que nos ayudaban a reacomodarnos al mundo: los antiguos amigos, la familia y los voluntarios. Cada uno a su manera nos ayudaba a regresar.

Mi padre y mi hermana, Pam, hicieron un vuelo para venir a verme. Mi padre había sufrido una apoplejía y no estaba en muy buenas condiciones; Pam lo había acompañado para vigilarlo y mi madre se había quedado en casa porque tenía que trabajar, pero me escribió una carta, de modo que lo comprendí. Era la única que trabajaba y los tiempos no eran buenos

Una noche vino a visitarme Don Kessler, un amigo de mi padre. Era baptista, según creo, y se había vuelto muy religioso Al final de cada visita caía de rodillas y comenzaba a rezar en voz alta por mí y por los otros «muchachos» de la sala. Algunos de los «muchachos» oyeron el jaleo y llegaron por el pasillo, quedándose ante la puerta de la habitación a contemplar cómo se rezaba por el teniente. Don me trajo también un aparato de radio.

Otras personas que no conocía, pero que habían sido amigos de mi padre o mi madre tiempo atrás, se acercaban a verme presentándose a sí mismos, y todos ellos me traían una pequeña porción del mundo exterior.

Todas aquellas visitas me proporcionaban un apoyo moral y me ayudaban a prepararme para el día en que regresara por fin a mi hogar.

Como complemento a las visitas de familiares y amigos, existían también muchas personas voluntarias que prestaban un servicio individual al hospital o que eran patrocinados por agrupaciones para entretenernos.

Una agrupación que recuerdo en particular era los «conejitos» de Playboy del Club Playboy de Denver. ¡Qué noche! A primeras horas de la mañana nos habían avisado de que iban a visitarnos esa noche y desapareció cualquier otro tema de conversación. No sabíamos lo que harían los «conejitos», pero nos lo pasamos en grande especulando sobre ello. La mayoría de los muchachos no tenía edad suficiente para entrar en un Club Playboy, mucho menos para hacerse miembro.

Nos preocupamos de estar afeitados y con los pijamas y batas azules limpios para cuando llegaran.

Cuando entraron en la sala poco después de la cena, eran tal como las habíamos imaginado. Vestían una minifalda negra y una blusa blanca ajustada y traían galletas que repartían entre los soldados. Cuando una de ellas entró en mi habitación y vio que no podía usar la mano, me dio una galleta sujetándola mientras me la comía, mordisquito a mordisquito. Se me salían los ojos mirando su escote. Luego corrió la voz de que había un soldado que no podía usar la mano y los diferentes «conejitos» fueron rotando por mi cuarto para darme galletas.

Habitualmente no me gustan las galletas, pero aquella noche debí de tomarme dos docenas.

Otra noche fuimos visitados por miembros de la Legión Americana y sus esposas. Nos trajeron hamburguesas y patatas fritas de una cadena de comida rápida. En cuanto cruzaron las puertas

ABAJO: *En medio de la carnicería y la muerte, el soldado necesita algo que le proporcione firmeza de espíritu. El Cuerpo de Infantería de Marina celebrando una misa dominical en Beachhead, Colorado.*

TIM PAGE

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *El legado psicológico de la guerra En la Primera Guerra Mundial se denominó «neurosis de guerra»; en la Segunda Guerra Mundial, «fatiga bélica», y en la guerra de Vietnam, «trastorno por tensión postraumática».*

giratorias que daban acceso a la sala, nos llegó el olor de las hamburguesas y las patatas; se me estaba haciendo la boca agua, y cuando uno de los miembros de la Legión Americana entró en mi habitación, él y su esposa se adjudicaron el derecho de ayudarme a comer. Me encantaron las hamburguesas y no dejaba de pedir más, dejándolos asombrados de la cantidad de ellas que engullía. Él no paraba de asomarse al pasillo voceando para que trajeran más y luego se quedaba de pie moviendo la cabeza cada vez que me ponía una en la boca.

Después de la comida del hospital, el sabor de una hamburguesa era gloria celestial, pero aquel tipo de comida no me sentó bien y ya entrada la noche lo vomité todo.

★ ★ ★

Bob Hutchinson y Benny Goodstone habían sido mis compañeros de cuarto en la escuela de cadetes de Fort Benning. Bob había llegado a ser mi mejor amigo antes de que me embarcara para Vietnam y habíamos hecho una apuesta, durante una pequeña muestra de valentía de infantería, sobre cuál de los dos ganaría más medallas y recibiría más Corazones Púrpura.

Le había pedido a una enfermera de la Cruz Roja que me escribiera una carta para Bob en que le contaba lo que me había ocurrido y que había ganado la apuesta: toda la cerveza que pudiera beber en una noche. Me gustaría saber algo de él y tal vez me hiciera una visita cuando regresara de Vietnam.

Todos los días que salía al pasillo miraba a ver quién había ingresado y uno de esos días me detuve súbitamente... conmocionado ante el nombre que vi en una puerta: Goodstone.

Miré dentro del oscuro cuarto de hospital preguntándome por qué razón estarían apagadas las luces en pleno día. ¿Era aquella forma quieta acostada en la cama del hospital el mismo Benny Goodstone que yo conocía?

«Hola, Benny, Benny Goodstone, ¿estás despierto?»

La figura echada en la cama levantó la cabeza. «Sí, ¿quién está ahí? ¿Quién es?»

«El cadete Downs», contesté.

Encendí la luz al entrar en la habitación con el corazón inflamado al recordar la época que fuimos compañeros de cuarto en la Escuela de Cadetes.

Por un momento breve me sentí aliviado: Benny parecía estar bien. Pero al avanzar hacia la cama, las cicatrices que le cubrían la cara y sus ojos fijos me golpearon con la angustiosa realidad de que Benny estaba ciego; tenía, además, una mella en la frente que denotaba la pérdida de un pedazo de cráneo. Cuando se irguió hasta adoptar una posición sedente, noté que le faltaba la mano derecha desde la muñeca.

Benny me miraba fijamente con sus ojos sin vista. «Fred, Fred Downs, ¿eres tú?» En su cara se perfiló una sonrisa y extendió la mano buena hacia mí.

Se la agarré con la mía y nos abrazamos. Estiró el muñón para colocarlo sobre mi hombro; su cabeza reposaba en mi pecho y mi aliento le acariciaba el pelo. «Sí, Benny, soy yo.» Estuvimos abrazados un momento y luego di un paso atrás. «Me alegro de verte. ¿Qué te ocurrió?»

Me volví a decir adiós una vez más. Vi a un hombre con el que había vivido echado en una cama y mirando fijamente al techo en la oscuridad.

«No estoy seguro, Fred. Lo único que recuerdo es que estaba intentando desmontar una trampa explosiva, una especie de granada, creo, y luego no recuerdo nada más.»

«Parece que te explotó en la cara. Seguramente estarías haciendo algo que no te correspondía, como de costumbre. ¿No había un ingeniero destinado en tu sección para hacer ese trabajo sucio?», le amonesté.

«Sí, pero estaba haciendo otra cosa y no quise esperarle. Además, parecía sencillo y pensé que podía arreglármelas.»

Nuestro entrenamiento había sido intenso y muy bueno, pero jugábamos a luchar y después de cada ejercicio nuestros muertos resucitaban. Morir resultaba impensable, y si ocurría que nos hirieran, la herida sería limpia.

Al mirar los ojos sin vista de Benny pensé en lo estúpidos que habíamos sido al creer tal cosa.

«Fred, ¿qué te sucedió a ti? ¿Estás malherido?»

«Pisé una 'Betty saltarina' que me voló el brazo izquierdo hasta menos de un palmo del hombro. Mira, toca el muñón.» Le llevé la mano a mi brazo para que tocara el extremo del

vendaje Fue contorneando suavemente la lesión con los dedos.

«Casi pierdo también el brazo derecho y las piernas, pero creo que ahora están fuera de peligro. La mayor preocupación es cuántas funciones podré recuperar en el brazo y las piernas. Yo también la jodí, Benny», comenté tristemente.

«¿Qué fue de Bob, Fred? Oí que estaba en el delta.»

«No lo sé, pero le escribí hace un par de semanas o así y probablemente sepa algo de él muy pronto.»

Continuamos hablando hasta que estuvimos demasiado cansados para seguir. Nos despedimos y prometí visitarle todos los días. Le dije que estaba al otro lado del pasillo para que me diera una voz si necesitaba algo.

En el umbral me volví a decir adiós una vez más Vi a un hombre con el que había vivido echado en una cama y mirando fijamente al techo en la oscuridad.

«Te veré luego, ¿eh, Benny?»

«Sí, Fred. Luego nos vemos», respondió fatigadamente.

«Fred »

«¿Sí?»

«¿Qué va a ocurrir ahora?»

«No lo sé, Benny. No nos prepararon para esto.»

«Pero ahora tendrán que hacerlo, ¿no?»

«Lo harán, lo harán. Hay todo tipo de cosas para ayudarnos. He visto el almacén de prótesis y hacen toda clase de cosas para volver a completarnos. Espera a conocer a la capitán encargada de la terapia ocupacional. Ese Bombón Rubio volverá a ponerte en marcha. No te preocupes, ¿vale? Todo se arreglará.»

«De acuerdo »

«Organizaré una colecta para comprarte un cuenco de metal. Todos los muchachos de la sala contribuirán», bromée. «Todos podemos hacer algo. Hay un tipo en la 5 Este sin brazos ni piernas y suponemos que logrará un puesto de base en un campo de béisbol; y cuando me den el gancho, pienso jugar a baloncesto. Mi gancho va a ser la leche.»

Benny comenzaba a coger nuestro tipo de humor. «Podré trabajar de árbitro. Joder, al fin y al cabo todos ellos están ciegos.»

«Claro, somos bastantes en la sala y si cada uno aporta su parte conseguiremos reunir lo necesario.»

Nuestro humor no era muy divertido, supongo, pero era lo único que nos quedaba y lo utilizábamos. Ahora Benny estaba sonriendo y eso era bastante.

«Voy a comenzar la colecta. Te veré mañana.»

«Recibido. cadete Downs.»

★ ★ ★

A pesar de todos los esfuerzos de doblar y estirar los dedos en las sesiones de fisioterapia, la mano seguía estando agarrotada. Los cirujanos especialistas en manos decidieron que no había otra solución que una nueva intervención en la que sustituirían los injertos de piel del antebrazo por un injerto pedunculado tomado del estómago.

La noticia me dejó consternado. En los últimos días había pasado por un montón de operaciones de cirugía menor, con la idea de que ya habían acabado de «rajar». Imaginaba que, una vez que acabaran las operaciones, el proceso de curación se aceleraría. Tenía que salir del hospital, porque empezaba a tener miedo de hacerlo. Allí estaba protegido, además de que me daba cuenta de que aún dependía mucho de los calmantes; tanto, de hecho, que había trabado amistad con una enfermera que estaba también «enganchada» y que birlaba algo de «mierda» suplementaria. Venía a mi cuarto y me daba una inyección «especial», mucho más fuerte que la que se suponía que debían darme. Pero incluso ésas dejaron de hacer efecto según fui haciéndome más resistente a ello, y ella tenía que ir incrementando la dosis. El dolor, el hastío, las noches en vela y los constantes viajes al quirófano iban agotándome y las drogas iban devorando mi fuerza de voluntad.

Lo que más echaba de menos era una noche de sueño tranquilo. Sólo podía dormir esporádicamente, pues el dolor me hacía estar en tensión, pero lo que me desvelaba más que el dolor era el miedo al injerto pedunculado. pues lo había visto en otros hombres y sabía lo que era

El hospital era un buen sitio para aprender que la fealdad y el aspecto repulsivo no reflejan el hombre interior.

Efectivamente, todos los que tenían un injerto pedunculado presentaban un aspecto monstruoso Imagínese una tira de piel de dos o tres dedos de ancha y un palmo de larga en cualquier parte del cuerpo, el estómago, por ejemplo. El cirujano corta toda la tira de piel y tejidos, excepto por uno de los extremos que deja unido al cuerpo Entonces, la larga tira es doblada sobre sí misma una vez y cosida a lo largo, de modo que el resultado final es un largo tubo de piel que cuelga del cuerpo como una salchicha. Se lleva el extremo suelto a la parte del cuerpo herida y se engancha a la carne. El extremo que no ha sido cortado proporciona sangre al tubo manteniéndolo vivo hasta que el extremo reenganchado desarrolla una red de capilares en la carne donde ha sido implantado quirúrgicamente. Ese proceso lleva tres semanas, al cabo de las cuales el extremo que mantenía el tubo vivo se corta y se pasa por encima de la zona herida, sustentada ahora por los nuevos capilares del injerto. Finalmente, el tubo de piel y carne totalmente implantado es cortado en la forma de la herida y cosido sobre ella, utilizándose injertos de piel para cubrir cualquier herida abierta restante.

Los injertos pedunculados se utilizan para reconstruir caras y cubrir grandes zonas lesionadas de los miembros, en las que quedan expuestos músculos y tendones. Por sí solos, los injertos de piel se adhieren a los músculos y tendones, limitando seriamente su movimiento, mientras que un injerto pedunculado es lo bastante grueso para permitir que los músculos y tendones tengan mayor movilidad hacia adelante y atrás Pero, como tales injertos son dolorosos, no se usan cuando basta con los ordinarios. Éstos consisten solamente en la capa superior de células dérmicas, tomada de una parte del cuerpo y colocada sobre una zona lesionada, y que deja una cicatriz apenas visible en la zona donde es arrancada Un injerto pedunculado, sin embargo, afecta a muchas capas de piel y tejido, dejando, por tanto, una cicatriz considerable; la zona donante de dicho injerto ha de ser cubierta a su vez por injertos de piel de otra parte del cuerpo, resultando muy doloroso todo el proceso

En ocasiones, entraba en la sala un caso grave de deformación facial, con dos o tres injertos pedunculados colgándole del cuello o la cara. Pero en cuanto se asumía que tales injertos eran parte del proceso de curación, se hacía fácil aceptarlos. El hospital era un buen sitio para aprender que la fealdad y el aspecto repulsivo no reflejan al hombre interior

F. SPOONER PICTURES

ARRIBA: *Vestido con el traje de combate completo y con pintura de camuflaje en el rostro, un canoso veterano de Vietnam participa en un desfile de veteranos en Nueva York.*

Debido a que el estómago iba a ser la zona donante, el injerto pedunculado sería unido directamente al brazo. Me hicieron un corte horizontal, de poco menos de un palmo, bajo la tetilla derecha y un corte vertical de medio palmo en ambos extremos. Los cortes tenían la profundidad precisa para abarcar la piel y los tejidos adiposos hasta la cavidad de las costillas. Retiraron aquella solapa de carne y me tomaron nuevos injertos de piel de las piernas para cubrir la gran zona abierta de la caja torácica y protegerla

Después me arrancaron los viejos injertos del antebrazo y me doblaron el brazo pegado al estómago, donde me cosieron al antebrazo el borde superior de la solapa. Ahora el brazo era

una parte esencial del estómago y así permanecería durante tres semanas, mientras los vasos sanguíneos de la solapa se extendían por el brazo. Si antes estaba inútil, ahora lo estaba doblemente, pues tenía el brazo atado a mí como una camisa de fuerza.

Después de debatirme por salir de mis habituales sueños bélicos, desperté en la sala de postoperatorio y, al descubrir cómo estaba atado a mí mismo, me sentí el ser más desgraciado del mundo.

★ ★ ★

Unos días más tarde, durante la primera semana de abril, vino una enfermera de la Cruz Roja a leerme la correspondencia. Yo estaba bajo los efectos de las drogas y no podía pensar muy bien, pero aún así deseaba oír la correspondencia. Había una gran pila y le dije que dejara las dos mejores para el final, una de los padres de Bob y la otra de mi esposa.

La carta de los padres de Bob me dejó destrozado. Las palabras con las que me contaban la muerte de Bob en Vietnam traslucían toda su tristeza. Le habían concedido la Cruz de Servicios Distinguidos a título póstumo y la mención relataba los últimos momentos de Bob sobre la tierra.

La enfermera de la Cruz Roja, sentada junto a mi cama, quedó en silencio sin saber qué decir. Levantó la vista de la carta para mirarme y luego volvió a mirar el papel; agachó la cabeza y resbaló sobre la silla. Se aclaró la garganta e intentó hablar sin conseguirlo; al final, murmuró suavemente. «Lo siento por los padres de su amigo.»

El hedor de mis heridas quebró el ensueño... Y durante un intenso momento vi a Bob en el instante de su muerte.

Yo estaba echado rígidamente sobre la espalda, con la vista clavada en el techo, acordándome de Bob cuando lo había visto en su casa cerca de Los Ángeles, camino de Vietnam. Me había hablado de la chica con la que se casaría cuando regresase de Vietnam y nos habíamos reído con sus tonterías. Pasamos juntos tres maravillosos días con sus noches, armando la gorda y gozando de la vida.

Ahora Bob estaba muerto.

El hedor de mis heridas quebró el ensueño, trayéndome a la memoria el olor a podredumbre de la vegetación de la selva y de los cadáveres putrefactos de los enemigos abandonados por allí tras una emboscada. Y durante un intenso momento vi a Bob en el instante de su muerte.

Giré la cabeza hacia donde podía ver los árboles tras la ventana y la tierra que amaba. «¡Que Dios guarde a mi amigo!», dije al cielo.

Ambos creíamos verdaderamente que no moriríamos nunca.

Aunque casi no podía hablar, le pedí a la enfermera de la Cruz Roja que me leyera la carta de Linda, porque necesitaba buenas noticias.

La enfermera la leyó.

Linda comenzaba la carta diciendo que mi incapacidad no tenía nada que ver con todo ello, pero que deseaba divorciarse cuando regresara del hospital. Quería volver a casarse con su primer marido. Podría quedarme con todo —el coche, los muebles, la casa—, pero no con Teri Jo, mi hija.

El dolor del escalpelo, el retorcimiento de mi cuerpo en tensión y la vista de la sangre, roja y brillante..., se combinaban para dejarme exhausto.

La desesperación, la impotencia y la depresión hicieron presa en mí. Sentía como si me abandonaran el corazón y la cabeza.

¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer si pierdo a mi mejor amigo y a mi hija?

Cuando la enfermera de la Cruz Roja me preguntó si podía hacer algo por mí, moví la cabeza negativamente. Puso silenciosamente el correo en el cajón de la mesilla de noche, plegó la sábana en torno a mis hombros y dejó el cuarto.

Lloré durante largo rato.

Y no había nadie que me consolase.

★ ★ ★

Abril avanzaba con paso glacial. Aunque mis piernas, pies y nalgas curaban con rapidez, lo que me hacía sentir lo bastante bien para querer salir a divertirme, el injerto pedunculado prolongaba mi incapacidad

Durante tres semanas tuve que ir todos los días a visitar una sala controlada por los dos cirujanos plásticos para que revisaran el injerto. Uno era el coronel Hemphill, un viejo militar, y el otro un médico civil.

Sus actitudes hacia los fármacos y el dolor eran notablemente diferentes El coronel Hemphill era duro como una piedra y nunca me ponía un calmante antes de comenzar a hurgar en las ampollas que se formaban en los injertos de piel hechos sobre la caja torácica. Al tiempo que movía diestramente el escalpelo adelante y atrás con una mano, cortando velozmente las ampollas llenas de sangre, usaba la otra mano para limpiar con una esponja la sangre que me caía por el costado y hacia la cavidad formada por la solapa del pedúnculo que conectaba el brazo al estómago. Y mientras se ocupaba de mi cuerpo postrado, me animaba a soportar el dolor sin calmantes, porque a la larga las drogas no valían la pena. Me comentaba que durante su larga carrera militar había visto cómo las drogas malograban a demasiada gente, y encargaba al asistente que me diera un paño para apretar los dientes contra el dolor.

El otro médico, cuando estaba al cargo, y siempre que estaba ausente el coronel, me ponía una inyección.

Pero a los pocos días de aquel procedimiento de rasgado de piel, tenía los nervios tan alterados que no me resultaba muy diferente quién me estuviera hurgando en la caja torácica. El dolor del escalpelo, el retorcimiento de mi cuerpo en tensión y la vista de la sangre, roja y brillante, corriendo por las sábanas, se combinaban para dejarme exhausto.

Después de la sesión diaria, apretaba los vendajes ensangrentados contra el costado y regresaba a mi cuarto, donde me desplomaba en la cama y pedía una inyección para matar el dolor. En la creencia de que la inyección en sí proporcionaba un descanso psicológico igual al de la droga, y en un intento de retirarnos de la dependencia de ella, el equipo médico nos daba en aquellos días una inyección de «calmante» cuya composición

era únicamente una solución salina inocua Pero yo siempre notaba la diferencia.

En aquellos momentos estaba realmente exhausto, después de meses de operaciones y dolor. Había empezado el 11 de enero y estábamos a mediados de abril. El gorjeo de los pájaros y el ruido de la actividad que llegaba a través de la ventana abierta me recordaba que era primavera. Allá en casa los campesinos saldrían a los campos.

Tenía que salir del hospital. «Dios mío —pensé—, tengo amigos que han pasado aquí tres años. ¿Cómo demonios conservaron su salud mental? ¡Este encierro va a volverme loco!»

Llegué a la conclusión de que habían hecho lo que yo hacía. Vivir día a día y buscar las cosas buenas, por pequeñas que fuesen. Todo había llegado a ser importante Tal como las noches de los viernes.

Ésa era la gran noche para los que estábamos encerrados en el hospital sin poder salir. Todos los viernes, la compañía de cervezas Coors regalaba unas cajas al hospital para distribuirlas entre los pacientes. Un amigo o una enfermera me traían una cerveza a la habitación, metían una paja en la botella y la colocaban junto a la cama. Beber cerveza a través de una paja le confiere un sabor gaseoso y extraño, pero yo siempre me terminaba las dos que me permitían.

A mediados de abril los cirujanos volvieron a operarme En esa ocasión, cortaron la solapa del estómago y la colocaron cubriéndome el antebrazo. Tuvieron que recortarla para ajustarla y cosieron los bordes dejando una sonda de drenaje que salía cerca del codo Podía mover libremente el brazo, y si el injerto pedunculado «prendía», mis dedos volverían a ser flexibles.

Tres días después, el brazo se infectó y el pedúnculo se hinchó llenándose de pus. Creí morirme de dolor, la fiebre era muy alta y comencé a delirar El médico de guardia y las enfermeras se ocuparon rápidamente de mi brazo, y sacaron el injerto para vaciar el pus, volvieron a coser la herida, reinsertaron la sonda y me limpiaron el cuerpo.

> Por la habitación se extendió una sensación de ilicitud. La estudié detenidamente y se diría que estaba aturdida; su conducta era enteramente la de alguien presa del nerviosismo.

Más tarde, por la noche, estaba de guardia la joven enfermera que birlaba drogas. Cuando se paró en el umbral levanté la cabeza para ver quién era y su expresión me hizo temer que acabara de ocurrir una terrible tragedia.

Traía una bandeja con medicamentos y entró cerrando tras de ella la puerta de la habitación Se acercó junto a la cama, colocó la bandeja en la mesilla y me puso el termómetro en la boca, poniéndome los dedos en el cuello para tomarme el pulso.

Por la habitación se extendió una sensación de ilicitud. La estudié detenidamente y se diría que estaba aturdida, su conducta era enteramente la de alguien presa del nerviosismo. Era una muchacha de pelo oscuro, baja y delgada, que siempre parecía levemente incómoda entre los hombres de la sala. Yo creía haber descubierto la debilidad que la hacía demasiado vulnerable a la dureza de una sala de heridos de guerra, y quizá ésa fuera la causa de que sustrajera drogas y algunas veces me diera una dosis adicional.

No era suficientemente madura para dominar sus sentimientos o para asumir la responsabilidad de su trabajo, aunque ninguno de los dos habríamos podido afrontar estas razones entonces. Tenía 22 años y yo 23, y nuestro lazo común era el ambiente del hospital, con la prisa frenética del personal médico por rehacer aquellos cuerpos destrozados por la guerra. Lo único que importaba era la inmediatez del momento.

El sudor de mi cuerpo febril había empapado las sábanas y ella me enjugaba la frente con un paño húmedo.

«Cuando entré de guardia me dijeron que volvías a pasarlas mal, Fred.»

«Sí, me encuentro horrorosamente.. Oye, ese paño frío sienta muy bien.»

> Íbamos menguando de tamaño mientras la cama se hundía... en una vorágine de vivos colores psicodélicos que girando... caían hacia el profundo y negro infinito.

«Esta noche tengo algo aún mejor para ti, Fred», dijo al tiempo que se volvía a tomar una aguja hipodérmica. Levantó en la mano un frasquito de líquido transparente, le dio la vuelta, atravesó el tapón de goma con la aguja, hasta que la punta llegó al líquido, y fue retirando el émbolo haciendo pasar el fluido a través de la aguja hacia el tubo de plástico.

Con una especie de presentimiento, eché una mirada cauta a la bandeja y reconocí tres fármacos poderosos

«No, creo que sería mejor no volver a tomar esa mierda Ya estoy bastante consumido por todo esto y he decidido dejar este hospital alguna vez » Hice una pausa. «Esta mañana he oído cantar a los pájaros.»

Ella retiró la sábana y comenzó a buscar una parte de piel intacta donde poder insertarme la aguja. No prestó atención a lo que le decía, sino que, por el contrario, comenzó a hablar de cómo cuando era niña había soñado siempre con hacerse enfermera. Le gustaba, pero nunca había imaginado que fuera así, limpiar mierda y orines y carne podrida, y trabajar mucho tiempo y en horas poco habituales, viendo a todos aquellos hombres ciegos, quemados, mutilados, con los cuerpos destrozados, y... y... para descubrir al final que no le gustaba su trabajo.

«He oído decir lo mismo a muchachos que se alistaron en el Ejército, pero, igual que ellos lo superaron, puedes hacerlo tú», repliqué Continuó divagando, sin dejar de explorarme la piel afanosamente, y comencé a sospechar que estaba tan drogada que no podía razonar.

«¡Eh, escucha! De verdad que no quiero la inyección.»

«¿Tienes dolores?»

«Sí, pero puedo aguantarlos.»

«Oh, esto no es demasiado malo, nada más que una dosis extra; probablemente no notes la diferencia.»

«Bueno, de acuerdo, si no es más que un pequeño extra.» Mi resolución se esfumó fácilmente, aunque mi desazón fue en aumento, porque sabía que no debía haber cedido tan pronto.

Me clavó la aguja en la parte delantera de la cadera, lo cual yo sabía que era peligroso; apretó suavemente el émbolo y el líquido fue entrando en mi sistema vascular. En pocos segundos supe que estaba en un aprieto, porque la dosis era muy fuerte.

«¡Santo cielo! ¿Te has equivocado? ¡Oh!, es muy fuerte; algo no va bien.» La interrogué frenéticamente

La habitación comenzó a girar, lentamente al principio Me incorporé buscando el equilibrio; entretanto, ella separó la cama de la pared, se tomó alguna clase de medicamento y subió a la cama poniéndose a mi lado totalmente vestida. Yo estaba debajo de las sábanas y ella estaba por la parte de afuera; no se trataba de deseo sexual, sino de una posesión maligna que escapaba a nuestro control. Ella lloraba con tal intensidad que en un primer momento llegó a afectar mis sentimientos, pero rápidamente me sentí trastornado, porque la habitación no sólo giraba sino que también se hundía y el vértigo me hacía estremecer de miedo a ser lanzado fuera de la cama y de la tierra.

El poder de la droga no había llegado a su punto culminante y yo comenzaba a desprenderme de mí mismo, dejando atrás a mi cuerpo. Me volví a mirar y me ví a mí mismo en mi cuarto junto a la enfermera, en la cama, envueltos en un capullo de sábanas. Íbamos menguando de tamaño mientras la cama se hundía moviéndose sobre su eje en una vorágine de vivos colores psicodélicos, que girando en la dirección de las agujas del reloj caían hacia el profundo y negro infinito

El miedo a la muerte hizo brotar un grito gutural, animal, de las profundidades de mi alma.

No recuerdo nada más. Después, fui recomponiendo por partes lo que había ocurrido, aunque nadie me habló directamente de ello. Jan Gish, que se las arreglaba muy bien por sí sola en cualquier situación, llegó corriendo alertada por alguien que había oído mi grito. Cuando abrió la puerta de mi bien iluminado cuarto, me encontró conmocionado y a la enfermera dando puñetazos contra la pared, e inmediatamente comprendió lo que había ocurrido. Llamó al médico de guardia y entre los dos me habían aplicado todas las técnicas necesarias para ponerme a salvo

Durante algunos días estuve confuso sin comprender por completo lo que había ocurrido, pero la atención constante del personal médico me reintegró progresiva y rápidamente a la normalidad.

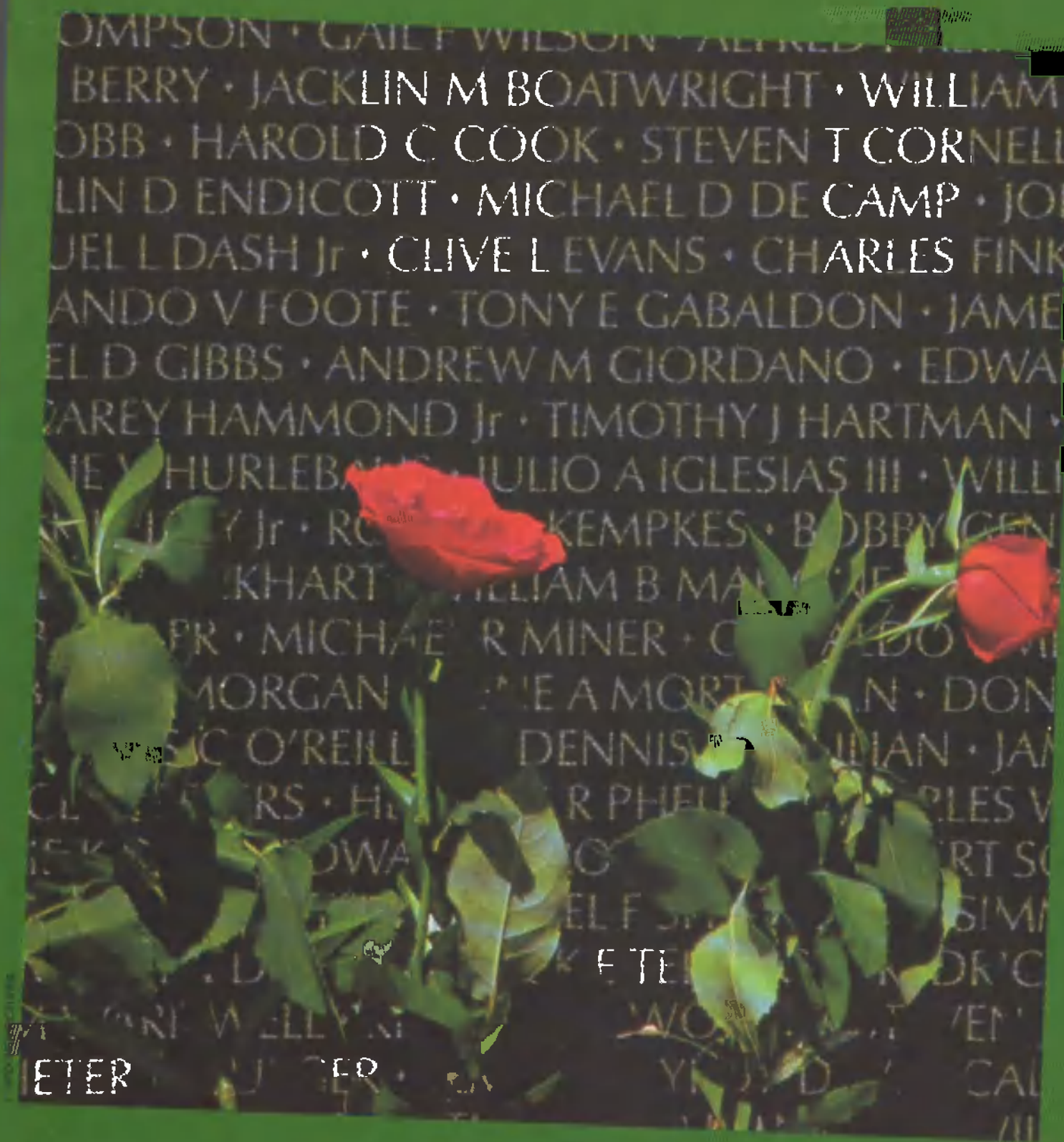
La enfermera de pelo oscuro fue trasladada a Alemania

De alguna manera, aquel insensato episodio me hizo vencer el escollo de eliminar las drogas, que había sido el obstáculo mayor en mi recuperación final El tiempo avanzaba más rápido y ya no volví a vivir aquellos días penosos y agotadores compuestos de 86.400 segundos. El injerto pedunculado prendió bien y había días en que pasaban horas enteras sin que sintiera dolor, al tiempo que aprendía a usar el brazo y el gancho artificiales y hacía terapia física.

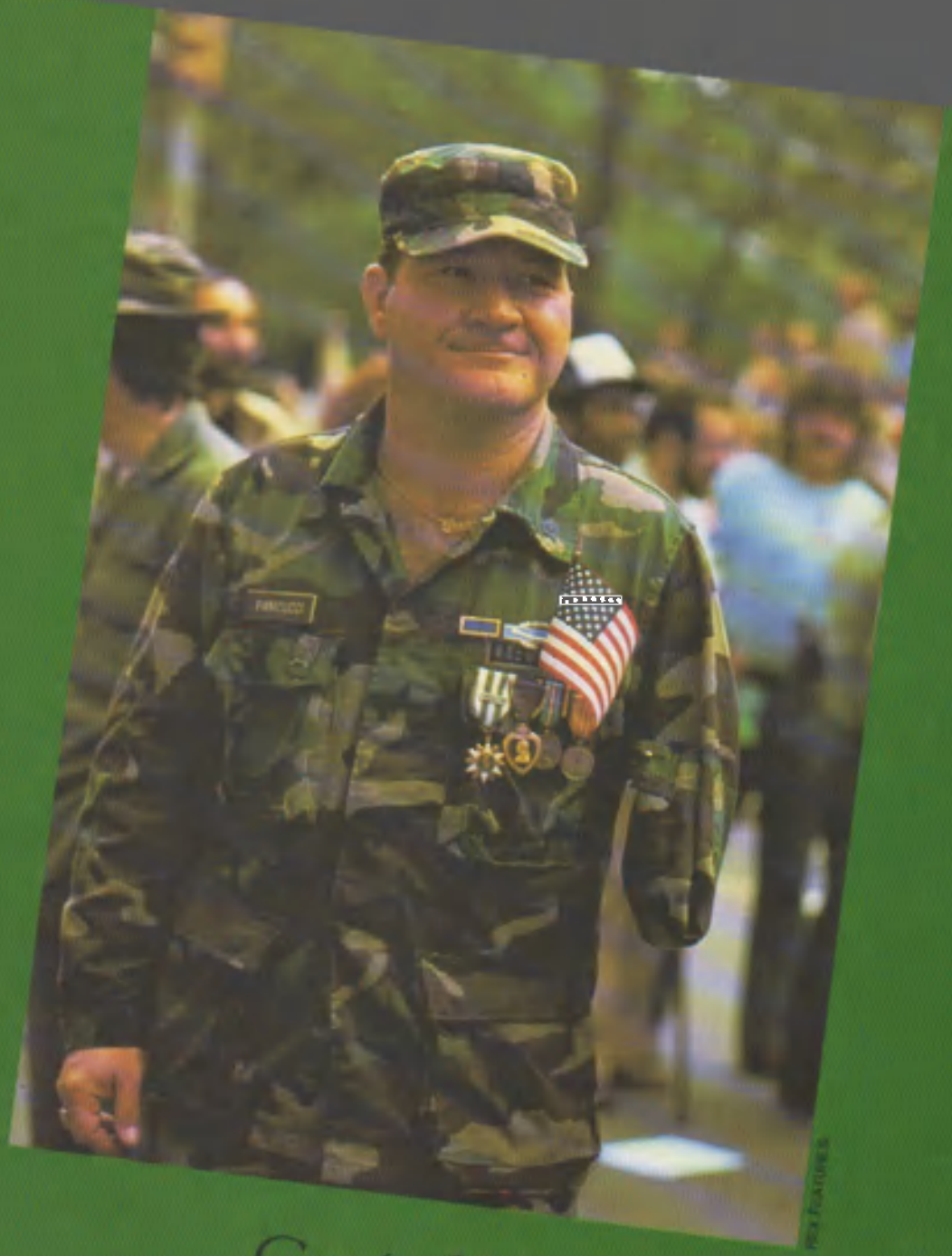
Me sentía vigoroso y estaba esforzándome en recuperar el tiempo perdido. No tenía el más mínimo indicio de la dirección en que iba, pero eso no me importaba. Podía vivir con los recuerdos de Vietnam porque negar su existencia sería negarme a mí mismo y, además, me sentía orgulloso de ser soldado.

ABAJO: *Uno de los riesgos más perniciosos para el personal militar norteamericano en Vietnam era la drogadicción, que en los momentos finales del conflicto alcanzaba casi proporciones de epidemia, provocando la consternación en Estados Unidos.*

US ARMY



ARRIBA: *Rosas rojas como la sangre para los caídos, ante el Muro Conmemorativo de los Veteranos de Vietnam erigido en Washington.* DERECHA: *Un veterano mutilado durante una parada militar.*



Capítulo 3

LIBERTAD

CAPÍTULO 3 LIBERTAD

REGRESO A INDIANA
MAYO DE 1968

Otra vez sesiones clínicas para la mano. Estábamos a finales de abril y desde el 11 de febrero había estado yendo a sesiones clínicas para el muñón y el brazo una vez a la semana

¿No iba a acabar nunca aquello? Estaba curándome. Físicamente, había superado la parte difícil y mi cuerpo estaba mucho más sano que mi mente. En la larga batalla entre la mente y el cuerpo, en la que cada uno de ellos había perdido las esperanzas alternativamente, había ganado el cuerpo. y ahora tenía que enderezar la mente.

Estaba de pie delante de unos 20 médicos y residentes sentados en la habitación Una vez más, yo era el foco de atención, mientras mi médico explicaba lo que hacía para curarme y las razones por las que ese o aquel método parecían funcionar. Estaba muy orgulloso del injerto pedunculado y describía su método quirúrgico y mi éxito en recuperar el uso de la mano.

Voy a estar aquí de pie con el pijama azul hasta que se hunda este puñetero hospital, pensaba.

Cuando mi médico acabó su monólogo, se hizo el silencio. Entonces giré la cabeza para mirar su cara, una cara llena de preocupación, no por mi cuerpo, sino por las heridas que había recibido mi mente, heridas que él no podía sanar. Había dulzura en su voz cuando me preguntó si quería decir alguna cosa.

La idea había estado enterrada allí todo el rato y de pronto la dije:

«Quiero irme a casa.»

> Ella sonrió, abrochándome el cinturón; en ese vuelo iba a ir en primera clase y no había nada que discutir.

Me quedé asombrado de haberlo dicho y le miré fijamente como paralizado, observando cómo se perfilaba una sonrisa en su cara.

«Bueno, creo que es una buena idea, teniente. ¿Qué le parece, doctor?» Se dirigía al coronel Brown, la persona que estaba al mando del grupo.

El coronel Brown hojeó su cuaderno de notas, leyendo mi historial desde el 11 de enero de 1968. Las numerosas operaciones, mi dependencia creciente de la morfina debido a esas operaciones.. Levantó la mirada hacia mí para estudiarme.

«Sí, creo que tiene razón, doctor. Lo que el teniente necesita es irse de aquí y volver a casa.»

¡Dios mío, me dejaban irme a casa! Ahora tenía miedo. no quería dejar aquel ambiente protector del hospital, donde estaba todo aquello a que me había acostumbrado y la gente que me comprendía. El hospital era ahora mi hogar, y los pacientes y el personal, mi familia. Indiana no era sino un lugar que yo había dejado cuando era un hombre entero lleno de confianza en mí mismo y en mi capacidad para manejar cualquier situación, y ahora yo sería un extranjero allí. Nada era como lo había dejado y yo me había convertido en una manta de retazos andante. Mi esposa quería el divorcio, mis hijas me harían preguntas, mi familia y amigos se apiadarían de mí.

Pero, aun con todo, era mi hogar. Por entre mis pensamientos cruzaban a la deriva imágenes del campo de Indiana: ahí era donde quería ir, a internarme, porque si quería curar mi mente debía regresar.

Se decidió que partiera el primero de mayo, con un permiso de convalecencia de 30 días

Llamé a mi esposa para decirle la hora en que llegaría mi vuelo a Terre Haute y dijo que iría a recogerme.

Los días pasaron velozmente y al fin llegó la noche de mi partida Al embarcar en el avión, una azafata me condujo a un asiento de primera clase. Le dije que era un error, que mi billete era de clase económica, pero ella sonrió, abrochándome el cinturón, en ese vuelo iba a ir en primera clase y no había nada que discutir.

Por último, aterrizamos en Terre Haute, Indiana. Salí del avión al sol de mayo, de regreso por primera vez en nueve meses. Escudriñé ansiosamente a los que esperaban en busca de mi esposa y las dos niñas, pero no se las veía; pensé que estarían en la pequeña terminal, pero tras buscar frenéticamente por todas partes, me enfrenté a la cruda realidad· nadie estaba esperándome.

Pronto estuvo vacía la terminal y yo me quedé solo.

Llamé a casa y nadie respondió.

Durante hora y media estuve paseando por la sala de espera, pensando honda y acertadamente, quizá por primera vez, sobre mi vida y a dónde me dirigía. Iba a hacer todo lo que hiciera falta para salir adelante en la vida, porque los últimos nueve meses de vida me habían enseñado que ni Dios. ni la gente, ni la propia tierra hacían demasiado caso de nadie. La huella que pudiera dejar en la vida sería obra mía únicamente.

No iba a cambiar de la noche a la mañana, pero sabía que llegaría a ser más de lo que era.

La pregunta que tenía en la cabeza era: ¿Cuál será el precio?

Cuando Linda paró el coche delante de la terminal, me sentí aliviado por el hecho de que únicamente se había retrasado y al menos había llegado. Me senté en el asiento de al lado del conductor con las tripas revueltas. La miré: «¿Todavía quieres divorciarte como me dijiste?»

«Sí, Fred, eso es lo que quiero. He decidido volver a casarme con mi primer marido, todavía le amo. Además, no vas a tener problemas, alguna mujer querrá casarse contigo. Tienes que comprender que necesito a alguien que vaya a estar cerca y... bueno, tú nunca estabas cerca y no creo que vayas a estarlo.»

Yo iba mirando sombríamente la carretera Me recosté fatigado en el asiento Pronto la mujer que estaba sentada a mi lado, charlando nerviosamente, dejaría de ser mi esposa; las dos niñas, mi hija y mi hijastra, serían alejadas de mí para crecer sin saber realmente quién era yo; nuestra casa de Paris no volvería a ser nuestro hogar.

Linda entró en el camino de nuestra casa y apagó el motor; bajé del coche y entré en casa consumido por el odio.

Mi hija, Teri Jo, con casi ya dos años, parloteaba alegremente cuando atravesé la puerta. Había nacido en octubre, mientras estaba en la Escuela de Cadetes de Infantería de Fort Benning, y como el comandante no me había dejado ir a casa, no la conocí hasta que el Ejército no nos dio el permiso de Navidades Después de eso no la vi mucho hasta que Linda se trasladó a estar conmigo en Fort Gordon, Georgia, donde sólo vivimos unos meses antes de que me llegara la orden de partir.

El ver a mi hija sonriendo me hizo caer bruscamente en la cuenta. ¡Santo cielo!, tenía que aceptar mi propia estupidez, admitir los hechos que me empeñaba en apartar de mí: era un extraño en aquella casa

El aura de amor que envolvía a Linda y sus hijas no extendía hasta mí su resplandor. Una punzada de melancolía me atravesó. No había estado bastante en casa para alimentar su amor y ahora era demasiado tarde.

Tuve una visión del futuro mientras estudiaba la cara de Teri y era un futuro sin ella ¡No era justo, Dios mío! El Ejército había tenido siempre control sobre mi tiempo y el hecho era que no había estado bastante en casa. ., era un extraño para mi hija y esa verdad me dejó anonadado. Me levanté y miré fijamente a Linda. Cuando miro hacia atrás, considero ese momento como el final.

Esa noche fue una mala experiencia para los dos. El odio, el deseo y la autocompasión se mezclaban en mí a partes iguales, mientras yacía con los ojos clavados en el techo oscuro del dormitorio Linda se portó bien conmigo, intentando aliviar mis heridas, tanto psíquicas como físicas, pero yo estaba fuera de su alcance.

ARRIBA: *El 85.º Hospital de Evacuación del Ejército situado en las cercanías de Qui Nhon, en los primeros días de la guerra. Conforme avanzaba el conflicto, las tiendas fueron reemplazadas por cobertizos «Quonset».*

Bendije la llegada de la mañana, pues había pasado la noche entera desvelado por el dolor de mis heridas. Al levantarnos, Linda me ayudó a cambiarme la ropa con la dulzura de una madre hacia su hijo.

Luego me dispuse a partir. Deseaba alejarme de aquel fracaso; no podía luchar contra Linda, porque era demasiado fuer-

te y, además, en aquella batalla no se podía ganar, como siempre ocurre entre dos personas que han compartido el amor y luego lo han perdido

Mis movimientos eran irregulares mientras recorría la casa recogiendo algunas pertenencias almacenadas en cajas de cartón en el cuarto trasero. Mis torpes tentativas de coger y trasladar las cajas valiéndome del gancho, fuerte y casi perfecto, y la mano, débil e imperfecta, me causaban turbación. Linda quiso ayudarme pero la rechacé, porque deseaba conservar cierta sensación de dignidad, exhibir alguna fortaleza, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas por la rabia de ser incapaz de controlar mis incapacidades físicas.

Al abrir la puerta del coche dejé caer una caja; me agaché a recogerla manteniéndome de espaldas a Linda, que estaba en el porche, todavía dispuesta a ayudarme Acabada al fin la faena, la miré.

«Bueno, me voy», dije con aplomo, temiendo que volvieran a asomar las lágrimas.

«¿No vas a ver a Teri antes de irte?»

La pregunta me inundó de emoción, pero mi muro resistió. Aquella mujer, mi hija, nuestra vida en común..., todo eso quedaba tras el muro. Mi respuesta se retrasó una fracción de segundo, preparándome para decirle que no.

«No importa lo que pienses de mí, Fred. Teri es tu hija y no puedes negarlo; eres su padre y no sería justo que la castigases por lo que pienses de mí; y cuando crezca querrá saber de ti. Te prometo que no voy a hablar mal de ti ni a menospreciarte delante de ella ¡Como padre de Teri tienes tus deberes y no voy a dejar que le hagas daño negando su existencia!»

Sorprendido por la intensidad de su amor hacia Teri y confuso ante su demanda de que también yo amase a mi hija, contemplé detenidamente el rostro de Linda: estaba decidida, dispuesta a dar la batalla para que su hija Teri Jo no perdiera a su padre.

Mientras el coche se deslizaba de acá para allá fuera de control, apreté el acelerador, para seguir un rato más sin control.

La puerta del coche estaba abierta Miré al interior del vehículo, luego a la casa, sabiendo lo que había en mi corazón, pero sin querer admitirlo, porque en caso contrario mi mecanismo de defensa demostraría ser vulnerable. No necesitaba a nadie, era suficientemente duro para superar cualquier cosa, incluso la pérdida de mi hija.

Me reí de mi orgullo y temblé ante el miedo que me recorría. ¿Iba a tener tanto éxito en la supervivencia que perdiera la humanidad? En mi interior despuntaba una terrible verdad.

Muerte y dolor: en la guerra, en el hospital y en casa; causados por los enemigos, los amigos, los extraños, la familia... Mi protección y mi fortaleza contra ellos residía en la soledad; me había ido apartando de todo porque la soledad me daba poder, y la soledad total me daría el poder total Ahora era un hombre solitario y, sin embargo, sentía que necesitaba el poder de la soledad Reconocer el origen de ese poder evitaría que sucumbiera a él por completo o, al menos, ésa era mi esperanza.

«Sí, Linda, tienes razón, será mejor que la vea antes de irme » Pasé a su lado en dirección al salón, donde estaba Teri.

Totalmente en contra de mi voluntad, las lágrimas y sollozos me quebraron la voz al despedirme: luego caminé rápidamente hasta el coche y enfilé la carretera.

Ya había pasado y ahora estaba solo.

★ ★ ★

Conseguí un abogado enseguida —una de las ventajas de la gran ciudad— y solicité el divorcio, que fue otorgado en un plazo de tiempo récord· 10 días.

Pasé el resto del día bebiendo y me encontré con algunos amigos que quisieron que saliera con ellos por la noche. A la hora convenida llegamos a un bar situado a unos 18 quilómetros de Paris. Después de todo un día bebiendo no sentía ningún dolor y andaba buscando bronca, lo cual, en mi estado, era ridículo. Bailar y charlar con los amigos no disminuyó en nada mi depresión y mi melancolía le aguó la noche al resto del grupo, que se fue retirando poco a poco. hasta dejarme solo. Me daba igual, de todas formas, ¿quién los necesitaba?

A la una de la madrugada cogí el Mustang y lo lancé por una estrecha carretera local asfaltada. Sujetando firmemente el volante con el gancho, me incliné hacia adelante para sintonizar la radio; el ritmo salvaje de un grupo de rock iba a tono con mi humor, al tiempo que yo volvía a concentrarme en la carretera oscura y de piso desigual. Los abultamientos formados por las alcantarillas transversales actuaban como rampas, lanzando al Mustang por los aires hasta que caía violentamente sobre los gastados amortiguadores y ballestas.

Mientras el coche se deslizaba de acá para allá fuera de control, apreté el acelerador, para seguir un rato más sin control Estaba confiado de que podía vencer; era invulnerable.

Antes de darme cuenta de que lo tenía encima, me había saltado a toda velocidad el stop en el cruce con la Nacional I. Clavé el pie en el freno y el coche patinó girando suavemente —lentamente, me parecía— hasta que quedó con un lado metido en la cuneta, de frente a la dirección en la que había venido.

Salí a revisar los daños y, como no había ninguno, cogí una caja de seis cervezas del maletero, la arrojé sobre el asiento de al lado y con un fuerte acelerón saqué el coche de la cuneta. Conduciendo con el gancho, con una cerveza en la mano y escuchando la radio, seguí por la carretera hacia el campo abierto, donde detuve el coche. Tras escarbar entre mis cosas, me encontré el revólver Colt del 38 que había ganado a las cartas en Fort Gordon antes de la guerra Los proyectiles estaban en un cinturón arrollado en torno a la pistola.

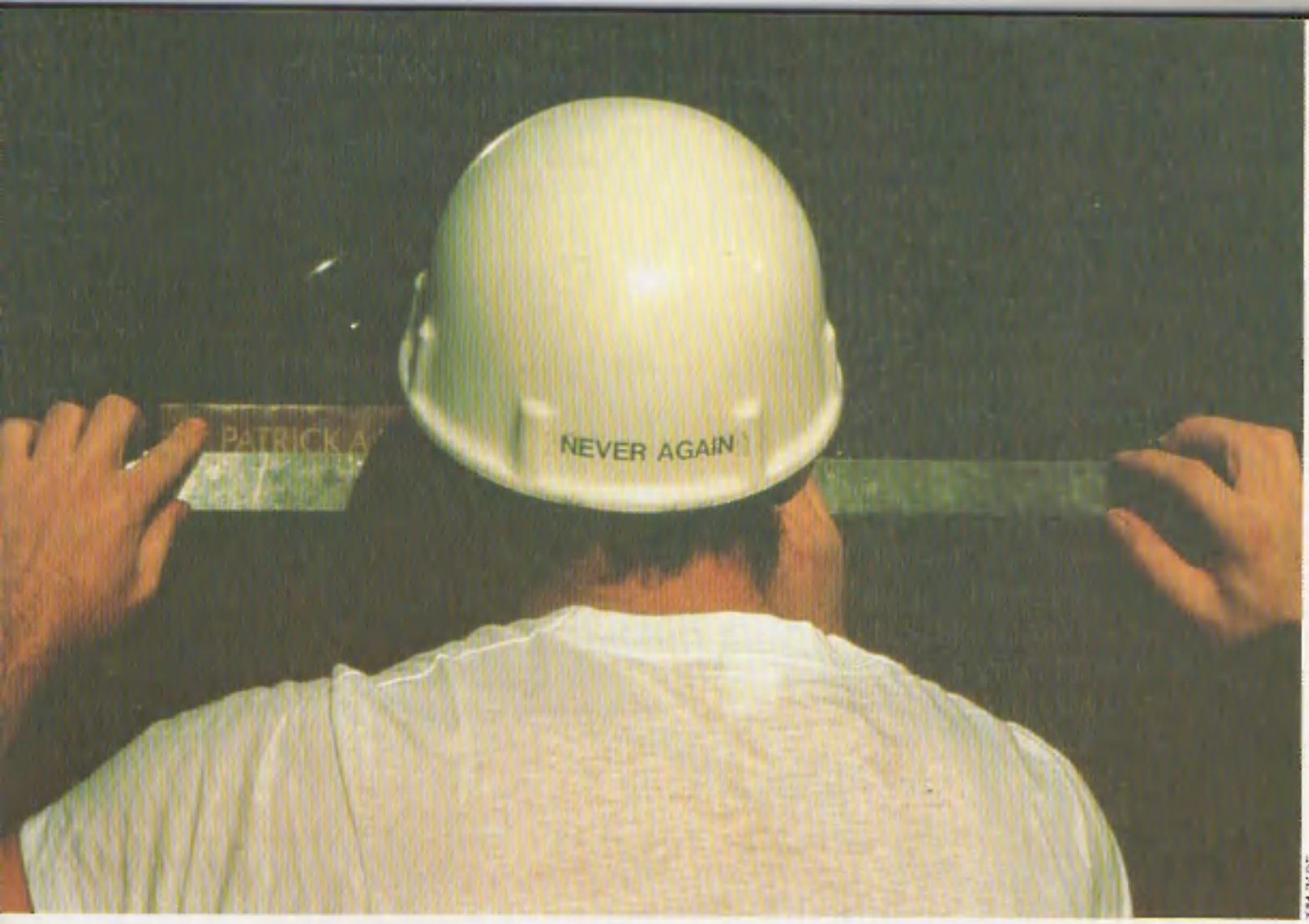
Salí del coche y dejé el arma, las balas y el cinturón sobre el capó Me estremecía por causa del frío, el alcohol y la rabia al intentar cargar el revólver, pues la lesión de la mano lo hacía muy difícil. Por último conseguí meter las balas en la pistola usando la mano lesionada y el gancho.

Me sorprendió la debilidad de mi presa; no estaba seguro de poder sujetar el arma y dispararla, mucho menos de ser certero con ella. La sensación de familiaridad al contacto con el arma me calmó los nervios. Crucé la carretera, salté la cuneta y entré por un campo arado.

Sostenía el revólver de perfil junto a la cara, con el cañón apuntando derecho al cielo y el gatillo en la línea de los ojos.

Mis pensamientos iban y venían: Con este revólver puedo ma-

IZQUIERDA: *Un paracaidista de la 101.ª División Aerotransportada yace en el suelo de la jungla mientras sanitarios del Ejército le aplican una cura de emergencia en una herida en el pecho.*



ARRIBA: *La leyenda del casco del veterano de Vietnam lo dice todo, mientras éste saca una plantilla del nombre de un camarada caído inscrito en el Muro Conmemorativo de Washington.*

tar. No me importa matar, he matado lo bastante para saberlo. Hay soldados que han tenido remordimientos por matar. Al principio, estaba preocupado porque no había matado a ninguno; después me preocupaba lo fácil que era matar.

Sí, fácil. Y mira a dónde me ha llevado, a estar en un puñetero sembrado volviéndome loco Nos enviaron a Vietnam a matar e hicimos un buen trabajo, pero ahora estoy en «el mundo» y no puedo permitir que la costumbre de matar se venga de Vietnam conmigo. Tengo que dejarla atrás o matarme. Tuve la ocasión de morir y muchas oportunidades de darme por vencido, pero no lo hice.

Bajé la pistola hasta que el cañón quedó apuntando a la oscuridad. «Toma eso», gruñí entre los dientes apretados. Al apretar el gatillo el revólver hizo fuego y saltó por el retroceso. Un rayo de dolor atroz partió de mi mano subiéndome por todo el brazo y la pistola cayó al polvo ante mis pies.

Como no tenía brazo izquierdo con el que abrazarme la mano herida, me doblé gimiendo de dolor y apretando el brazo contra el costado, mientras gritaba obscenidades a la oscuridad.

Después de 30 minutos de búsqueda en la oscuridad, encontré el revólver y con él regresé cruzando con dificultad el campo, la cuneta y la carretera; lo arrojé todo al asiento trasero y me bebí la última cerveza. Luego conduje hasta un callejón y dormí a rachas dentro del coche hasta el amanecer.

Todavía no estaba en casa.

★ ★ ★

Desperté en un amanecer gris; caía una fina lluvia entre la bruma.

«Bueno, una gran bienvenida, Fred», reí para mí al pensar en las pasadas 36 horas. Me dolía horriblemente el cuerpo y el brazo artificial había sido un maldito estorbo cada vez que me daba vuelta en sueños, pero iba acostumbrándome a él.

Conduje hasta un bar fuera de la ciudad y allí me senté en un extremo de la barra a tomar un café mientras ordenaba las ideas.

¿Qué esperaba encontrar? Había querido volver a casa, había tenido una gran necesidad de volver a encontrarme entre cosas familiares.

Ahora que estaba allí me sentía incómodo y nada satisfecho; algo se había perdido, aunque no pudiera precisar qué. Aunque estar libre y pisar el suelo del hogar era estimulante, yo tenía la sensación de ser un extraño.

Ansiaba vivamente saber con exactitud qué había ocurrido dentro de mí en los últimos nueve meses. Los rigores del combate, los horrorosos efectos del dolor, la pérdida del brazo; eran cosas con las que debía luchar con uñas y dientes, y cuyos efectos sobre mí tenía que analizar

Después de pasar lo que había pasado, algo bueno tenía que sacar de ello, porque, en otro caso, ¿qué sentido tenía mi sufrimiento?

Necesitaba encontrar la razón de todo aquello.

Iba a pasar aquel mes revisando mi vida pasada, explorando los lugares que habían representado algo para mí y visitando a la gente que conocía

Era el mes de mayo, mi época del año favorita. El día 27 cumplía 24 años y para entonces pensaba tener la respuesta.

Satisfecho con el plan, analicé mi imagen en el espejo que

había detrás de la barra. Tenía previsto visitar a mi madre esa tarde, de modo que sería mejor que me afeitase y adecentase. Lo hice en casa de un amigo y poco después salía de Paris hacia el este, en dirección a Terre Haute.

Mientras conducía, me puse a practicar con el gancho. ¡Qué fácil era manejar el coche con el gancho y el brazo a la vez! Aunque el Ford Mustang tenía cambio automático, me parecía que podría manejar un cambio normal.

Un fuerte aguacero barrió el coche. Las gotas de lluvia golpeaban el capó y con la misma rapidez se secaban y evaporaban. Bajé la ventana y respiré a fondo inhalando el aire húmedo de la primavera.

¡Por todos los santos, era bueno estar de vuelta!

Alcancé el bolsillo de la chaqueta y saqué dos botellas de Darvon. Era el único calmante que había traído del hospital. Una de las botellas me la habían recetado, la otra era una de contrabando que había adquirido en la «red». No había vuelto a tomar desde que bajé del avión.

«¡A la mierda!», gruñí, lanzándolas por la ventana. Por el espejo las vi caer dando tumbos por la hierba de la cuneta.

«Esa basura casi te mata, Fred.» Con sensación de alivio fijé la atención en la estrecha carretera de cemento. En otros 40 minutos estaría en casa de mi madre.

★ ★ ★

La rueda de la vida sigue girando, pensé tristemente, mientras aparcaba frente a la casa de mi madre. Volvía al lugar que tanto deseé dejar; no podía esperar a acabar el instituto para vivir solo. Pero es imposible. ., uno puede dejarlo todo atrás, pero nunca puede escaparse de la sangre que le ha traído al mundo.

Ahora, me sentía emocionado ante la idea del encuentro. No era sólo un héroe de guerra que regresaba, sino que era un hombre y sería tratado como tal.

De pronto, mi familia salió corriendo por la puerta a recibirme y al mismo tiempo entreví confusamente la figura de un chucho blanco y negro del tamaño de un gato.

Mis gritos de alegría al ver a mi familia se vieron sorprendidos en la garganta por un rugido de sorpresa, dolor y rabia que se adelantó a ellos: «¡Yaaaaggg!», exclamé cuando el chucho me mordió en la pantorrilla derecha, atravesándome con sus afilados dientes el tejido recién cicatrizado.

«¡Hijoputa! ¡Quitadme a este maldito perro de encima!», grité, bailando en círculo y sacudiendo la pierna furiosamente para librarme del perro, que no tenía intenciones de abandonar su bocado de pierna.

Mi madre se detuvo para conseguir una voz de mando más efectiva.

«¡Spot! ¡Déjalo, déjalo, es Freddie!»

En torno a nosotros se había levantado una nube de polvo, mientras mi hermano Rex daba vueltas a nuestro alrededor intentando agarrar a Spot y regatear mis golpes y patadas. Mi hermano Wayne y mi hermana Pam estaban cerca, dando ánimos. Mi madre no dejaba de reñir a Spot para que me soltase, y a mí para que no le hiciese daño, porque no hacía más que cumplir con su deber guardando la casa, a Rex para que me quitara a Spot de encima, y a Wayne para que dejara de reírse.

En cierto momento Spot me soltó e intentó escapar de tiro, pero le lancé una patada al pasar y le di en todas las costillas con la punta del zapato.

Spot respondió con un aullido que me dejó satisfecho, pero, como un gallo de pelea, se revolvió, ladrando y gruñendo como si fuera a lanzarse sobre mí otra vez.

«Mantén a ese maldito bicho lejos de mí o lo mato. Me ha mordido en una herida», exclamé al tiempo que examinaba la pernera y la piel donde se habían clavado los dientes de Spot.

«No te preocupes, Freddie», dijo Pam abrazándome. «Spot está vacunado contra la rabia.»

«¿Estás segura? Porque ya sabes como es mamá para aplazar las cosas», le contesté, mientras mi madre y yo nos abrazábamos.

Su rostro sonriente estaba lleno de lágrimas, cosa que me sorprendió porque no recordaba haberla visto llorar anteriormente. Me echó hacia atrás, sujetándome con los brazos extendidos, para mirarme de arriba abajo.

«Hola, mamá, siento haberle dado patadas al perro, pero me cogió por sorpresa y en la guerra he aprendido a reaccionar rápidamente ante las sorpresas.» Me sentía mal por las patadas al perro; mi madre amaba a perros y gatos y le dolía que se les hiciera daño.

Llenándome súbitamente el pecho, el aire se me quedó atrapado en la garganta y, por primera vez en mi vida, vi a mi madre no como tal, sino como una mujer de 41 años que amaba frenéticamente a sus seis hijos y quería para ellos una vida mejor que la suya.

Aquélla era la primera vez que me veía desde el pasado mes de agosto, de manera que mi delgadez y, aún peor, mi gancho, tuvieron que causarle una fuerte impresión.

¿Y qué pensaba ella de mí? He aquí a su primer hijo volviendo de la guerra con un brazo amputado, diversas heridas y con perspectivas de futuro nada buenas.

La apreté contra el pecho acariciándole el pelo mientras la vista se me nublaba por la humedad al decirle, sabiendo su significado por vez primera: «Te quiero, mamá. Me alegro de estar en casa.»

Detrás mismo de ese sentimiento estaba la determinación de protegerla de posteriores sufrimientos, convenciéndola de que no se preocupase por lo que había soñado para mi vida. Aquélla era la primera vez que me veía desde el pasado mes de agosto, de manera que mi delgadez y, aún peor, mi gancho tuvieron que causarle una fuerte impresión. Sentí la necesidad de tranquilizarla.

Me separé de ella y meneé el gancho en alto como si fuera una mano. «Mira lo que me dio el Ejército. Este gancho funciona casi tan bien como una mano. Mira esto.» Abrí el gancho, puse las pinzas en torno a su mano y aflojé poco a poco la presión sobre el cable, permitiendo que el gancho se cerrara suavemente sobre sus dedos.

Mis hermanos se habían apiñado alrededor, mirando con atención cómo abría el gancho y dejaba su mano libre.

«Ya ves, funciona de maravilla, puedo hacer de todo con él.» Continué poniendo a prueba todas las posibilidades del brazo, exhibiendo la versatilidad de movimientos que me permitían el plástico, el acero y el muñón.

Era fácil ver en la cara de mi madre su alivio, al tiempo que aceptaba sin más mi juicio tan tajante sobre el brazo artificial. El resto de la familia, fiel a su origen, me aceptó rápidamente tal y como yo mismo me mostré. La recompensa que obtuve

por tranquilizarlos fue el ambiente de normalidad que se creó mientras íbamos hacia dentro de la casa.

Después de cenar, los niños nos dejaron solos a mamá y a mí. Estaba ansioso por hablarle de mi vida, de las profundas impresiones que la guerra me había causado, mis sentimientos hacia la muerte, el dolor de las heridas y la maduración de mi personalidad; pero, por encima de todo, quería decirle que había pensado mucho en ella, como una mujer que luchaba para dar a sus hijos amor, independencia, sueños y una actitud optimista ante la vida. Quería devolverle algo.

En algún momento durante mi vida de hospital, comencé a entender por qué funcionaba tan bien mi instinto de supervivencia. Era la influencia de mi madre sobre mí, tan fuerte a su manera como la de mi padre, que reaccionaba ante los problemas repartiendo golpes. Éstos eran de un valor inapreciable para sobrevivir y más adelante llegaría a comprender su efecto sobre mí. Ahora era momento para lo que me había enseñado mi madre: la belleza de la vida y el mundo que me rodeaba y el lado positivo de las cosas, así como un entusiasmo lleno de ilusiones y una curiosidad sin límites.

Sí, tenía un montón de cosas que agradecerle, pero sentado allí a la mesa de la cocina, fumando y bebiendo una cerveza con ella, me resultaba embarazoso decir esas cosas.

Era su hijo y había estado en la guerra, el más viril de los empeños, pero notaba que se sentía más cercana a mí que nunca. Quizá fuera el telegrama.

«Mamá, déjame ver el telegrama que te mandaron cuando caí herido, quiero leerlo.»

«Claro, lo tengo por aquí», dijo, rebuscando entre una pila de sobres colocados sobre la repisa de la chimenea. «Aquí está.»

> «Cuando vi quién era y lo que traía, supe que eran malas noticias. Los telegramas siempre traen malas noticias.»

Desplegué las dos hojas del sobre de la Western Union y me curvé sobre la mesa de la cocina apoyando los codos, mientras mi madre encendía un cigarrillo para cada uno y me daba el mío.

«Sr. y Sra. Frederick Downs. El secretario del Ejército me ha pedido que les exprese su profundo pesar de que su hijo, el teniente Frederick Downs, Jr., fuera incluido en la relación de heridos graves en Vietnam del día 11 de enero de 1968, como consecuencia de múltiples heridas de metralla por todo el cuerpo, con amputación traumática del brazo izquierdo por encima del codo y lesión neurovascular en el brazo derecho. Su hijo realizaba una acción de combate cuando fue alcanzado por la metralla de una trampa explosiva enemiga. A juicio del médico que le asiste, su estado es de tal gravedad que es motivo de preocupación, aunque su vida no corre un peligro inminente. Tengan la completa seguridad de que se le han prestado todas las atenciones médicas posibles, tanto materiales como humanas, y que se toman todas las medidas precisas para ayudarlo, así como de que se les mantendrá informados de cualquier cambio significativo en su estado. Su hijo se encuentra hospitalizado en Vietnam, en el 2.º Hospital Quirúrgico, APO, San Francisco 96394, a donde puede dirigirse la correspondencia. Por Kenneth G. Wickham, general comandante USA, el ayudante general.»

Miré a mi madre. «¡Vaya telegrama! ¿Qué pensasteis cuando lo recibisteis? ¿Cómo os lo entregaron?»

«Lo trajo un repartidor de la Western Union. Cuando fui a la puerta y vi quién era y lo que traía, supe que eran malas noticias. Los telegramas siempre traen malas noticias. Nada más firmárselo, se dio la vuelta y se marchó, imagino que había entregado bastantes iguales y no quería esperarse a ver la expresión de mi cara.

»No puedes imaginar el efecto que me hizo el telegrama. Eras mi primer hijo y todo lo que te ocurría según crecías era siempre nuevo para mí. El primer día que fuiste a la escuela, te bajé a la carretera para ayudarte a montar en el autobús escolar; ese día lloré. Demonios, con los otros cinco ni siquiera he pestañeado cuando los mando a la escuela.

»El primer diente que se te cayó, tu primera novia, tu carnet de conducir, tu puesto de honor en la escuela primaria; todas esas cosas fueron nuevas para mí, porque tú eras el primer hijo.

»Nada más leer el telegrama quise coger el avión para Vietnam donde estabas hospitalizado. Quería verte, pero no sabía cómo encontrarte, ni siquiera si estarías allí cuando llegara. Además, no teníamos dinero.

»Yo misma estaba en plena guerra: nos habían desahuciado de la casa, no podíamos pagar las facturas de médicos y hospital por la aplopejía de tu padre, sus negocios se hundían, lo que tenía a una procesión de gente llamando a la puerta a medianoche para cobrar... Y entonces recibí el telegrama: siempre traen malas noticias.

»Alguien tenía que ser fuerte y yo siempre lo he sido. Trabajaba en dos puestos sólo para poder comer, así que aunque me dolía mucho no estar contigo, era imposible, y no había más que hacer.

»Me pesó siempre no haber ido a verte después que te hirieron, pero sabía que saldrías adelante, Freddie.» Mi madre se estiró y puso su mano sobre la mía.

La miré al rostro y comprendí lo cruel que es una guerra para los padres. También se había producido un cambio entre nosotros, ambos nos dábamos cuenta de que se había acabado mi niñez y, en cierto modo, éramos unos extraños. ¿Qué podíamos decirnos, salvo lo consabido?

«¿Cómo tienes la pierna, Freddie?»

«Perfectamente.»

«¿Te duele algo, Freddie?»

«No, nada más que una punzada aquí o allí, mamá, no te preocupes. Ahora estoy perfectamente.»

«¿Te trataron bien en los hospitales militares?»

«De maravilla, mamá, de maravilla. ¡Eh, deja que te ayude a fregar!», dije levantándome y comenzando a retirar los platos sucios de la mesa. Estaba junto a la fregadera cuando mi madre se acercó por detrás y me echó los brazos alrededor de la cintura.

«Te quiero, Fred.»

Contemplé mi imagen delgada en el cristal de la ventana situada sobre la pila; comenzaba a sentirme en casa. «Yo también te quiero, mamá.»

★ ★ ★

Las nubes bajas corrían velozmente hacia el noroeste llevándose el extremo del aguacero. El sol apareció en un claro de las nubes, iluminando el campo tan intensamente que el impacto sobre mis ojos fue el mismo que el del tañido de unas campanillas para mis oídos. El olor de la tierra húmeda y de todo lo que

F. BROOKER PICTURES

ARRIBA: *Un veterano de Vietnam exhibe orgullosamente en un desfile celebrado en Nueva York el precio que pagó combatiendo en una guerra sucia en nombre de unos compatriotas desagradecidos*

crece y se pudre se impregnó en mi nariz y absorbí profundamente para llenar los pulmones de aquel olor.

Con una exclamación de placer por estar vivo para apreciar aquel día, caí lentamente de rodillas, inclinándome hacia adelante para apretar la mano contra la hierba empapada. El gancho se hundió en la tierra, mientras me agachaba hasta que todo mi cuerpo estuvo en contacto con el suelo

Barrí con los dedos las gotas de agua de una pequeña zona de hierba situada a un palmo de mi nariz. Tras reposar la barbilla en el puño y mover el brazo artificial hasta encontrarme a gusto, dediqué toda mi atención a aquel pedazo de terreno.

CAPÍTULO 3 LIBERTAD

Había muchas cosas en la tierra en las que nunca había reparado. Diferentes clases y tamaños de hierba, maleza, bichos, ramitas secas, hojas y diverso material orgánico. Una gran diversidad.

«¡Es fascinante!», murmuré en voz alta. Toda la vida había tenido aquello bajo las narices y hasta entonces había estado contemplando el mosaico terrestre —los campos, los bosques, los pastos— sin prestarle atención porque siempre había estado allí, y sin admirarme ni cuidarme de que estuviera compuesto de piezas más pequeñas.

Había hecho un descubrimiento . no acerca de la tierra, sino de mí mismo.

El 11 de enero, hacía sólo cinco meses, el día que pisé la mina, yacía en el camino esperando ser evacuado, sin creer que hubiera alguna diferencia en que el helicóptero llegara o no, porque sabía que me moría Aunque mi tenacidad natural no me permitía admitir la derrota. sabía racionalmente que la derrota era posible; y entonces, parte de mis últimos pensamientos fueron sobre la granja... aquella granja en la que ahora estaba tumbado.

Rodé sobre la espalda para yacer en el sendero en la misma postura que lo había hecho cuando estaba moribundo. Me invadió una sensación de algo ya vivido mientras las nubes bajas cruzaban el cielo. El cielo se tornó gris, de un gris Vietnam. La sensación de haber vuelto a aquel día fue tan intensa que tuve que levantar la cabeza para asegurarme de dónde estaba.

> No estaba de humor para discutir sobre Vietnam. Había acabado con ello y quería seguir viviendo.

Contemplé el cielo gris, insensible a la humedad que me empapaba la ropa, y levanté lentamente el gancho hasta que se recortó en el cielo su perfil.

Una pequeña neblina acuosa cruzó el campo, dejando una fina capa de gotitas sobre el cuerpo. Había recibido una segunda oportunidad Sonreía, mientras observaba atentamente los centenares de gotitas que colgaban de mi ropa y sentía la humedad en la piel

No era un sueño, era la vida. Por vez primera apreciaba la vida, porque ahora sabía lo que era la muerte y, al saberlo, sabía lo que era la vida, mientras que durante mi juventud y durante la guerra había creído que era inmortal.

No tenía deseos de morir. Por el contrario, había estado buscando el sentido de la vida y al final lo había hallado en aquel campo.

★ ★ ★

Mi primo Jack y su esposa, Jeri Lee, vivían en una granja, a unos tres quilómetros de mi abuela paterna. Tras visitar a mi abuela, me dirigí hacia su casa

Cuando entré en el patio, me volvió a asaltar la emoción de la vuelta a casa. Jack y yo nos habíamos criado como hermanos, pues las granjas de nuestros padres no estaban muy distantes, y yo había sido testigo en su boda y él en la mía

Él, Jeri Lee y yo compartíamos multitud de recuerdos. Después de un cálido recibimiento, me ofrecieron un diván para dormir, que acepté gustoso. Acabé quedándome todo el mes y su casa resultó ser una base apropiada desde la que me aventuraba al exterior y a la que podía regresar a cualquier hora del día o de la noche.

ARRIBA: *Otras cicatrices que tardarán en cerrarse. La superficie de Vietnam continúa desfigurada por cráteres, herencia de los continuos ataques aéreos de los bombarderos B-52.*

Aquello resultó ser muy importante, pues no me hacían ningún tipo de presión, sino que me dejaron en completa libertad, mientras yo buscaba algo dentro de mí mismo.

Perder el brazo había sido una experiencia traumática, tanto en lo físico como en lo mental, y la guerra me había arrebatado la lógica, después de que muchos de mis hombres y amigos íntimos hubieran resultado muertos o heridos

Tenía que hallar el significado de todo aquello. Me era imposible no intentarlo.

Las noticias vespertinas me dejaban confuso. Los virulentos ataques de los grupos pacifistas contra la guerra de Vietnam e incluso contra todo el que llevara un uniforme, me provocaban sentimientos de rabia, frustración y asombro Las crecientes críticas sobre el papel de Estados Unidos en Vietnam expresadas en los editoriales por los políticos u otras personas influyentes era algo desalentador.

Comencé a esquivar una amenazadora sensación de enajenamiento. Parecía que nadie sabía nada sobre los hombres que estaban combatiendo, ni se preocupaba por ellos. «¡Al diablo con quien tiene la razón!», estallé una noche ante la televisión «¿Qué pasa con el sacrificio de los muchachos que están allá?»

Algunas noches me sentía hondamente perplejo y deprimido

No era capaz de decidir si mis hombres y yo habíamos sido timados o no. Por pura defensa, siempre me descubría refiriéndome a Vietnam en el marco de mi sección. No sabía más de Vietnam que mi experiencia personal y ése era el punto al que me aferraba. Fui adoptando una actitud de «Que le den por el culo», siempre que alguno comenzaba a largar sobre Vietnam. No estaba de humor para discutir sobre Vietnam. Había acabado con ello y quería seguir viviendo.

Estaba sumamente confiado en que había cumplido muy bien como soldado y eso nadie podía arrebatármelo Estaba completamente orgulloso de ser soldado y ésa era una idea inquebrantable para mí.

Afortunadamente, salvo unos incidentes menores con algunas personas, las únicas veces que en el mes de mayo tuve que defenderme en relación con Vietnam fueron cuando discutía con la televisión o la radio del coche. Mis monólogos privados resultaron valiosos para prepararme para el futuro cuando reanudara los estudios, pero por el momento no era sino una válvula de escape. No tenía idea de lo que me esperaba cuando volviera a Denver.

Únicamente estaba concentrado en sentirme de vuelta en casa

En el hospital el tiempo se arrastraba, pero luego le crecieron las piernas y en mayo echó a correr. Yo comía, bebía, recorría la zona, salía a divertirme, visitaba a familiares y amigos. Vivía un poco a lo loco y me divertía.

Sin embargo, el idílico mes llegó a su fin. Todas las experiencias me habían permitido reforzar firmemente mi confianza en torno a la esencia de mi naturaleza y mis probabilidades de éxito. Me embriagaba la emoción del reto que tenía ante mí. El brazo artificial y mis limitaciones eran ahora una parte natural de mi vida y ardía en deseos de volver al curso normal de la vida.

Cuando reingresaba en la vida, la abandonó una persona importante para mí: la abuela Ferguson, la madre de mi madre. La enterraron el 27 de mayo, el día en que yo cumplía 24 años. Su muerte tenía un significado especial, porque ella había sido la causante indirecta de que me hubiera alistado en el Ejército.

Las cartas de mi abuela y su regalo de las Navidades pasadas habían sido destruidos con el resto de mis pertenencias por la explosión de la «Betty saltarina». El regalo era típico de la abuela Ferguson. Me había enviado un volumen en pasta de los *Libros condensados de Reader's Digest*. Aunque ello añadía un peso innecesario a un equipo ya pesado, lo llevaba encima aun después de haber acabado de leerlo. Ella siempre me había regalado libros y aquél era mi talismán especial contra los peligros que pudieran acecharme en Vietnam.

Con el único traje que poseía, el uniforme militar, estaba en pie junto a la tumba pensando en su regalo mientras caía la lluvia y la voz del sacerdote salmodiaba en último término

Pensándolo bien, el libro había cumplido su parte, había caído en el camino junto a mí, con horribles fragmentos de metralla hundidos en la destrozada masa de páginas. El libro, junto con las otras cosas de la mochila, había recibido la metralla que podía haberme alcanzado la columna, paralizándome o añadiendo unas lesiones adicionales que me habrían matado. Me gusta pensar que el último regalo de mi abuela habían sido 600 páginas y la vida.

★ ★ ★

Me asaltó la idea de que me había equivocado en mi perspectiva. Había cruzado medio mundo para ir adonde se desarrollaba una guerra, ser volado en pedazos, ver trastocadas mis ideas y, al volver esperanzado, encontrarme con que también en casa habían tenido lugar cambios espectaculares. Me había encontrado con la sorpresa de aquella actitud. «Sí, es terrible lo que te ocurrió, Freddie; y, por todos los santos, ¿qué crees que hacemos luchando allí? Pero como no pare de llover, el campo va a ir muy retrasado.»

Al principio aquello me parecía desconsiderado, pero después me di cuenta de que la gente deseaba ayudarme, hasta que yo lograra superarlo por mi cuenta o me hundiera en la autocompasión y la desesperación Ocurriera lo que ocurriera, ellos habrían cumplido con su deber hacia mí como soldado retornado Dios Santo, se me ocurría, estaba de acuerdo. Estaba listo para asumir mi deber y volver a ser responsable de mis actos

Aquélla era, de hecho, la respuesta que había intentado descubrir.

Una persona tenía que contribuir dentro de su sociedad de alguna manera, ésa era su obligación como miembro Cómo lo hiciera o qué resultados obtuviera no era tan importante como el reconocimiento de ese deber

No era lo mismo que un individuo fuera el presidente, uno de los soldados combatientes, un locutor o un miembro de aquella ciudad, pero ¡todos nosotros éramos importantes! En el frente, yo era importante para una sección, para la vida de sus integrantes; luego, fui un soldado convaleciente, importante solamente para mi familia y amigos. «¿Cuál será mi importancia en el futuro?», me preguntaba Y estaba ansioso por descubrirlo

REGRESO A FITZSIMMONS JUNIO DE 1968

Cuando el taxista me dejó frente a la puerta principal de Fitzsimmons, el sol brillaba con la misma intensidad que el 11 de febrero, el día de mi llegada a Colorado, pero en esta ocasión las circunstancias eran mejores. Crucé la puerta arrastrando el talego, entré en el ascensor y pulsé el quinto piso. Al volver a entrar en la sala me asaltó un sentimiento semejante a la aprehensión. ¿Qué me habían preparado en esta ocasión?

Me presenté a la enfermera jefe, quien al principio no sabía qué hacer conmigo, de manera que, mientras esperaba a que arreglase mi reingreso, me fui a recorrer el edificio. En mi antiguo cuarto había otro joven teniente. Me paré ante la puerta mirando a la figura dormida y, mecánicamente, catalogué sus heridas: una amputación por debajo de la rodilla izquierda y otra por debajo del codo izquierdo. Quise saber la causa de tales heridas y decidí que le preguntaría.

> Beber en exceso, conducir rápido y armar escándalo eran el sello de aquel grupo.

Tras una más amplia exploración, descubrí que aproximadamente la mitad de mis antiguos amigos se habían ido y habían sido reemplazados por un nuevo lote. Se estaba convirtiendo en un año terrible en Vietnam.

Descubrí también que no quería volver allí. No deseaba sufrir más operaciones ni soportar más dolor; mi cuerpo funcionaba bastante bien y decidí que no necesitaba más.

Me asignaron una habitación en la que permanecí durante una semana. Al menos, durante el día; pero me sentía terriblemente incómodo y la única razón que veía para seguir estando por la sala era que me resultaba familiar. Por la noche, dejaba los terrenos del hospital para ir al Salón Inniment, situado al otro lado de la calle. Bebía como un bestia todas las noches, con amigos o en solitario, hasta la hora de cerrar. Entonces entraba a hurtadillas en el hospital hasta la habitación y me pasaba media noche revolviéndome en la cama, hasta que vomitaba; después, me dormía.

Una mañana, Jan Gish me dijo que me trasladaban al BOQ (pabellón de oficiales solteros), donde residían los otros oficiales alocados. Cualquiera que fuera la fase que yo estaba pasando, los otros estaban también en ella, de manera que podíamos estar juntos.

El modo de vida de los oficiales del BOQ era totalmente diferente al de cualquier otro grupo militar en el que hubiera estado con anterioridad o fuera a estar posteriormente. A excepción de algún médico y oficiales en servicio normal, los demás estaban en distintos estadios de recuperación de heridas e intervenciones quirúrgicas. No se los podía licenciar y, sin embargo, estaban demasiado enfermos para el servicio normal, por lo que se encontraban en una situación transitoria, sin responsabilidades. Por otra parte, habían estado en el frente y eran engreídos como demonios y muy difíciles de controlar.

En muchos casos, tenían tendencia a ser irresponsables, porque su actitud era la de «Mierda, ¿a quién le importa un pijo? ¿Qué van a hacerme? ¿Mandarme a Vietnam?»

Tal vez sea injusto calificarlos de totalmente irresponsables, pero desde luego eran unos «cabrones chiflados». Y probablemente, durante un tiempo todos estuvieran legítimamente locos, mientras pasaban por una frenética explosión de «vivir la vida a tope».

Teníamos que pasar por una catarsis sentimental, tanto para echar fuera nuestra alegría de animal joven que ha sobrevivido, como para demostrar que conservábamos un desdén temerario por el riesgo. Beber en exceso, conducir rápido y armar escándalo eran el sello de aquel grupo. Y las enfermeras que vivían en su BOQ del otro lado de la calle se unían a la juerga, sin sentirse intimidadas o atemorizadas por nosotros en lo más mínimo.

Había unos bares bastante asquerosos en Colfax Avenue y cada uno tenía una historia que contar acerca de ellos, aunque ninguna superaba a la de Percy en increíble. Percy tenía una única herida, que había que verla para creerla. Una explosión le había rociado la ingle de metralla y, tras numerosas operaciones con los consiguientes cortes, cosidos e injertos, el pene, que era excepcionalmente largo, le quedó curvado en extraños ángulos y falto de varios pedazos. Según lo definía Wagner: «El pito de Percy parecía quince quilómetros de mala carretera.»

Los médicos necesitaban una muestra de esperma para determinar si era estéril, pero, como Percy aún no había logrado tener una erección por culpa de la lesión, le habían dado un tubo para muestra al objeto de que lo llevara consigo por si llegaba la ocasión de que pudiera recoger su esperma.

Percy estaba preocupado por su futura capacidad sexual, de manera que llevaba religiosamente el tubo en el bolsillo de la camisa. Una noche en que estaba borracho se hizo famoso en un local que tenía bar y sala de baile, cuando convenció a una de las chicas de que lo masturbara para conseguir la muestra. Por supuesto que las chicas en aquel lugar concreto hacían cualquier cosa por la cantidad apropiada, pero Percy se hizo famoso porque logró la muestra de esperma gratis, apelando al espíritu patriótico de la chica.

Otro episodio ocurrió una noche en que accidentalmente Marchi atravesó con el MG de Glenn la luna del almacén de licores de la zona comercial situada al lado de los terrenos del hospital; el pie de Paul no acertó con el freno y el MG saltó el bordillo y chocó contra la ventana y no paró hasta estar a la mitad de la tienda.

Cuando el atónito propietario salió de detrás del mostrador, Glenn asomó la cabeza por la ventanilla y dijo: «Querríamos una caja de cervezas para llevar.»

> Les voy a enseñar; les voy a enseñar a todos esos hijoputas. He matado a gente mejor que esa escoria.

Aquellas escapadas formaban parte de nuestro viaje de retorno. Miles de hombres pasaron por Fitzsimmons y cada uno tuvo alguna oportunidad de comportarse de manera extravagante; y muchos lo hicieron en diversos grados.

Ni la guerra ni sus resultados estaban lejos de nosotros: el creciente conocimiento de la existencia de un sentimiento antibélico, las noticias de por la noche, el flujo continuo de bajas en los hospitales, y la noticia, demasiado frecuente, de que un amigo ha resultado herido o muerto. Y sin duda el residuo per-

manente de las heridas propias nos mantendría la guerra siempre cercana

Sí, creíamos tener buenas razones para emborracharnos y hacer locuras; y había razones más poderosas que otras para hacer lo que hacíamos.

De todo ello sacábamos fuerza, aunque a veces nos veíamos presionados hasta nuestros propios límites como individuos, porque hasta los heridos seguían teniendo deberes.

El peor momento para mí me llegó enseguida y me exigió un gran sentido del deber Se trataba de uno de los trabajos temido por todos· oficial de defunciones.

★ ★ ★

¡Santo cielo! ¿Cómo me eligieron para ese trabajo?, pensaba por enésima vez. La terapia laboral tenía algunos pormenores desagradables, pero las consecuencias de aquel trabajo en concreto me hacían titubear. «A veces el Ejército me pide demasiado», pensé compadeciéndome a mí mismo.

Mi deber aquella noche era reunirme a las 20 horas con la familia de un sargento que padecía una enfermedad tropical irreversible en la fase final. Era una enfermedad de la que se sabía muy poco, aparte de que se contraía en el Lejano Oriente, parecía afectar a hombres entre los 30 y los 40, y atacaba paulatinamente el sistema nervioso, destruyéndolo irremisiblemente; y los síntomas no aparecían hasta meses después de haberse contraído la enfermedad Aquel sargento había estado en Vietnam y una vez acabado su período allí había servido en Alemania durante casi un año antes de que comenzase a manifestarse la enfermedad Al no poder descubrir los médicos militares de qué se trataba, se le había enviado a Estados Unidos para ser sometido a estudio y debidamente atendido. Pero nada parecía detener la enfermedad, que provocaba una parálisis creciente, haciendo al paciente cada vez más inútil hasta que en la fase final no podía hacer nada por sí solo. Al final no podía más que mover los párpados para responder a las preguntas, hasta que ni siquiera podía realizar esa función y los ojos permanecían mirando fijamente al frente. Nadie sabía si durante esa fase el paciente era o no consciente. El paso siguiente era la muerte.

Mis órdenes eran explicar a su familia con todo detalle los beneficios que podían obtener en los pagos del seguro de vida, pensión de viudedad, cuidados médicos y otras cosas que precisaban saber. lo cual incluía un subsidio de enterramiento y los pormenores del mismo, tales como el lugar en que deseaban el funeral y la manera en que tenía que ser enterrado.

Me había preparado lo mejor posible con la información que me habían dado para que estudiara, aunque la manera en que impartiera el conocimiento corría de mi cuenta El sargento que me dio la información no tenía idea, y tampoco el capitán ni el comandante que estaban encargados de distribuir las obligaciones y que estaban también recuperándose de sus heridas. Me aconsejaron que me vistiera de uniforme y lo hiciera lo mejor posible. La familia había sido avisada y nos encontraríamos en la habitación del sargento moribundo a las 20 horas. Tenía que hacerlo yo solo

Cuando entré en la habitación, su esposa y los padres de ésta

ABAJO: *El gran grupo escultórico de la fotografía, en que figuran las diferentes razas que componían las Fuerzas Armadas USA, forma parte del Parque Conmemorativo de los Veteranos de Vietnam situado en Washington.*

ARRIBA: *Un helicóptero Huey de la Infantería de Marina lleva suministros a una base de fuego de apoyo en Vietnam del Sur. Estas bases fueron un objetivo primordial para los comunistas a lo largo de la contienda.*

estaban dentro. Se volvieron a mirarme, en un ambiente cargado de tensión.

Aquel sargento podía morir en cualquier momento. Tras largos meses de lucha, la enfermedad le había llevado al rincón último donde esperaba la muerte. Su familia lo había acompañado en aquellos largos meses de lucha, viendo cómo se deterioraba el hombre enérgico y vigoroso que amaban hasta convertirse en aquel zombi agonizante. Las esperanzas e ilusiones compartidas se habían ido deteriorando con él, hasta que la única cosa común que les quedaba era el amor y el remordimiento. Y, lo que yo no sabía, un odio indefinible contra el sistema que había causado aquella situación.

Miré al sargento que yacía completamente extendido, con el delgado cuerpo apenas perfilado bajo las sábanas y los ojos castaños mirando fijamente al frente.

Busqué asideros por todas partes, pero no los había: mi misión era, además, concluir con aquello y el sargento era un soldado como yo. Me volví a la familia.

«Buenas tardes, soy el teniente Frederick Downs, encantado de conocerlos.» Le di la mano al hombre y me pareció que se alegró de descubrir que no tenía fuerza en mi debilitada mano.

Los invité a sentarse, pero rehusaron, de manera que me quedé en pie junto al lado izquierdo de la cama del sargento y su esposa se quedó al pie. Nos miramos por encima de la esquina de la cama. Era una mujer esbelta empezando la treintena y elegantemente vestida con un traje a cuadros ligero y una blusa blanca. Tenía buena presencia.

La mujer estaba inmóvil, mirándome directamente, mientras sus padres permanecían a su izquierda, un poco apartados. Todos escucharon impasiblemente lo que le decía a la esposa del sargento, esforzándome al máximo por hacerlo correctamente. Mientras leía las notas sujetas en la tablilla de clip que venía en el maletín donde llevaba mis papeles, alimentaba la esperanza de que él estuviera orgulloso de mí y de que yo estuviera representando al Ejército de la manera que él esperaba. Sentía una fuerte afinidad con ese hombre que era militar de carrera.

Había acabado un apartado e iba a comenzar el siguiente, cuando estalló un gruñido proveniente de la garganta de la esposa. La mujer dio dos pasos hacia mí y me golpeó en la cara con la mano abierta. Quedé aturdido, sintiendo que la cara se me ponía roja por el golpe y la sorpresa. Retrocedí un paso al tiempo que ella se adelantaba a darme otra bofetada con la otra mano. Me llevó hasta la pared abofeteándome frenéticamente.

Estaba desconcertado, asustado, aturdido. Me hacía daño, pero no podía responder a los golpes de una mujer; intenté le-

vantar los brazos para protegerme, pero el brazo artificial no se desbloqueaba, así que sólo pude colocar el brazo derecho delante de la cara para parar sus golpes.

«¡Por Dios, señora, pare! ¡Pare, por favor! ¿Qué le he hecho yo? Me hace daño, déjeme», gritaba, mientras sus golpes me lastimaban el brazo, muchas de cuyas heridas recibían la fuerza de sus puños. Quise ser valiente y resistir como un hombre hasta que se le pasase, pero no pude. Me hacía daño, estaba contra la pared con el brazo en alto cuando un estallido de dolor atroz en el brazo me cortó la respiración.

Grité presa de dolor y miedo. Era mi único brazo y no estaba muy bien, y me aterraba que le hubiera ocurrido algo grave. Mi grito la sobresaltó y deteniendo sus golpes retrocedió. Seguí con el brazo en alto porque moverlo me provocaba náuseas; tenía ganas de vomitar. A través de la manga del uniforme, a la altura del codo, se filtraba la sangre y sus gotas de un rojo encendido caían por la delantera del uniforme.

Yo lloraba y sollozaba, perdiendo el control de mí mismo. Lágrimas de dolor y rabia caían por mi cara, mientras el cuerpo entero era azotado ferozmente por una violencia que intentaba salir fuera.

Me odiaba a mi mismo por ser tan estúpido con mis románticas ideas sobre el Ejército, la muerte, la guerra, el dolor y todas las demás cosas de este mundo. Probablemente el sargento fuera un enfermo imaginario, esa zorra probablemente anduviera por ahí haraganeando y no podía esperar a coger el dinero del seguro, y yo con sólo 24 años no sabía qué hacía allí. El Ejército no se preocupaba por nadie y yo era un estúpido al pensar que era algo más que un peón y carne de cañón. Los hijos de los ricos no iban a la guerra, sino que iban a la universidad riéndose de los muñequitos que éramos nosotros.

Les voy a enseñar; les voy a enseñar a todos esos hijoputas. He matado a gente mejor que esa escoria

Comenzaba a sentirme mareado como secuela del incidente, cuando la chica dejó al fin de llorar el tiempo suficiente para decirme que lo sentía. Ella y sus padres se disculparon profusamente, explicándome que no tenían nada personal contra mí ni contra lo que les había dicho, sino que era solamente la tensión y bla, bla, bla..

Los padres recogieron mi maletín y los papeles, colocándolos en la cama ante mí. Moviéndome penosamente ordené los papeles y acabé lo que se me había encomendado Durante todo ello, el sargento había yacido inmóvil, incapaz de responder a la tormenta o a la calma subsiguiente.

Dejamos la habitación y cuando estábamos en el pasillo me di cuenta de que había olvidado mi gorra. Me despedí de ellos y regresé. La gorra estaba en el suelo cerca de la ventana. El dolor era terrible. Recuperé la gorra, me la encasqueté y miré por la ventana a las luces de fuera.

Me acerqué a la cama y miré al sargento a los ojos.

En la quietud de la habitación del sargento moribundo con los anteriores sentimientos aún en la cabeza, me pregunté qué le ocurriría a un hombre cuando dejaba que la vida le golpease hasta ya no tener ilusiones. ¿Iba a ocurrirme eso a mí?

Me incliné hacia adelante para asegurarme de que estaba en el campo de visión del sargento y al saludarlo cayó de mi manga una gota de sangre.

Una enfermera amiga de la zona 5 Oeste me cambió el vendaje del brazo. Me dirigí al club de oficiales, donde me senté solo y bebí whisky hasta que mis recuerdos se desvanecieron en la noche

LA BIENVENIDA
VERANO DE 1968

El ambiente del hospital para el paciente resultaba artificial para una vida corriente; no era más que un apeadero utilizable en caso de emergencia. La función del hospital terminó en cuanto pasamos la crisis física, porque ahora estábamos en bastante buena forma para continuar nuestro camino.

Qué camino íbamos a seguir era un tema común en las largas charlas que sosteníamos en el pabellón y en los bares que frecuentábamos: quedarse en el Ejército, irse, ir a la universidad, regresar a casa, viajar, hacer el vago... Lo planteábamos todo. Aquélla era una rara oportunidad, porque éramos libres para comenzar la vida que eligiéramos.

Personalmente, mis planes sobre una carrera militar no parecían muy apasionados. Podía quedarme bajo el concepto de «hombre integral» por el que se permitía a los soldados incapacitados permanecer en el Ejército, pero después de arduas deliberaciones decidí que mi carrera militar había concluido.

Decliné la oferta del cirujano de operarme el brazo para que funcionara mejor y les dije que me apañaría. En consecuencia, desaparecieron las razones para seguir en el hospital Cuando me informé, me dijeron que el Ejército me permitiría seguir mis estudios, en su caso, aun cuando oficialmente no estaría licenciado hasta 1969.

> En aquel momento no soñaba lo que traería aquella tarde. Comenzó de una manera muy propia de la Infantería.

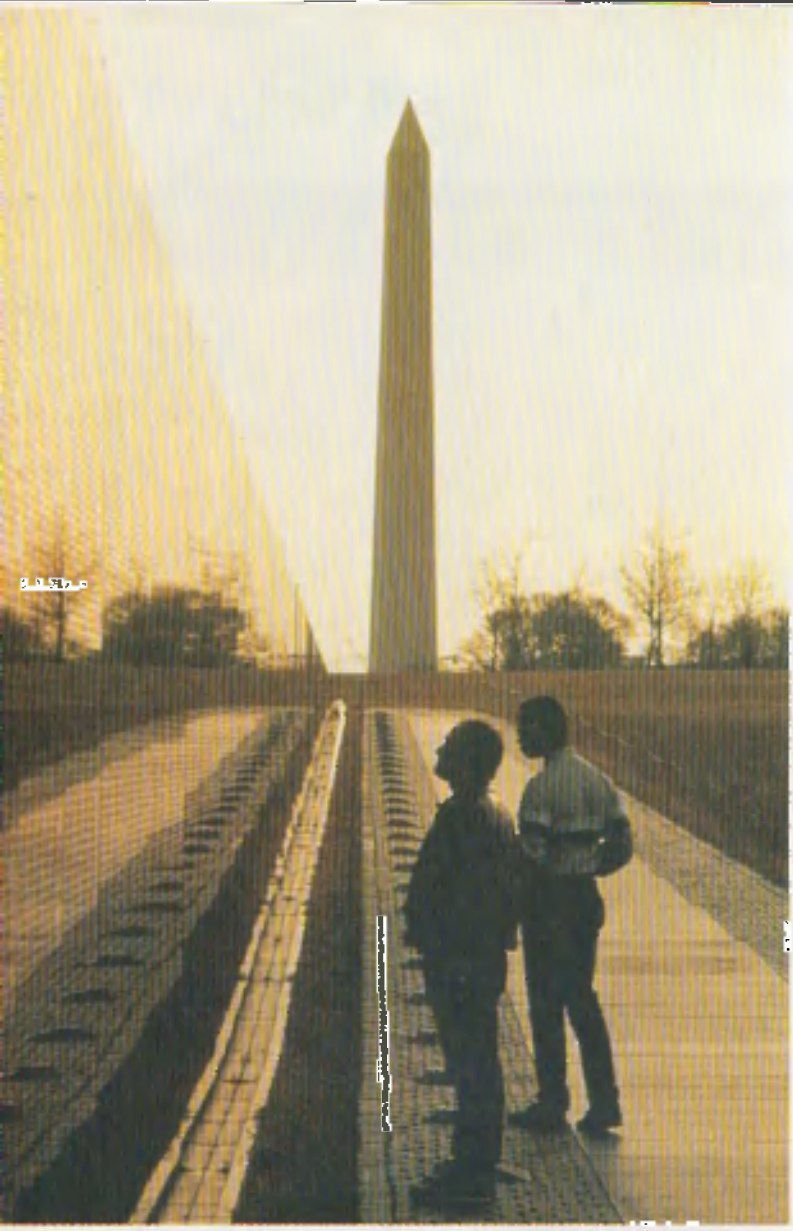
Aquello me pareció una buena idea, de manera que hice una solicitud para la Universidad de Denver, un centro privado para «niños de papá». El representante de la Administración de Veteranos me había explicado que yo cumplía los requisitos del programa de rehabilitación profesional, lo que significaba que me pagarían los gastos de matrícula y estancia en cualquier centro en que me admitieran. Aquello era como un sueño hecho realidad.

Hubo otras buenas noticias. La Junta de Evaluación Física del Ejército me informó de que tenía derecho a una pensión mensual durante el resto de mi vida, en compensación por la incapacidad sobrevenida en combate. La noticia me dejó estupefacto y me resultaba, además, un tanto embarazoso saber que iba a recibir dinero del gobierno. Era todavía muy ingenuo en lo relativo a los deberes sociales del gobierno

Disponer de aquel dinero trajo como consecuencia el que se me quitase un enorme peso de encima, porque ahora ya no tendría que preocuparme por quedar en la miseria si mi incapacidad me impedía trabajar. Aquello me animó considerablemente, aunque, a decir verdad, nunca me había creído incapaz de hacer algo para ganarme la vida, con o sin mutilación.

De manera que durante el verano de 1968 recibí muchas buenas noticias, al tiempo que tenían lugar cambios en mi vida, por lo que fue una época llena de emociones.

Una de las semillas de un cambio de mayor envergadura en mi vida había sido plantada insospechadamente durante un encuentro inocente que tuvo lugar poco después de mi vuelta de Indianápolis. Había sucedido en una de las tardes típicas mien-



ARRIBA: *Reflejo de la gratitud tardía de la nación, el Muro Conmemorativo de Washington es uno de los más conmovedores testimonios de una guerra que se hayan construido jamás.*

tras estábamos bebiendo en Beachhead. En aquel momento no soñaba lo que traería aquella tarde. Comenzó de una manera muy propia de la Infantería.

Un día de finales de la semana, estando con dos amigos, Ron, un comandante que había perdido una pierna por debajo de la rodilla a causa de la explosión de una granada, y Jim, un capitán que había recibido un balazo en el estómago, surgió nuestro tema favorito.

«¡Joder! ¡Lo que no daría ahora por un buen polvo!», se repantigó Jim en la silla, echando un trago de su vaso de bourbon con soda

«¡Ya lo creo! Si quieres que te diga, hace tanto tiempo que no he echado uno que creo que no me acuerdo cómo era», coincidí. Echándome hacia atrás en la silla encendí un cigarrillo y practiqué sosteniéndolo con el gancho, mientras usaba la otra mano para coger el bourbon con cocacola que estaba tomando.

Ron se levantó a poner unos discos en la máquina tocadiscos y luego volvió a la mesa. Extrajo un cigarrillo de un paquete que había sobre la mesa y yo le di fuego con el gancho para practicar.

«Se apaña de maravilla. teniente. ¿No se ha roto algunos dientes más últimamente?»

Todos se retorcieron de risa.

«Muy divertido Deberían pegarte un tiro por reírte de los mutilados. Además, estás esquivando el verdadero asunto. ¿Conoces algún coño decente o no?»

«Sí, de acuerdo Downs, el bueno de Ronnie esquiva el tema. ¿Nos estás vacilando o tienes algún plan escondido, Ronnie?»

«¿Sabes lo que creo, Jim?»

«¿Qué, Downs?»

«Creo que el comandante es un poco bocazas y no tiene a ninguna mujer.» Miré a Ron por encima de la mesa. «¿Qué mujer iba a querer salir con un comandante cojo, con una pierna artificial?»

«¡Excepto una mujer con una sola pierna!», nos retó Ron desde el otro lado de la mesa.

Hubo un momento de silencio, mientras Jim y yo digeríamos aquella espantosa novedad.

«¡Por supuesto!», dijo Jim con respeto.

«Una mujer con una sola pierna. ¿Cómo no habíamos pensado en ello, Jim?» Me volví a Jim con un exagerado giro de cabeza.

«Y a ti te conseguiremos una con un solo brazo, Downs», dijo Jim, palmeándome la espalda.

«¿Qué te parece una mujer con dos ombligos para ti, Jim? Sirve igual que un agujero de bala», me eché a reír.

«Una tía con un solo ojo para John, y para Mike podríamos buscar una mujer chiflada »

> Todos callaron. La cerveza del techo caía goteando encima de Mary. A ella no parecía que le hiciera ninguna gracia.

«¡Diablos, sí!. las posibilidades son ilimitadas ¿Cómo no habíamos pensado en ello antes, Jim?»

«Solamente a un comandante se le puede ocurrir una idea tan buena; es una señal inequívoca de un militar de carrera. ¡A este hombre le esperan las estrellas de general, sin duda!»

«¿Y tendrá su chica con una sola pierna, comandante, una amiga con un solo brazo y otra con dos ombligos? Hombre, estamos ansiosos por ir.»

«Ella tiene dos compañeras de habitación, pero no creo que estén interesadas en verse con nadie. Una trabaja para el FBI y la otra es mayor y del tipo 'nada de tonterías'.»

«No nos importa, vamos a intentarlo. Todo es mejor que estar aquí sentados bebiendo solos. Llama a esa chica a ver si quieren salir las tres a tomar un trago. ¿A qué esperas? Aquí tienes una moneda, llama, ¡no pierdas el tiempo!»

Jim y yo nos quedamos bebiendo mientras Ron hacía la llamada, esperando ansiosamente su vuelta. Aunque era una tentativa bastante improbable y ya nos habíamos resignado a volver a emborracharnos.

Ron regresó y se sentó· «Vale, ya está todo arreglado... en cierto modo. Le pedí a Jan que nos dejara subir, pero ella no le ha dicho a las otras dos que vamos. Le dije que llevaríamos una caja de cervezas.»

Ron fue dándonos instrucciones mientras conducía: «Esas chicas viven en una casa y son educadas, así que no empecéis a jurar y decir 'joder' o nos echarán a la calle »

«¿Podemos decir 'fornicar'?»

«Cierra esa jodida boca, Downs, estoy hablando en serio. Dejadme acabar: Jim, tú dedícate a la chica del FBI y tu Fred, como eres el oficial de menor graduación, carga con la otra »

«¿Te refieres a la 'nada de tonterías'?»

«Sí. y no te sorprenda que se levante y te deje plantado mientras estás hablando. Ella es así si decide que no le gustas.»

«Me suena a que me ha tocado el muerto a mí. Al menos habrá cerveza de sobra.»

Cuando llegamos con la caja de cervezas quedó claro que la única que nos esperaba era Jan.

Sin dejar que nos desalentara un inconveniente tan trivial, actuamos como invitados mientras Jan nos presentaba. Pusimos la caja de cervezas en el frigorífico y nos dirigimos a nuestros puestos respectivos.

Me senté junto a Mary, 'la otra'.

¡Vaya tardecita! Me sentía completamente desplazado con aquella muchacha. Estaba licenciada y sus padres eran propietarios de una empresa; y hablaba mucho de música clásica y de literatura, dos cosas que estaban fuera de mi alcance.

Hacia última hora de la tarde, y gracias a la cerveza, me fui sintiendo más confiado y comencé a describirle a Mary cómo movía el brazo. Le dije que podía hacer casi cualquier cosa con él y para probárselo iba a abrir otra lata de cerveza.

Me quedé de pie en el pasillo entre la cocina y el comedor con la lata de medio litro de Coors, pero, aunque el gancho funcionó perfectamente, se me resbaló la mano y la lata cayó al suelo.

La cerveza Coors salió de un estallido hasta el techo, rociándonos a Mary y a mí

«¡Joder!», dije para mí.

Todos callaron. La cerveza del techo caía goteando encima de Mary. No se me ocurría nada gracioso y a ella no parecía que le hiciera ninguna gracia.

«Bueno, vamos con la siguiente», dije en broma, bastante desalentado, pero siguiendo la tradición de la Infantería, siempre adelante. De alguna forma resolvimos el problema y cuando Ron. Jim y yo decidimos irnos me detuve en la puerta y por pura cortesía le dije a Mary que la llamaría alguna vez, podríamos ir a cenar. Me imaginaba que aquella mujer no tenía ningún interés en volver a verme, pero me sorprendió diciendo que le encantaría salir.

Mary me había fascinado, pero no tenía intención de llamarla. No importaba lo confiado que creía estar, no quería pasar por la humillación de ser rechazado por una chica Y aún más me horrorizaba pensar que ella era demasiado señora para rechazarme abiertamente y que aceptaría la cita conmigo sólo por compasión. Y por nada del mundo quería que una mujer saliese conmigo porque se apiadara de mí.

No fue necesario que me preocupase, porque no esperó mi llamada.. me llamó ella a mí. Después que superé mi agradable sorpresa, quedamos para cenar y después de ese día comenzamos a salir con regularidad.

★ ★ ★

Con el final del verano acabó mi temporada de locura. Había pasado una época y, aunque todavía estaba destinado en el hospital, espiritualmente estaba en otra parte.

Casualmente, el general Blunt, el comandante de Fitzsimmons, decidió retirarse. Era un buen hombre apreciado por todos, y como estaba orgulloso del hospital, el personal decidió formar una sección con oficiales y soldados heridos de la compañía de apoyo sanitario, para que desfilaran en revista junto con las compañías y secciones regulares el día de su cese.

Me eligieron como jefe de sección. Yo llevaba un brazo artificial y el sargento de la sección tenía una pierna amputada Cada uno de los miembros de nuestra sección de apoyo sanitario tenía alguna clase de herida. A unos les faltaba un ojo o tenían heridas en la cara, otros cojeaban por lesiones en las piernas, a un par de ellos les faltaban manos o brazos, de manera que nos denominábamos a nosotros mismos la Brigada de los Inválidos.

A primera hora de la tarde del día señalado, el capitán Smith nos hizo desfilar hasta el lugar que teníamos asignado al extremo de una larga y ordenada línea de compañías y secciones situadas a nuestra derecha en filas e hileras ordenadas, ocupando toda la parte trasera del campo de la parada.

> Vietnam estaba envenenando el alma de Estados Unidos. Iba a descubrir que Vietnam impregnaba mi vida en una medida mucho mayor que en el daño físico recibido por mi cuerpo.

Los cañones destinados a disparar las salvas estaban situados a nuestra izquierda, a unos metros de distancia; en medio del campo tocaba una banda militar.

Al otro lado de la explanada de césped espeso y bien cuidado podía ver el pequeño estrado donde estaban los generales que presidían el desfile, a los que rodeaban miembros del hospital, familiares y amigos. Por el campo próximo a la gradería había un grupo de personas que no tenía asientos.

Yo estaba pensando sobre el cuadro del que formaba parte. Una pequeña ceremonia de cese similar se repetía en las bases militares de todo el mundo. aunque aquélla fuese, a mi parecer, de las mejores, puesto que sólo incluía a quienes les apetecía.

La ceremonia estaba tocando a su fin. El comandante de la compañía recibió las órdenes que le fueron gritadas a través del campo de la parada, y éste se las repitió a los jefes de sección, quienes las repitieron a la sección.

Dimos la orden de ponerse firmes y de presentar armas

Cada vez que los cañones disparaban una salva, nos encogíamos involuntariamente. tensando los músculos de las piernas, lo que nos hacía subir y bajar al ritmo de los cañonazos.

Terminaron por fin las salvas y la banda marchó hasta el otro extremo del campo, abriendo el desfile de las compañías y secciones ante la tribuna de revista. Cada compañía se desprendía del resto a su turno para seguir a la precedente alrededor del campo para pasar en revista ante el general.

Nosotros éramos los últimos, y cuando nos llegó el turno, recorrimos el campo a lo largo por el borde trasero; la banda estaba formada junto a la tribuna, tocando para que cada unidad llevara el paso al desfilar ante el general, y sus notas metálicas nos llegaban desde el otro lado del campo. El capitán Smith me dio la orden de «columna a la izquierda», y se la transmití a la tropa que iba marcando el paso detrás de mí.

Yo avanzaba con paso enérgico. El sol. el césped bajo los pies, la brisa, la música, los espectadores y los hombres que me rodeaban, se combinaban para proporcionarme un sentimiento de orgullo por todo lo que había realizado en el Ejército. Todo había costado mucho, había exigido mucha energía y me había cambiado en muchos aspectos.

Sentí una punzada de pesar porque mi período militar llegaba a su fin.

Llegamos a la esquina del campo; el capitán Smith ordenó «columna a la izquierda», yo repetí la orden y giramos.

Estábamos desfilando por el último tramo. Según nos acercábamos a la tribuna, veía por el rabillo del ojo que los hombres. mujeres y niños de la gradería se ponían en pie y comenzaban a aplaudir a nuestra sección de heridos; y siguieron aplaudiendo mientras pasábamos ante ellos.

Cuando sonó la orden de «presenten armas», al pasar en revista delante de los generales. los ojos se me llenaron de lágrimas ante la muestra de respeto que nos ofrecieron.

De pronto me vino a la cabeza que finalmente había logrado la banda de bienvenida.

La venida había durado mucho tiempo.

★ ★ ★

Poco después de la parada, recibí la noticia de que me habían admitido como estudiante a prueba en la Universidad de Denver. Y para completar mi buena suerte y mi contento en los postreros días del verano, Mary y yo decidimos comprometernos.

Nos casamos en septiembre. Eran las once de la mañana cuando, bajo un cielo de un color zafiro intenso, estábamos de pie en la pradera mientras el pastor oficiaba una ceremonia privada.

Me admiré de la belleza de aquel apacible escenario en que comenzaba un nuevo capítulo de mi vida. Un año hacía desde que descendí del avión y pisé el suelo de Vietnam

Aquel primer paso fuera del avión había sido el inicio del año más largo de mi vida Respiré profundamente ante los recuerdos· ahora la guerra había terminado para mí, el año había terminado, Vietnam quedaba atrás.

Pero me equivocaba. Vietnam estaba envenenando el alma de Estados Unidos. Yo iba a descubrir que Vietnam impregnaba mi vida en una medida mucho mayor que en el daño físico recibido por mi cuerpo.

Durante la boda no nos hicimos fotografías formales, de manera que dos semanas después estábamos poniéndonos otra vez los trajes de boda para hacernos fotografías para el recuerdo

Yo estaba en el dormitorio, ante el espejo, revisando mi uniforme militar: inmaculado, recién lavado y planchado.

Me mirá la cara, comparando el pasado con el presente. Mi cuerpo iba llenándose con rapidez; de los 75 quilos de Vietnam a los 55 del hospital, y ahora otra vez en 65. El uniforme aún estaba un poco holgado, pero me gustaba como me quedaba.

¡Caramba!, estaba orgulloso de ser un soldado de Infantería del Ejército de Estados Unidos. Detestaba abandonar el servicio, pero en pocos meses, el 1 de enero de 1969, sería licenciado por razones médicas, después de tres años de servicio. Había sido una experiencia inigualable.

Estaba orgulloso de haber luchado por mi país e incluso deseoso de volver a hacerlo. En realidad, me sentía muy feliz La euforia de tener a mi lado a una nueva y maravillosa esposa a quien amaba y admiraba se combinaba perfectamente con mi sensación de estar magníficamente vivo y con la promesa de un futuro nuevo.

Me coloqué cuidadosamente la gorra en la cabeza, me cuadré y me hice un saludo.

La galería fotográfica estaba céntrica; al entrar en el estudio, el propietario salió a recibirnos.

«¿Señor y señora Downs? Estamos a punto para la sesión Una foto de boda, ¿no es así?» Me miró de arriba abajo.

«Se casó de uniforme, ¿eh? ¿Eso lo perdió en Vietnam?», señaló el gancho.

«Sí, estuve en el I Cuerpo», dije sin pensar para nada en la pregunta. Mientras Mary y yo posábamos para las fotografías, comenzó a interrogarme.

«¿Era usted oficial, en Vietnam?», preguntó. Mary estaba junto a mí, con la mano sobre mi hombro, sonriendo ambos alegremente a la cámara.

«Sí, segundo teniente, Infantería.»

«¿Infantería, ¿eh? Eso es muy duro. Yo estuve en el Sur del Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, pero sólo como soldado. ¿Qué me dice de los vietnamitas? ¿Qué clase de soldados son?»

«Muy buenos, son soldados duros.»

«Debe de haber sido difícil luchar con todas esas mujeres y niños alrededor.»

> Tenía el estómago revuelto y oleadas de escalofríos me recorrían de arriba abajo... Miré con horror a ese hombre rencoroso que me escupía acusaciones llenas de odio.

«Bueno, sí, era duro, pero afortunadamente combatíamos sobre todo en la selva.»

«¿Qué me dice de los prisioneros? Apuesto a que sé lo que hacían con ellos.» Su voz se había hecho más alta y estridente. «Le diré lo que hacíamos con los prisioneros japoneses en las islas· lo mismo que con los vietnamitas, los arrojábamos desde los aviones, como a los vietnamitas desde los helicópteros.»

No me gustaba el curso que tomaba la conversación, pero sentí que debía decir algo

«Bueno, nosotros no hemos tirado a nadie de un helicóptero, ni conozco a nadie que lo hiciera. Creo que no son más que historias de guerra.»

«¡Vamos, no me tome el pelo, teniente!» Enfatizó la palabra teniente al tiempo que se ponía delante de la cámara. «He sido soldado y sé lo que hicimos y no va a decirme usted lo contrario.»

El tipo se ponía serio. Miré a mi esposa, y parecía desconcertada. Al fin y al cabo, habíamos ido a que nos hicieran unas fotografías de boda y no a hablar de guerras, prisioneros y matanzas. Atacó con más fuerza.

«¿Qué se siente al matar a una mujer?»

«¿Qué?»

«¡Me ha oído, teniente! En todos los informativos hablan de las matanzas de civiles inocentes, mujeres, niños y viejos. Nosotros no hicimos eso, sólo luchamos contra los japoneses.»

«Un momento El enemigo al que nosotros nos enfrentamos es tan duro como cualquier otro soldado; y, además, ¡no íbamos por ahí matando civiles inocentes intencionadamente. por todos los santos!»

«¡Intencionadamente! Apuesto a que mataron a montones accidentalmente a propósito, ¿eh? Los tipos de Vietnam vais todos gimiendo y quejándoos de esa maldita guerra tan dura, cuando no hacéis más que luchar contra civiles en una guerra civil.»

MAGNUM

ARRIBA: *El actor norteamericano Chuck Norris se arrodilla ante el Muro recordando a un amigo muerto El Muro está permanentemente adornado con pequeñas y sinceras ofrendas.*

«¡No, se equivoca! Han muerto un montón de buenos norteamericanos combatiendo a los comunistas y le digo que no hemos matado deliberadamente a ningún civil. He perdido muchos amigos en esa guerra »

«¡Oh, claro!, y supongo que ahora va a decirme también que combatían por salvar a América. ¡Me da risa! Usted y todos esos soldados no merecen llamarse norteamericanos. Pertenezco a la Legión Americana y cada uno de sus miembros ha servido a su país con orgullo, y los tipos de Vietnam como usted no les llegan a la altura de los zapatos.»

Tenía el estómago revuelto y oleadas de escalofríos me recorrían de arriba abajo. Dios mío, estaba pensando en los hombres que habían sido muertos, y los que habían sido heridos, hechas pedazos sus vidas, y en el orgullo que sentía de ser soldado norteamericano. Miré con horror a ese hombre rencoroso que me escupía acusaciones llenas de odio.

¡A mí! Yo había hecho lo que el país me había pedido. Todos los que íbamos a Vietnam éramos tan buenos soldados como cualquier otros. Ese hombre quería manchar nuestras vidas.

Había pagado mi parte en una guerra norteamericana y ahora pertenecía, como veterano incapacitado, a ese grupo especial de personas que, según mi idea romántica de la guerra, se habían ganado automáticamente el respeto de sus conciudadanos por el sacrificio que habían realizado.

Me volví a responderle: «Creo que está equivocado. Hay...»

«¿Qué? ¿Más locos como usted que no pueden luchar y no siguen allí? Son esos llamados 'hombres' como usted los que están destruyendo la reputación de Estados Unidos en el mundo, porque, como no pueden encontrar, y aún menos vencer, al Vietcong, disparan sobre todo lo que se mueve.»

Me volví a Mary: «Vámonos.» La ira, la frustración y un terrible sentimiento de traición estaban a punto de sacarme de mis casillas.

Iba aturdido mientras Mary me conducía fuera de la tienda. Camino de casa, comencé a temblar y cuando entré en casa volví a la habitación donde me había contemplado en el espejo. Aparecieron lágrimas que no pude contener, accesos de dolor más profundo que el de las heridas. Me estoy viendo como si fuera ayer... de pie en la habitación, mirando a través de las lágrimas la imagen en el espejo de un soldado delgaducho sollozando y estremecido por escalofríos. Llorar no se acopla demasiado a un hombre en uniforme de gala, un uniforme que representaba la fuerza, el deber y el honor. Y, sin embargo, el llanto, el hombre y el uniforme eran un todo

Sentía un odio feroz contra el fotógrafo. Debería haberle golpeado, pero ello habría demostrado que tenía razón. Aun así, tendría que haberle pegado, tendría que haberle matado. Volvería y le daría una paliza, le mataría, le destrozaría el negocio,

buscaría a su familia y la mataría... ¡No! ¡No! ¡No! Estás aturdido, eso es rebajarte a su nivel, tú eres mucho mejor que él, ya has visto demasiada muerte y aflicción. Ese fotógrafo está enfermo, aléjate de él, hiciste bien en irte.

Mary estaba en la puerta, llorando de impotencia, contemplando mi llanto mientras le decía entre sollozos: «No lo entiendo. ¿Por qué hizo eso? Lo he dado todo, mis hombres muertos, los meses del hospital, la muerte, la agonía y lo de todos los demás. Eran hombres buenos... y... ¡nadie lo entiende! ¡Dios santo!, ¿qué es lo que estuvo mal?»

En mi imaginación me vi en un hoyo de protección detrás de una ametralladora M-60 apuntando a la línea de arbolado y frente a mí apareció el fotógrafo.

Monté el arma, apreté el gatillo y le lancé una andanada de proyectiles de ametralladora. Saltaron pedazos de su cabeza y su cuerpo por la violencia de los impactos. Luego salí del hoyo gateando, me levanté y me acerqué hasta el lugar donde yacía su cuerpo; lo miré y sentí satisfacción ante su muerte.

Agité la cabeza para salir del ensueño y me enfrenté a la cara del espejo surcada por las lágrimas. No tenía el aspecto de un destructor, sino el del joven turbado y triste que era. Todas mis creencias sobre el honor, el orgullo, el deber y la patria estaban siendo pisoteadas por las protestas contra la guerra que veía en la televisión, por las columnas y editoriales de los periódicos que leía y, lo que más me confundía, por las manifestaciones de algunos senadores y representantes que habían formado parte del gobierno que nos llevó a Vietnam en primer término. ¡Cielos! ¡Yo era el único de mi sección con edad para votar! ¿Cómo podían considerarnos responsables?

Pues allí estaba, ¡cabrones! ¡Los detestaba a todos ellos! Estrellé el puño contra el marco de la puerta situada junto al espejo . y los pinchazos de dolor que subieron por mi brazo me aclararon la cabeza.

El soldado del espejo examinó el uniforme. «¡Que se jodan!» Decidí no disculparme nunca por haber estado en Vietnam. Estaba orgulloso de ser soldado, orgulloso de mi sección, orgulloso de ser norteamericano. ¡Nunca iban a quitarme eso!

Las lágrimas causadas por mi dolor interno y por la futilidad de todo ello, continuaban derramándose por las mejillas. Mary me abrazó muy fuerte para consolarme; estaba tan desconcertada como yo ante lo que ocurría.

«Todos esos hombres muertos y heridos», sollocé. «Significan algo para mí, no eran lo que insinúan estas personas. Además, la guerra ya se acabó para nosotros.»

«No», replicó Mary. «No lo creo, no creo que la guerra acabe nunca para ti, no van a permitir que acabe.»

Miré fijamente por encima de su hombro la cara sucia de lágrimas reflejada en el espejo: no tenía respuesta que darle.

★ ★ ★

La gran ofensiva del Ejército nordvietnamita en la primavera de 1975 había sorprendido al mundo por su éxito. Yo contemplaba el fin próximo con un presentimiento sombrío, porque me sentía muy identificado con el éxito o el fracaso de Vietnam del Sur. Me interesaba el país, puesto que había afectado y cambiado mi vida entera. No podía ignorar su destino, mi sangre y la sangre de mis amigos había oscurecido su suelo.

Y ahora parecía que para nada y era muy pesada la carga de pérdidas que me abrumaba, mientras los rostros de mis amigos y miembros de mi sección seguían vivos en mis pensamientos.

Eran horribles las imágenes en televisión de helicópteros «Huey» pilotados por survietnamitas cerniéndose sobre el mar junto a los barcos norteamericanos, mientras los que estaban a bordo del aparato se lanzaban al agua.

Se me puso carne de gallina por todo el cuerpo al tiempo que lloraba sin vergüenza alguna... Lágrimas era lo único que podía darles a mis amigos, en memoria de sus sufrimientos y su muerte.

Pero el espectáculo más descorazonador era cuando el piloto bajaba intencionadamente el aparato hacia el mar. Se ladeaba invariablemente a la izquierda y la punta de una pala del rotor tocaba el agua, haciendo que la pala se doblara y contorsionara como un ser vivo. El helicóptero se tambaleaba y se estremecía por el brusco retorcimiento físico de sus partes móviles, separándose del potente motor y provocando en la maquinaria desequilibrada un espasmo mortal, al tiempo que se hundía bajo las olas en un abrir y cerrar de ojos. El violento y vil final del aparato me causaba conmoción.

Aquel aparato grande, feo y de aspecto desgarbado había sido hecho en Estados Unidos, había dado un gran rendimiento en sus misiones, tanto de combate como de evacuación de heridos, y, en su último servicio, los survietnamitas lo habían hundido en el mar después de completar su huida.

Sí, sentía que los dos habíamos sido utilizados.

★ ★ ★

El 29 de abril de 1975 por la tarde, iba conduciendo por Denver cuando se interrumpió la música popular que sonaba en la radio del coche y el locutor anunció un mensaje importante para sus oyentes. Desvié la atención a la radio y subí el volumen.

El locutor leyó la noticia de teletipo de que Vietnam del Sur se había rendido incondicionalmente a Vietnam del Norte. ¡La guerra había terminado!

Mi cabeza se llenó de un batiburrillo de imágenes de Vietnam. Miraba conmocionado a la carretera que tenía enfrente al tiempo que iba reduciendo la velocidad. Aunque estaba esperando la caída de Vietnam del Sur, me quedé atónito ante el profundo sentimiento de tristeza y pérdida que me dominaba.

Miré hacia las montañas y pensé en Bob Hutchinson, quien probablemente estaría ahora haciendo surf si no hubiera sido muerto en Vietnam hacía siete años. Era extraño que un pensamiento así me borrara todos los demás.

Inconscientemente había ido reduciendo la velocidad hasta casi pararme. El locutor dijo con voz solemne. «Como homenaje a los norteamericanos que perdieron la vida en Vietnam y a todos los hombres y mujeres que sirvieron en Vietnam, va a sonar ahora *Bandera estrellada*.»

Se me puso la carne de gallina por todo el cuerpo al tiempo que lloraba sin vergüenza alguna oyendo el himno nacional. Lágrimas era lo único que podía dar a mis amigos, en memoria de sus sufrimientos y su muerte.

Me preguntaba si el país nos daría algún día la bienvenida, recibiéndonos en cuerpo y alma a todos nosotros.

¿O seríamos para siempre una mancha en la visión que Estados Unidos tenía de sí mismo?

EPILOGO

Para muchos veteranos de Vietnam el camino de vuelta a Estados Unidos ha sido largo y tortuoso, caracterizado por el rechazo de una sociedad a pagar con honor su deuda. Mucho queda aún por realizar hasta que se les permita regresar verdaderamente, pero al menos ahora los veteranos tienen un vehículo en que recorrer esos últimos quilómetros del camino de la aceptación: la organización «Veteranos de Vietnam».

F. SPOONER PICTURES

LA LUZ DEL FINAL DEL TÚNEL

Merece la pena recordar la necesidad que existe de moderar el interés actual por Vietnam con una fuerte dosis de verdad. Este interés es lo que yo denomino «el chic de la guerra», la peculiar incapacidad de la gente para comprender que, a veces, el costo de la guerra se calcula en algo más que en vidas humanas. Al fin y al cabo, aunque Vietnam haya sido la guerra más larga de Estados Unidos es cierto que no ha sido la más sangrienta: Estados Unidos perdieron 300.000 vidas en la Segunda Guerra Mundial y 600.000 en la Guerra Civil (el 70% del presupuesto para el estado de Mississippi en 1875 se destinó a la adquisición de miembros ortopédicos), sin mencionar los millares de hombres que murieron luchando en la Primera Guerra Mundial y en Corea. Pero en términos de costo absoluto, costo real, la verdadera factura del conflicto de Vietnam está aún por pagar He aquí una parte de esa factura.

—Han muerto más veteranos de Vietnam autolesionados o en accidentes de tráfico que el total de soldados muertos en la contienda.

—Actualmente los veteranos que solicitan asistencia psicológica son más que en épocas pasadas, debido a que se han dado cuenta de que el servicio prestado a su país ha sido olvidado.

—Los centros de rehabilitación de veteranos están a rebosar de veteranos de la era Vietnam, que continúan con dificultades para enfrentarse a la experiencia vivida.

—Las tasas de alcoholismo, drogadicción y divorcio entre los veteranos de Vietnam son muy superiores a las equivalentes de otros miembros de su generación que no sirvieron en la contienda.

—El desempleo entre los veteranos de Vietnam es elevado y no desciende. En algunos casos, los veteranos de Vietnam carecen de los conocimientos necesarios para competir en el mercado de trabajo; en otros, se evidencia un perjuicio real contra ellos.

Esta generación de veteranos es una «bomba de relojería» de

IZQUIERDA: *Recibimiento en Nueva York, con la tradicional lluvia de papeles, de la marcha de los veteranos en julio de 1979*

enfermedades. No ha habido otro momento en la historia de Estados Unidos en que hayan regresado tantos hombres con tantos problemas, ni en el que quienes enviaron a los guerreros hayan sido tan reacios a establecer las medidas necesarias para tratar tales enfermedades. Además, mientras que los veteranos de otras guerras recibieron la bienvenida de una nación agradecida por los sacrificios que habían realizado, los de Vietnam han sido los «guerreros olvidados»

Quienes regresaron de la guerra de Vietnam fueron mucho menos capaces de controlar su tránsito a la lucha civil que cualquier otro grupo anterior de veteranos. Vietnam le había arrancado las entrañas no sólo a la nación, sino también a toda una generación de hombres y mujeres jóvenes, los ciudadanos que poco después tendrían que dirigirla.

Para tratar con ellos, y con una legión entera de otros problemas, quienes sobrevivieron a la guerra comenzaron a organizarse para cambiar el estado de cosas. En 1978 en Nueva York, un teniente de infantería de Marina que resultó paralítico en la guerra, Bobby Muller, decidió que necesitaba hacer algo para provocar un movimiento nacional que comenzase a cambiar la imagen pública del veterano de Vietnam.

Muller se había graduado no sólo en los campos de batalla de Vietnam, sino también en el Centro Médico de la Administración de Veteranos de Kingsbridge, en Nueva York. El Kingsbridge que Muller halló era deplorable. la asistencia a los veteranos era, en el mejor de los casos, mediocre y para gran cantidad de los que estaban internados en la misma sala que Muller las condiciones resultaron tan malas que se suicidaron.

Amargado por la experiencia, Muller entró en contacto con los veteranos de Vietnam que eran miembros del Congreso y uno de ellos. David Bonior, encontró convincentes sus argumentos. Muller creía firmemente que el sistema federal de asistencia sanitaria era anticuado —producto de la Segunda Guerra Mundial— y que la Administración de Veteranos era lastimosamente incapaz de tratar los problemas médicos y psicológicos específicos que sufrían los veteranos de Vietnam.

Bonior presentaba proyectos legislativos en el Congreso mientras Muller formaba Veteranos de Vietnam. una asociación federal de veteranos de amplia base para lograr un cambio radical en la asistencia a los veteranos. Pero un año después de fundarla, Muller y su pequeño grupo se dieron cuenta de que la batalla no había hecho más que comenzar.

Era evidente que los veteranos de Vietnam no sólo necesitaban un programa legislativo, sino también una voz a escala federal. Esa fue la clave para que, en 1979, el pequeño grupo de veteranos bien organizado se transformara en un movimiento federal, al objeto de formar un nuevo tipo de organización de veteranos que diese respuesta a las necesidades de un nuevo, y único, tipo de veterano.

De este modo 1979 fue el año de la confrontación. Y sin embargo, la organización necesitaba aún encontrar la manera de

ABAJO: *Las marchas y paradas que tuvieron lugar en todos los estados, en julio de 1979, pusieron de relieve, tardíamente, la deuda del pueblo norteamericano para con los hombres que habían combatido en Vietnam*

T. SPOONER PICTURES

encender los ánimos de un gran número de veteranos pasivos, repartidos por todas partes. En mayo de 1979, Bobby Muller y su organización hallaron la manera de prender fuego a la mecha. Una de las primeras cosas que hicieron fue romper con el pasado: en lugar de felicitar al presidente Carter por adoptar un papel activo en el reconocimiento de los sacrificios de los veteranos (un interesado paliativo del trato dado a los veteranos en el pasado), Veteranos de Vietnam criticó al presidente por su fracaso en proponer programas legislativos para afrontar los problemas de los veteranos.

Lo cierto era que Carter parecía no ver en absoluto lo esencial y cuando tuvo la oportunidad de tomar medidas legislativas para dar más medios a los veteranos de Vietnam, se limitó a administrarles un sedante. «He dado instrucciones al secretario de Defensa para que se rinda homenaje a todos aquellos que lucharon y murieron, así como a los desaparecidos en combate, en un acto que tendrá lugar este otoño en el Cementerio de Arlington», escribió Carter. Y al hacerlo así, mostraba haber comprendido mal el significado de la palabra «reconocimiento». Los veteranos no necesitaban una palmadita en la espalda —o un nuevo llamamiento al patriotismo— tanto como nuevas iniciativas, una manera nueva de enfocar los programas de veteranos.

El mensaje de Carter ignoraba además completamente la mayoría de los «problemas específicos» de envergadura, incluido el del Agente Naranja, un problema único en los anales de los problemas de veteranos que diferenciaba a la población de veteranos de Vietnam de sus colegas más antiguos.

No obstante, la organización había hecho para entonces contactos importantes en el Capitolio y había conseguido, que el Senado y la Cámara aprobasen tres leyes específicas. Obtuvo la aprobación del primer programa de empleo en el sector privado, que preveía incentivos económicos continuados para los empresarios que contratasen veteranos (Veteranos de Vietnam fue la única organización de veteranos que ejerció presiones para reformar la legislación, como un augurio de lo que estaba por venir). Fue también la causante de una ley que daba al administrador de la Administración de Veteranos la facultad discrecional de buscar asesoramiento privado externo a la organización para los veteranos de Vietnam. La ley era revolucionaria: no sólo reconocía las necesidades específicas de los veteranos de Vietnam, sino también establecía un claro precedente para la asistencia sanitaria externa, y a través de colectivos. Por último, la organización presionó con éxito para lograr «una semana oficial de reconocimiento de los veteranos de Vietnam», aun admitiendo que «. . . una ley que simplemente decrete una semana de reconocimiento es más retórica que eficaz». A quienes todavía albergaban dudas sobre si la organización era un nuevo tipo de movimiento de veteranos creado al servicio de un nuevo tipo de veteranos, los actos de la Semana de Veteranos de Vietnam, en julio de 1979, los hicieron cambiar de opinión, y ello proporcionó la mecha que prendió fuego al movimiento de veteranos.

Sin embargo, antes que el movimiento pudiera prender, Veteranos de Vietnam tuvo que hacerse un nombre como una organización de veteranos que planteaba ideas nuevas para problemas viejos. Para sus dirigentes era evidente que la todavía joven organización tenía que vencer los prejuicios que iban apareciendo en gran número contra los veteranos de Vietnam. Ya no se trataba simplemente de convencer a la gente de que era erróneo «identificar al guerrero con la guerra», culpando a los jóvenes norteamericanos por las controversias y desórdenes causados por la intervención en Vietnam, también era un hecho que las principales organizaciones de veteranos se sentían agraviadas por el nuevo acceso conseguido por los veteranos de Vietnam a los principales programas de veteranos.

Donde eso se hizo más patente fue en las prioridades presupuestarias decretadas por el Congreso estadounidense. En febrero de 1979, Veteranos de Vietnam trató de la creciente disparidad en las asignaciones de los programas presupuestados en una sesión especial del Comité de Presupuestos de la Cámara. Los dirigentes de la organización testimoniaron que las prioridades presupuestarias de la Administración de Veteranos habían sido gravemente desviadas, en directa contradicción con el mandato de esa Administración de que los recursos estuviesen al servicio de quienes «habían participado en combate». Era una de las primeras ocasiones en la historia del movimiento en que una organización de veteranos argumentaba que debería de haber una clara prioridad en los programas de la Administración, que tales programas deberían atender primero a los veteranos incapacitados en acción y en segundo lugar a quienes no habían participado directamente en combate.

Esa postura irritó a los grupos de veteranos tradicionales, pero Veteranos de Vietnam ya se había opuesto a un incremento de las pensiones, argumentando que era mejor gastar el dinero en asistir a los veteranos con incapacidades relacionadas con el servicio; y argumentando, además, que los programas no deberían ser gestionados por el gobierno para los veteranos, sino que eran los propios veteranos los que mejor podían decidir el tipo de programa y política que sirviera a sus intereses.

La «Semana de Veteranos de Vietnam» fue la culminación de muchos de los esfuerzos de la organización para mostrar al pueblo norteamericano los problemas de los veteranos. En decenas de ciudades, a lo largo y ancho de Estados Unidos, se reunieron los veteranos de todas las guerras para reconocer la singular contribución de los veteranos de Vietnam a la sociedad. Pero desde un principio era patente que los propios veteranos de Vietnam consideraban ese reconocimiento que habían ganado merecidamente como un simple comienzo en la tarea de difundir sus nuevos puntos de vista.

Donde este hecho quedó claramente de manifiesto fue durante una ceremonia que tuvo lugar en Nueva York. En líneas generales, el acto de Nueva York comenzó como cualquier otro, con una presentación de banderas, salvas de reglamento, discursos elogiosos que hacían hincapié en los valores del patriotismo, y entrega de diplomas por servicios a la comunidad.

Pero el acto se transformó cuando Bobby Muller expuso sus ideas en torno al significado de «reconocimiento a los veteranos de Vietnam». Así describió la escena el *New York Times*: «Remarcando sus comentarios aporreándose la rodilla con el puño, Muller recordó que cinco de los hombres que estuvieron en su misma sala (el Hospital de Veteranos de Kingsbridge) se habían suicidado y otros muchos tenían problemas matrimoniales, de alcoholismo o drogadicción, porque, en su opinión, Estados Unidos los veía como personas del tipo del teniente Calley, o como drogadictos, psicópatas o estúpidos que no supieron huir al Canadá.»

«Nos habéis tratado como a perros», dijo Muller. «Vuestro sentimiento de culpa, vuestras obsesiones, vuestro desasosiego, hacía inaceptable socialmente el hecho de que fuéramos veteranos de Vietnam. Siempre que lo sacábamos a colación, desviabáis la conversación.»

Dear America Celebration

Welcome Home

May 7, 1985

F. SPOONER PICTURES

«Vietnam no fue una acción policial ni una escaramuza», añadió Muller. «Fue una guerra.»

Las palabras de Muller sacaron a los veteranos de Vietnam de las páginas traseras llevándolos a la primera plana de la movilización para reescribir el deslustrado contrato entre los veteranos y su gobierno.

No obstante, el conflicto continúa actualmente La guerra del Vietnam nos rodea por todas partes, de forma evidente para quienes están comprometidos en la vida política de la nación. Los veteranos siguen en guerra con el gobierno, convencidos de la necesidad de cambios en el sistema.

Veteran, la revista fundada en 1981 como portavoz de «Veteranos de Vietnam», es también una herencia de las palabras de Muller. La revista relata lo sucedido en Vietnam sin tapujos, lo que la hace molesta en ocasiones, y también relata el curso de la lucha de los veteranos de Vietnam por sus derechos.

La lucha ha sido ardua y larga, pero siempre dentro de la tradición política norteamericana: organizarse para lograr cambios, organizarse para las elecciones, ésa es para «Veteranos de Vietnam» la única vía que puede cambiar ese sistema La aritmética está de su lado: los veteranos norteamericanos van envalentonándose con la edad y, cuando los veteranos de la Segunda Guerra Mundial alcancen una edad avanzada, conseguirán acceder a los cargos electos, de manera que el cambio por el que han presionado es claramente inevitable. El programa es simple: hacer que los veteranos sean dueños de su propio sistema, permitir que los programas y procedimientos de la Administración de Veteranos salgan a la luz del día por medio de la revisión judicial, para obtener compensaciones para los afectados por enfermedades causadas por el Agente Naranja y buscar nuevas vías de acceso al empleo para los veteranos.

ARRIBA: *Ciertos aspectos de la guerra de Vietnam continúan dividiendo a Estados Unidos, siendo los más importantes el Agente Naranja y la controversia POW/MIA (Prisioneros de guerra/Desaparecidos en combate).*

Pero en un sentido mucho más crítico, la organización de «Veteranos de Vietnam» se ha comprometido a la defensa de la historia

Seamos francos en Estados Unidos existe la tendencia a pintar el pasado con tonos desvaídos, a diluir sus aspectos embarazosos en un gesto de buenas intenciones. Vietnam es actualmente una aventura romántica, rememorada con aparente simpatía. Fue, según Ronald Reagan, un gran momento, «una causa noble». William Westmoreland lo recubre de una capa aún más grandiosa: «Ganamos la guerra de Vietnam», ha dicho recientemente.

Sin duda alguna, los vietnamitas se sorprenderían de oír algo así. Se trata de un intento de reescribir la historia de la peor manera, un ejercicio de búsqueda de cabezas de turco, un revolcarse en mentiras tenues, casi transparentes.

Estados Unidos no ganó la guerra de Vietnam, sino que la perdió. No fue una causa noble, sino una matanza horrorífica y brutal que no era necesario que ocurriera. Estados Unidos no ganó todas las batallas, pero perdió la guerra: perdió la guerra (y la mayoría de las batallas). No fue traicionada por su propia prensa o por el movimiento contra la guerra, sino salvada por ellos. No descubrió repentinamente que no tenía ganas de «hacer lo que era preciso para alcanzar la victoria», sino que nunca tuvo ganas de ello. En la cúspide misma del gobierno norteamericano hubo profundas dudas sobre si debía implicarse al país en Vietnam, y dudas aún más profundas, una vez implicado,

sobre si la victoria era posible. Tales dudas han desaparecido ahora.. , pero es necesario hacer que revivan.

La generación que hizo esa guerra ha encontrado su voz. Es ciertamente irónico que muchos de los que protestaron contra la guerra y formaron la conciencia social de mi generación, estén ahora en Wall Street o sean doctores y hombres de negocios. Los veteranos de Vietnam, sin embargo, continúan siendo los reformadores más motivados y convencidos que puede ofrecer mi generación.

Comprometidos a promover cambios, dedicados a la búsqueda de una paz nueva en un mundo al borde de la destrucción total, esos hombres y mujeres son la mejor, y la última, esperanza de Estados Unidos. Quiero rememorar, por último, la frase garrapateada por los infantes de Marina en una gran peña situada a la entrada del aeropuerto de Ton Son Nhut. Decía: «Que el último infante de Marina que abandone Vietnam apague la luz del final del túnel.» La luz está aún encendida.

Mark Perry, Junio 1988.

ARRIBA: *Tras combatir al Vietcong, los veteranos de Vietnam han debido afrontar la opinión pública norteamericana para obtener el reconocimiento a su sacrificio.*